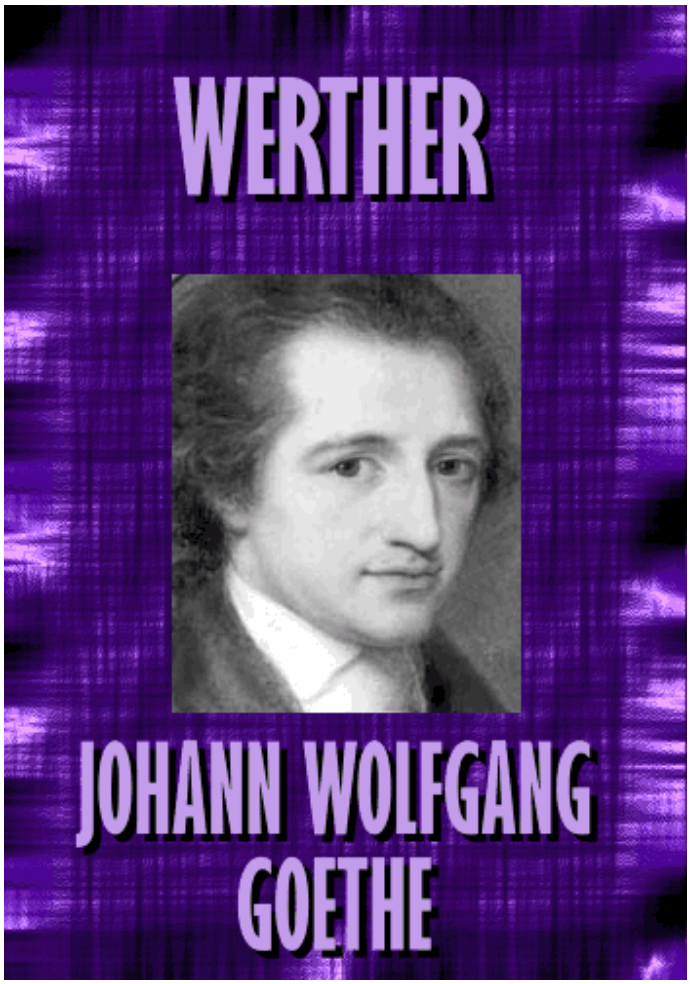
WERTHER

JOHANN WOLFGANG GOETHE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Goethe: el creador de la literatura alemana

Cuando Alemania no era Alemania, es decir, un Estado nacional, sino un conglomerado de más de setecientos principados, nació, en la ciudad de Francfort del Meno, en 1749, Johann Wolfgang Goethe. Era hijo y nieto de consejeros imperiales, en virtud de lo cual recibió la mejor educación que era posible en su época. Su padre, Johann Kaspar, combinaba fortuna y origen modesto; era nieto de un herrero de Mansfeld, y su progenitor se había establecido como sastre, en 1687, en Francfort. Allí Johann Kaspar desposó en agosto de 1748 a Katharina Elisabeth Textor, que tenía diecisiete años y era hija de un burgomaestre. Los Textor pertenecían a una antigua familia de magistrados y altos funcionarios, todos ellos descendientes de un artesano, Wolfgang Weber, quien había preferido latinizar su apellido "plebeyo", que significa tejedor, y cambiarlo por el de Textor, que imaginó cargado de singularidad y nobleza. Su madre era por cierto una mujer muy singular que, según el testimonio que su célebre hijo dejara en alguna de sus cartas, cuando yacía en el lecho de muerte dictó a quienes la cuidaban las medidas que debían adoptarse para sus funerales, incluida la especificación de qué vino y cuáles bizcochos se debían servir para la ocasión. Katharina había echado al mundo varios hijos. Solo dos sobrevivieron: la niña CorneliaFederica-Cristina y el varón que fue llamado Johann Wolfgang cuando el doctor Fresenius lo bautizó el 29 de agosto de 1749, la jornada siguiente a la de su nacimiento.

Mientras vivieron en la casa paterna Cornelia fue la sombra de su hermano; ella escuchó sus poemas tempranos y podía recitarlos de memoria; fue también la confidente de los primeros amores que atormentaron al muchacho.

El abuelo Textor, por su parte, llevaba a Johann Wolfgang a los pleitos y las arengas, y le exigía también que redactara, no bien regresaban de la iglesia, el sermón que acababa de escuchar, con el fin de que ejercitara su memoria. El abuelo también compartía con la madre un serio interés por los horóscopos y las predicciones astrológicas, gusto que tuvo fuerte influencia sobre los chicos. Se dice que frente a circunstancias difíciles solían recurrir a las que los ancianos denominaban "suertes virgilianas", y pinchaban una aguja sobre la Biblia para designar, al azar, la frase que resolvería el problema. Por ese entonces el pequeño Goethe desarrolló una verdadera pasión por los relatos de aventuras.

Llegado el momento, el joven quiso seguir sus estudios superiores en Goetingen, dada la reputación de muchos de sus profesores, pero su padre lo obligó a que fuera a Leipzig, y así ocurrió a lo largo de los tres años que van de 1765 a 1768. El cambio fue inmediato: en cuestión de semanas el muchachón pesado y solemne se transformó en una figura resplandeciente y hasta pedante, vestida al estilo rococó para armonizar con la arquitectura de Leipzig, la decoración de las habitaciones y la opinión de las mujeres. Rápidamente se cansó del derecho y cambió las bibliotecas de estudio por los salones y teatros donde se representaban obras francesas y óperas cómicas. Es el momento en que toma contacto con las obras de William Shakespeare y, sobre todo, de Jean-Jacques Rousseau, aunque el efecto de estas lecturas se sentirá recién unos años más tarde.

En 1768 hace su aparición la enfermedad. Según relata en

Poesía y verdad:

Una noche me desperté con una violenta hemorragia y tuve todavía bastantes fuerzas y presencia de ánimo como para advertir a mi vecino de pieza. El doctor Reichel fue llamado y me atendió con la mayor afección...

Vuelve entonces a Francfort y en su restablecimiento se acerca al pietismo, movimiento que nació del protestantismo en la Alemania de fines del siglo XVII y que impulsaba un acercamiento a la vez místico, vitalista y pragmático a la vida religiosa.

En su ciudad natal aprobó los exámenes necesarios en ese entonces para el ejercicio de la abogacía, profesión a la que se dedicará hasta cumplir los veintiséis años.

En esta primera parte de su vida su iniciación en el mundo de las letras se había manifestado a través de obras de carácter diverso, como *Anette (1767), El capricho del amante (1767), Nuevos lieder (1769) y* la comedia *Los cómplices (1770).*

Poco después, durante su estancia en Estrasburgo, entre *1770 y 1771,* se enamora de Friederike Brion, hija del pastor de Sesenheim, aunque rápidamente la abandonará. En esos años conoce a Johannes Herder, quien después del primer encuentro describió a Goethe como "un buen muchacho, pero ligero y frívolo". Goethe, que había ido a Estrasburgo para terminar de *afrancesarse,* fue convencido por Herder de que tales amaneramientos nada valían y comenzó a dirigir su mirada hacia la gran poesía popular.

Herder también hizo variar su consideración de la cultura griega: Homero se convierte en su nueva Biblia, aquella que encierra las hazañas de los héroes primitivos que se enfrentan cara a cara con las fuerzas más profundas de la naturaleza. La influencia de este pensador habría de ser determinante para el espíritu general que impulsó a romanticismo alemán y, en el caso de Goethe, de modo particular en el terreno del drama. Precisamente en *1773,* cuando vuelve a Francfort como abogado, redactó la primera versión de *Götz de Berlichinger, cuyo* éxito colocó al autor entre las primera figuras del romanticismo germano. En ese mismo año redactó el primer esbozo de *Fausto* -obra en la que trabajaría hasta su muerte-.

E1 período de Francfort fue fértil. Además de la continuación del *Urfaust(nombre* con el que se conoce la primera redacción de *Fausto)* escribió una serie de pequeños dramas, como *Mahoma y Prometeo,* ambos de *1772.*

Una estancia de cuatro meses de descanso en Wetzlar motivó su acercamiento afectivo a Charlotte Buff, que haría nacer el *Werther.*

Durante *1775* fue requerido por el duque Carlos Augusto, y siguiendo este llamado se trasladó a Weimar.

Weimar estaba ubicada en un valle de Turingia, al borde del Ulm, río sin ambiciones ni pretensiones, rodeado de hermosos huertos que mantienen la presencia constante de la naturaleza sobre las edificaciones. El castillo del duque se encontraba junto a un vasto parque y poseía, como toda residencia que se preciara de tal, su jardín a la francesa, según la moda de Versailles. Una grande y vieja aldea, de aspecto provinciano, con una corte llena de vida en su centro, un teatro de calidad y la universidad a un paso -allí, en Jena-, que suministraba a cada instante la cantidad requerida de profesores y artistas para amenizar las reuniones de los soberanos y sus huéspedes.

A partir de entonces Goethe fue consejero de Estado en ingeniería de minas, puentes y caminos, asuntos exteriores, defensa y cultura en la corte ducal de Weimar por más de cincuenta años.

Con respecto a las ideas políticas de Goethe, puede decirse que Carlos Augusto, ese "hombre cabal" de acuerdo con el autor de *Werther,* aunque apenas contaba con dieciocho años era la encarnación del déspota ilustrado, modelo del soberano ideal para la mayor parte de los

jóvenes investigadores y artistas alemanes y su natural refugio. Como todo intelectual de su época Goethe fue fascinado por la Revolución Francesa, pero rápidamente llegó a temerle, debido -según su propia confesión- a las consecuencias de violencia de masas y ejecuciones que aquella trajo consigo; por esta razón quizás, y pese a que consideraba absolutamente imprescindible la unidad de los múltiples pequeños reinos feudales germanos para forjar lo que sería Alemania, siguió sosteniendo opiniones políticas entre moderadas y conservadoras, de tolerancia con respecto a los regímenes monárquicos y alejadas, de hecho, de la de sus contemporáneos más progresistas, de inclinación republicana.

Goethe se defendió en la vejez de tales cargos, como ha quedado registrado en sus célebres conversaciones con Eckermann, en 1824:

Es verdad, no pude ser amigo de la Revolución Francesa, porque sus horrores me eran demasiado próximos y me indignaban todos los días y todas las horas, mientras que todavía no podían verse sus consecuencias beneficiosas. Pero tampoco era amigo del poder arbitrario. Además, estaba plenamente convencido de que cualquier gran revolución nunca es culpa del pueblo, sino del gobierno. Las revoluciones son totalmente imposibles mientras los gobiernos son del todo justos y atentos, de modo que pueden anticiparse con las mejoras adecuadas en vez de resistirse hasta el momento en que se pretende conseguir lo necesario a la fuerza desde abajo. Puesto que yo odiaba la Revolución, me llamaban amigo de la situación existente. Pero ese título es muy ambiguo y prohíbo que se me tilde así. Si todo lo existente fuera excelente, bueno y justo, no tendría nada en contra. Pero, dado que al lado de lo bueno hay muchas cosas malas, injustas e imperfectas, ser un amigo de lo existente significa a menudo poco menos que ser amigo de lo anticuado y malo. El tiempo está en constante progreso y cada cincuenta años los asuntos humanos adoptan una configuración diferente, de modo que una institución, que en 1800 tal vez fuera perfecta, ya en 1850 puede resultar un defecto.

Citado por Ángela Ackermann, "Comentario" a
J W. Goethe, *La serpiente verde. Un cuento,* Barcelona,
Herder, 1999, pp. 91-111.

Goethe dejó este mundo afirmando que todo poder es, en última instancia, oscuro y corrupto.

En *1776* se publica *Stella,* y en *1779, Ifigenia en Táuride.* Esta última, al igual que *Torcuato Tasso (1789),* fueron concebidas en prosa y luego vertidas a la forma del pentámetro.

Durante su permanencia en Weimar, Goethe se embarca en la lectura de textos científicos, sobre todo de química y alquimia, al tiempo que se encarga de poner en condiciones las minas de Ilmenau. Herder se burla de la recién nacida pasión de Goethe por la materia, lo bautiza como el "período minero" goethiano.

Al parecer a Goethe no le importaron mucho las burlas, ya que se inscribió en nuevos cursos en la Universidad de Jena y se dedicó ahora a la osteología. Su descubrimiento del hueso intermaxilar en los humanos, que probaba de alguna manera su parentesco con los animales, le produjo una "alegría mayor" que la creación de su mejor poema. Se sumerge en la lectura del botánico Linneo.

Escribió Sigmund Freud:

> Por la universalidad de su espíritu Goethe se aproxima a Leonardo da Vinci, al maestro del Renacimiento, que, como él, era artista e investigador a la vez. Mas las personalidades humanas nunca pueden repetirse; tampoco entre estos dos

> grandes de la Humanidad faltan profundas discrepancias. En la naturaleza de Leonardo, el investigador no congeniaba con el artista, lo molestaba y quizá haya llegado a ahogarlo finalmente. En la vida de Goethe, ambas personalidades pudieron coexistir, sustituyéndose periódicamente en el predominio. (...) En este respecto, evidentemente, la naturaleza de Goethe pudo desplegarse con la más amplia libertad.

En esos días conoce a Charlotte von Stein, casada con un oficial del ejército y madre de siete hijos. Era una persona de gran cultura y, según los biógrafos, es la mujer que más influyó en el escritor.

En 1794 inició su amistad con Friedrich Schiller. En 1796, el mismo año que Goethe trabajaba intensamente en su clásica novela de formación *(Los años de aprendizaje deWilhelmMeister,* que recién se publicaría en 1811), firmó junto a Schiller una colección de epigramas, *Xenias.* Dieron vida a una de las correspondencias más extraordinarias en la historia de la literatura occidental y una amistad que se extendió hasta la muerte de Schiller, en 1805.

Se casó en 1806 con Christine Vulpius, quien morirá diez años más tarde, cuando ya le había dado un hijo.

En los últimos años del siglo XVIII se intensificó su interés por la ciencia en su conjunto. En 1790 apareció su *Metamorfosis de las plantas, y* al año siguiente *Contribuciones de óptica.* Más tarde se conocerían otros escritos sobre ciencia debidos a su pluma: *Teoría de los colores (1810) y Metamorfosis de los animales* (1820).

Entre sus obras literarias más importantes habría que mencionar la historia sentimental burguesa *Hermann y Dorotea,* que tuvo un inmenso éxito y popularidad desde el momento mismo en el que el público la conoció, en 1777.

Sus viajes a Italia tuvieron un impacto fortísimo sobre el espíritu del poeta. Los historiadores de la literatura suelen marcar este momento como el inicio de la etapa clásica goetheana. Así puede observarse en el drama alegórico *Pandora* (1807-1808) y, en primerísimo lugar, lo que se estima como su "manifiesto clasicista", *Viaje a Italia* (1816).

En lo que respecta al género novela hay que incluir *Las afinidades electivas y Los años de peregrinaje de Wilhelm Meister* (18211829), esta última continuación de *Los años de aprendizaje...*

Cuando ya era un anciano, Goethe intentó una renovación de su temática habitual con el conjunto de originales poemas llamado *Diván occidental-oriental,* de 1819. Esta parte final de su vida estuvo marcada por escritos de corte autobiográfico, como lo fueron la *Trilogía de lapasión (1823)* que se completaría con *Poesía y verdad (1811-1833).* Pasó sus últimos días concluyendo su obra maestra: *Fausto.*

A manera de síntesis biográfica se cita a continuación el final de la introducción que el escritor latinoamericano Alfonso Reyes escribió para su *Trayectoria de Goethe.* De acuerdo con él, la vida de Goethe podría reducirse a cuatro grandes etapas.

La primera es la que se extiende hasta sus veinticinco años. Es decir que reúne la infancia, los estudios, incluidos los universitarios, las experiencias amorosas iniciales. Su escenografía es la ciudad de Francfort, cortada por las residencias eventuales en Leipzig, Estrasburgo, Darnstadt, Wetzlar, y también su primer viaje a Suiza. Reyes afirma que en este período predomina un "estado mercurial", cuya expresión definitiva es el *Werther.*

La segunda ocupa de los veintiséis a los treinta y seis años: los diez años de Weimar, con pequeñas incursiones a otras ciudades y, sobre todo, el segundo viaje a Suiza. La juventud

empieza a tentar la madurez guiada por el afinamiento de tres influencias: a) el servicio público; b) el estudio metódico de la ciencia, que supone un interés por la naturaleza de un orden ya no puramente sentimental; c) la lenta educación a la que lo somete amorosamente Charlotte von Stein, a quien Goethe escribió mil quinientas cartas. De todo esto resultaría una atenuación del romanticismo desaforado.

La tercera es el viaje a Italia, de los treinta y siete a los treinta y nueve años. Es cuando se definen sus ideales clásicos.

La etapa final se extiende hasta su muerte, a los ochenta y tres años, y es el Weimar definitivo. Tal permanencia será interrumpida por las experiencias guerreras de la expedición a Francia y el sitio de Maguncia, aunque también, un poco más tarde, por las frecuentes vacaciones en los balnearios de moda. Reyes aclara que cuando se dice "Weimar" debe leerse "Weimar-Universidad de Jena", verdadero campo de operaciones intelectuales de Goethe.

Este último período está integrado por tres capítulos sucesivos. El primero, a raíz del retorno de las tierras italianas, es un momento de retraimiento y su unión amorosa con Christine Vulpius, y va de los treinta y nueve a los cuarenta y cinco años. El siguiente es la plena conjunción con Schiller, en que éste crece mientras Goethe rejuvenece, y abraza de los cuarenta y cinco a los cincuenta y seis, es decir que se cierra en 1805, año de la muerte de Schiller.

El tercer capítulo es el de la soledad definitiva, y va desde los cincuenta y seis años hasta su muerte.

Reflexionó el célebre crítico húngaro György Lukács:

Goethe fracasa en Weimar cuando intenta realizar las ideas del Iluminismo en la vida política y social de ese Estado en miniatura, huye luego a Italia y finalmente se refugia en el mundo de la contemplación pura.

Hermann Grimm, quien conoció en la vejez a muchos de los contemporáneos del autor de *Werther,* escribió casi a la manera de un epitafio:

Goethe ha influido en la vida espiritual de Alemania como en la física habría podido influir un formidable fenómeno de la naturaleza. (...) Goethe fue el creador de nuestra lengua y de nuestra literatura. Antes de él, ninguno de los otros se cotizaba en el mercado artístico de los pueblos de Europa.

He recogido con esmero todo lo que he podido encontrar de la historia del desdichado Werther, y se los entrego, con la certeza de que me lo agradecerán. No podrán negarle la admiración y el cariño por su espíritu y su carácter, tampoco unas lágrimas ante este destino.

Ytú, alma bondadosa, que te sientes aquejada porias mismas penas que él, busca tu consuelo en su sufrimiento, y si las circunstancias o tu propia culpa te impiden encontrar uno más cercano, deja que este librito sea tu amigo.

Libro Primero

4 de mayo de 1771

¡Qué feliz estoy de haber viajado! Querido amigo, ¡lo que ese l corazón del hombre! Haberte dejado, a ti, a quien tanto quiero, tan inseparables los dos, y sin embargo estoy contento. Sé que me perdonas. Las otras amistades parecían haber sido escogidas por el destino para atormentar un corazón como el mío. ¡La pobre Leonor! Y, sin embargo, soy inocente. ¿Qué culpa tengo de que en su pobre corazón se encendiera una pasión por mí, mientras a mí me seducían los caprichosos encantos de su hermana y me deparaban gratos momentos? Pero igual, ¿no tendré algo de culpa? ¿Acaso no alimenté sus sentimientos? ¿No fui complaciente al gozar de los ingenuos modos de su naturaleza, que tanto nos hicieron reír aun cuando no tenían nada de risibles? ¿No he...? Ah, ¿qué es el ser humano, como para poder quejarse de sí mismo? Quiero, querido amigo, te lo prometo, quiero mejorarme, ya no deseo volver a probar una y otra vez esos pequeños sinsabores que nos depara el destino como siempre lo hice, quiero gozar el presente, que el pasado sea pasado. Seguro, tienes razón, querido, las penas del ser humano serían mucho menores si los hombres no se dedicaran con tanto afán -solo Dios sabe por qué nos hizo así- a empeñarse con la imaginación en volver a recordar los dolores del pasado, en vez de soportar aceptablemente el presente.

Te pido que le digas a mi madre que me estoy ocupando de sus asuntos y que pronto le daré noticias al respecto. Hablé con mi tía, en quien por cierto no encontré la maldad de la que me habían hablado. Es una mujer impulsiva, apasionada, con un gran corazón. Le expliqué las quejas de mi madre sobre la retención de su parte de la herencia; me dio sus razones, las causas y las condiciones bajo las que estaría dispuesta a entregarlo todo y hasta aun mucho más de lo reclamado. En fin, no quiero seguir escribiendo ahora sobre este asunto; dile a mi madre que todo saldrá bien. He vuelto a notar, mi amigo, que estos pequeños asuntos, los malentendidos y la desidia originan en este mundo a veces más confusiones que la picardía y la maldad. Al menos, estas dos últimas no son tan frecuentes.

Por cierto, me encuentro muy bien acá, la soledad es un bálsamo precioso para mi corazón en este lugar paradisíaco, y la actual estación del año, que es la de la juventud, me templa el corazón, a veces un poco aterido. Cada árbol, cada arbusto es un ramillete de flores y uno desearía convertirse en abejorro y flotar en este mar de aromas, nutriéndose de ellos.

La ciudad en sí es desagradable; en cambio sus alrededores albergan una naturaleza de

una hermosura indescriptible. Fue lo que llevó al fallecido conde von M... a trazar un jardín en una de estas colinas que se entrelazan en las más hermosas variaciones formando unos valles encantadores. El jardín es simple y, ni bien se ingresa, uno nota que su trazado no es obra de la ciencia de un jardinero sino más bien la de un corazón sentimental que quiso venir a disfrutar.

Ya he derramado más de una lágrima por el difunto en las ruinas de lo que fue un pequeño pabellón, su lugar predilecto que ahora también lo es para mí. Pronto seré el dueño del jardín, el jardinero me tiene estima y no se sentirá disgustado.

10 de mayo

Siento que mi alma ha sido inundada por una maravillosa alegría, similar a los dulces amaneceres primaverales que gozo de todo corazón. Estoy solo y me alegro de estar viviendo en esta zona, tan propicia para espíritus como el mío. Soy tan feliz, mi buen amigo, inmerso en la sensación de una existencia tan apacible, que hasta mi quehacer artístico comienza a declinar. Ahora no podría dibujar ni un solo trazo, y sin embargo nunca fui mejor pintor que en estos momentos. Cuando veo la bruma que se levanta del valle y el sol que llega hasta la impenetrable oscuridad del bosque, y tan solo unos pocos rayos se filtran al recinto sagrado, y yo acostado entre el alto matorral al lado del arroyo, descubro a mi lado, en la tierra, la diversidad de mil hierbas; cuando veo la ebullición en el minúsculo mundo de la maleza, la infinita e inmensa variedad de insectos, de mosquitos, y los siento cercanos a mi corazón, y siento la presencia del Todopoderoso, que nos creó según su imagen y semejanza, y siento el hálito del amor divino, el que con eterna fruición nos sostiene y mantiene flotando; entonces, mi amigo, cuando mis ojos se adormecen y el mundo a mi alrededor y el cielo entero descansan en mi alma como la figura de una amada, entonces me invade la nostalgia y pienso: ¡ay, si pudieras volver a expresar todo esto, si pudieras plasmar sobre papel todo esto que es tan pleno, que vive tan ardiente dentro de ti, que fuera el espejo de tu alma como tu alma es el espejo del Dios infinito! Mi amigo. Pero todo esto me está consumiendo, sucumbo ante la fuerza de lo maravilloso de estas imágenes.

12 de mayo

No sé si esta zona estará dominada por duendes engañosos o por la divina fantasía que entibia mi corazón, porque todo lo que me rodea aparenta ser paradisíaco. En las afueras del pueblo hay un manantial, una fuente que me tiene ligado como si fuese Melusina y sus hermanas. Si bajas por una pequeña colina, te encuentras en una gruta en cuyo fondo, a unos veinte escalones, mana de entre rocas de mármol el agua más cristalina. El pequeño muro que en la parte superior hace de contención, los frondosos árboles que cubren el lugar, la frescura del sitio, todo esto tiene algo de agresivo como también de estremecedor. No hay un solo día en el que no pase allí por lo menos una hora. Hasta ese lugar llegan las muchachas del pueblo a recoger agua, el trabajo más simple y al mismo tiempo más necesario, tanto que en la antigüedad eran las hijas de los reyes las que se encargaban de ello. Sentado me sobreviene la idea del patriarcado, pero en forma tan viva que veo a los venerables antepasados trabando amistades y enamorándose junto a la fuente, y siento revolotear ánimas benefactoras junto a fontanas y manantiales. ¡Oh, no puede entender estos sentimientos aquel que nunca sació su sed en la frescura de un manantial después de un largo paseo en un caluroso día de verano!

13 de mayo

¿Me preguntas si debes enviarme mis libros? Por favor, querido, te pido por Dios que me libres de ellos. Ya no quiero volver a ser guiado, dirigido, alentado, estimulado. Este corazón ya bulle de emociones; necesito canciones que me arrullen y mi Homero me las brinda con creces[1]. ¡Cuántas veces habrá acunado mi sangre enardecida! Tú no has visto un corazón tan exaltado y desequilibrado como este. Querido, tengo que contarte todo esto, a ti, que tantas veces cargaste con el peso de escuchar mi congoja hasta la exageración, o presenciar cómo la dulce melancolía se transformaba en una pasión ruinosa. Es cierto que trato a este mi pequeño corazón como a un niño enfermo: le consiento cuanto deseo tenga. No se lo cuentes a nadie, hay gente que lo tomaría a mal.

15 de mayo

La gente sencilla de este lugar ya me conoce y me estima, sobre todo los niños. Al principio, cuando les preguntaba por esto o por aquello, algunos pensaban que me quería burlar de ellos y me contestaban de mala manera. Pero no me dejé amedrentar, y confirmé algo que ya observé a las claras con frecuencia: hay cierta clase social que se mantendrá siempre fría y distante de la gente común como si temiera rebajarse por acercarse un poco. Y también están los superficiales y los de las bromas pesadas, los que aparentan acercarse al pueblo para después hacerles sentir el desprecio en forma aún más directa.

Sé muy bien que no somos iguales ni lo podremos ser. Pero estoy convencido de que es igual de condenable aquel que cree que para hacerse respetar está obligado a mantenerse distante del así llamado populacho que el cobarde que se esconde de su adversario por temor a salir perdiendo.

Hace poco fui a la fuente y me encontré con una joven criada que había colocado su cántaro al pie de la escalera y esperaba ver a alguna compañera que la ayudara a ponérselo sobre la cabeza. Bajé y la miré.

-¿Necesita ayuda, joven? -le dije. Se puso colorada y dijo:

-Oh, no señor.

-No es molestia.

Se acomodó la almohadilla sobre su cabeza y la ayudé. Me lo agradeció y subió.

17 de mayo

He conocido a mucha gente pero aún no trabé amistad con nadie. No sé qué de ofensivo he de tener para la gente. Son muchos los que me estiman y se acercan a mí, pero me duele que el camino que compartimos se separa después de un breve trayecto. Si me preguntas cómo es la gente de por acá, debo decirte: como en todas partes. El ser humano es un una cosa uniforme. La mayoría emplea la mayor parte del tiempo para vivir y lo poco que le queda de libertad le asusta tanto que hace lo imposible para deshacerse de ella. ¡Oh, el destino del hombre!

Sin embargo, la gente es buena. A veces, cuando me dejo llevar por las circunstancias y

[1] *Homero:* poeta épico griego, autor -según la tradición- de la *Ilíada y* la *Odisea*, obras fundantes de la literatura y la cultura de Occidente y cuya trascendencia no ha hecho sino confirmarse a través de los siglos. Si bien hay investigadores que dudan de su existencia, otros ubican su nacimiento hacia el siglo VIII a. C. Más allá de ese debate entre especialistas, la importancia de su quehacer está dada por ofrecer la compilación de una rica tradición de relatos orales, a la que dotó de unidad y estilo. Esta fusión del arte popular y la pureza estética que marca la cumbre creativa del helenismo es uno de los aspectos que los románticos alemanes levantaron como bandera estética.

comparto alguna de las alegrías que le han quedado al hombre, como divertirse abierta y francamente en una mesa bien compartida, una excursión, participar de un baile en el momento propicio, y otras situaciones semejantes, noto que me sienta bien. Solo que en ese momento no debo pensar en todas las otras fuerzas que residen en mi interior, que enmohecen sin ser aprovechadas y debo ocultar cuidadosamente. Ay, eso sí que angustia el corazón. Y, sin embargo, el ser malentendidos es nuestro destino.

Ah, ¡por qué habré perdido a la compañera de mi juventud! Ay, ¡por qué la habré conocido! Yo diría, eres un necio, siempre buscas lo que no se encuentra. Pero yo la tuve, sentí su corazón, su alma inmensa, en cuya presencia me creía más de lo que era, porque era todo lo que podía ser. ¡Dios mío!, ¿acaso quedó desaprovechada solo una de las fuerzas de mi alma?, ¿acaso no fue ante ella que pude desplegar esa maravillosa sensibilidad con la que mi corazón abarca toda la naturaleza? Nuestra relación, ¿no fue acaso un tejido infinito de finas sensaciones, de una inteligencia aguda, en las que todas sus facetas, hasta la de la malicia, podían definirse como genialidades? ¡Y ahora! Los años que me llevaba de ventaja la llevaron a la tumba antes que a mí. Jamás la olvidaré, jamás olvidaré su juicio firme y su compasión divina.

Hace poco días conocí a V..., un joven abierto, de rasgos felices. Acaba de salir de la academia; no se cree un sabio pero sí está convencido de saber más que otros. Es laborioso, lo noté en diversos casos, en fin, tiene cierta preparación. Al escuchar que me dedicaba al dibujo y que dominaba el griego (dos maravillas en esta tierra) se dirigió a mí, desenterró su erudición, habló de Batteux y de Wood, de Piles y Winckelmann[2], y me aseguró haber leído la teoría de Sulzer, todo el primer tomo, y que tiene un manuscrito de Heynen sobre el estudio de la Antigüedad. Lo dejé hablar.

Conocí a otro hombre interesante, un funcionario administrativo del principado, un buen hombre, abierto, franco. Se dice que es un inmenso placer verlo rodeado de sus nueve hijos; su hija mayor es la que más parece destacarse. Me invitó a que fuera a visitarlo y lo haré en los próximos días. Vive en una de las propiedades de caza del príncipe, a una hora y media de aquí, lugar que le fue cedido y al que se fue a vivir tras la muerte de su esposa, ya que la permanencia en la ciudad y en la oficina de administración le provocaba mucho dolor.

Por lo demás se me han cruzado algunos personajes sin igual, todos inaguantables y especialmente insoportables en sus declaraciones de amistad.

Que estés bien. La carta te gustará, es toda una crónica.

22 de mayo

A más de uno ya le ha parecido que la vida del hombre es un sueño. A mí también me acompaña esa sensación. Mas cuando compruebo los límites que se le han impuesto a la fuerza creadora e investigadora del ser humano, que todos sus esfuerzos tienden a satisfacer necesidades sin otra función que la de prolongar nuestra pobre existencia, y, luego, que todo el sosiego que

[2] Johann Winekelmann (1717-1768) es autor de la célebre *Historia del arte de la antigüedad* (1764), obra en la cual este arqueólogo e historiador germano ofreció una sólida sistematización, a partir del estudio de las ruinas de Pompeya y Herculano, entre una multitud de fuentes y documentos, del arte antiguo de origen griego y romano; Wood, probablemente haga referencia a John Wood, un navegante y cartógrafo inglés de gran fama desde fines del siglo XVII, y que entre otros múltiples destinos exploró el Estrecho de Magallanes hacia 1670... Como se verá, la acumulación de nombres de artistas, científicos y reconocidos aventureros intenta dar cuenta de los heterogéneos intereses de los jóvenes cultos que se reunían en los salones de la época.

existe en determinados aspectos de la investigación no es más que una ilusa resignación en la que pintamos coloridas figuras y luminosas perspectivas sobre las paredes que nos aprisionan, todo esto, Wilhelm, me enmudece. Me retraigo en mí mismo y descubro otro mundo. Otra vez, con más presentimientos y sombrías ansiedades, que en exposición y fuerza viva. Todo flota ante mis sentidos y con una sonrisa me sumerjo en este mundo.

Que los niños no saben lo que quieren, en eso coinciden tanto pedagogos como maestros; pero que los mayores deambulan por esta tierra igual que los niños, sin saber de dónde vienen ni adónde van, sin saber los verdaderos motivos de su hacer, regidos por dulces y azotes, eso no lo quiere reconocer nadie, y a mí, sin embargo, se me hace tan evidente.

Reconozco que sé lo que quisieras contestarme al respecto, que los más felices son aquellos que -como niños- viven el momento, llevando sus muñecas de un lado para otro, cambiándoles la ropa, y que rondan con respeto en derredor del escondite de los dulces de la madre y, ni bien consiguen lo deseado, aún con la boca llena, exigen ¡más! Esas son las criaturas más felices. También lo son aquellos que imponen títulos rutilantes a sus negocios ruines e incluso a sus pasiones y hacen creer a la humanidad que todo lo hacen por el bien y la prosperidad del mundo. Dichoso aquel que puede ser así. Pero el otro, el que en su humildad reconoce hacia dónde lleva todo esto, el que ve qué bien se siente todo buen ciudadano al cuidar su jardincito, que lo ha de llevar al paraíso, y cómo el infeliz sigue imperturbable su marcha sufriendo bajo la carga que lleva, y todos se interesan por igual en ver, aunque sea tan solo un minuto más, la luz de este sol, sí, ese se mantiene callado y va formando de sí mismo un mundo propio y es feliz, por ser un hombre. Y después, por más prisionero que esté, en su corazón mantendrá siempre el dulce sentimiento de la libertad y de que puede abandonar esta celda cuando quiera.

26 de mayo

Ya conoces desde hace mucho tiempo mi capacidad de adaptación, la de poder levantar mis cuatro paredes en cualquier sitio acogedor y asentarme allí con toda sencillez. He vuelto a encontrar, aquí, un pequeño lugar que me atrajo.

A más o menos una hora de la ciudad se encuentra una localidad, a la que llaman Wahlheim[♣]. Su ubicación en una colina es bastante interesante y si se abandona el pueblo por un sendero situado en la parte superior, de pronto se puede divisar todo el valle. Hay una buena mujer, atenta y aun ágil para su edad, que en su taberna vende vino, cerveza y café. Pero lo mejor de todo son dos tilos cuyas frondosas copas cubren todo el reducido predio delante de la iglesia, una plazuela rodeada de pequeñas casas de campo, graneros y galpones. No he encontrado lugar más acogedor, más íntimo. Allí pido que me pongan una mesilla de la taberna y una silla, bebo mi café y leo mi Homero. La primera vez que llegué de casualidad a los tilos, en una hermosa tarde, el lugar me pareció muy solitario. Todos estaban trabajando en el campo, solo había un niño, de unos cuatro años, sentado en la tierra y tenía a otro niño, de unos seis meses, sentado delante de él, entre sus piernas, abrazado a su pecho, como si estuviera en una sillita para bebé, y a pesar de la vivacidad con que miraban sus negros ojos, el pequeño estaba quieto. Me encantó la escena; me senté sobre un arado que había enfrente y dibujé con gran entusiasmo esta imagen de

[♣] (El lector no deberá esforzarse en descubrir los lugares aquí citados, nos liemos visto en la necesidad de cambiar los verdaderos nombres que se encuentran *en el* original

la hermandad. Le agregué un cerco, el portón de un granero, y unas ruedas de carro *quebradas*, todo lo que había detrás de ellos, y al cabo de una hora descubrí que había compuesto un dibujo de lo más aceptable, bastante interesante, sin que le hubiese agregado nada propio.

Esto confirmó mi propósito de atenerme, en el futuro, solo a la naturaleza. Solo ella es infinitamente rica y solo ella es capaz de crear a un gran artista. Se podrán decir muchas cosas positivas sobre Ias reglas, lo mismo más o menos de lo que se puede destacar de la sociedad burguesa. Alguien que se guíe por ellas no podrá producir algo pésimo o de mal gusto, como tampoco será un vecino insoportable o un notorio malvado quien se deje formar por las leyes y el bienestar. Pero, y se podrá decir lo que se quiera, toda regla artística destruirá el genuino carácter de la naturaleza y su auténtica expresión. ¡Di que es demasiado duro! Solo impone límites, poda los brotes llenos de savia, etc. Buen amigo, ¿quieres que te brinde una parábola? Es lo mismo que en el amor. Un joven corazón se enamora de una muchacha, pasa todas las horas del día con ella, desperdicia todas sus fuerzas, toda su fortuna, solo para expresarle en cada momento que su entrega es total. Y en eso llega un filisteo, un hombre que ocupa cualquier función de burócrata, y le dice: "Distinguido señor, amar es humano, solo que usted tiene que amar como un humano. Distribuya usted sus horas, algunas para el trabajo, y las otras, las del esparcimiento, se las dedica a su muchacha. Calcule sus bienes, y de lo que le sobre de los gastos le puede hacer un regalo, no se lo niego, pero no con frecuencia, solo para su cumpleaños o para el día de su santo, etc."

Si el joven le hace caso, se convertirá en un hombre de provecho y yo mismo hasta le recomendaría a cualquier príncipe que le diera sitio en algún cargo público. Solo que su amor se habrá terminado, y si es artista, también su arte. Oh, amigos míos. ¿Por qué desborda tan pocas veces el torrente de la genialidad, tan pocas veces deja su cauce con impetuosas olas para sacudir del letargo a nuestras asombradas almas? Queridos amigos, allí residen en ambas márgenes del río los hombres cautos, a los que se les desmoronarían sus albergues de campo, sus jardines de tulipanes, sus huertos de hierbas, por lo que con diques y compuertas saben conjurar con tiempo las peligrosas amenazas futuras.

27 de mayo

Veo que me dejé llevar por el éxtasis, por parábolas y declamaciones, y por ello olvidé de contarte cómo terminó aquello de los niños. Estuve sentado unas dos horas sobre mi arado, sumergido profundamente en mis emociones artísticas, como te lo comenté -aunque de manera muy fragmentaria- en mi carta de ayer. Sobre el atardecer, se aproxima a los niños, que por cierto apenas se movieron en ese rato, una joven mujer con un canasto en una mano y desde lejos llama:

-Phillips, eres un buen chico.

Me saludó, le agradecí, me paré, me acerqué un poco y le pregunté si era la madre de los niños. Asintió y mientras le daba medio panecillo al mayor, tomó al pequeño y lo besó con toda la ternura de una madre.

-Le pedí a Phillips que cuidara al pequeño-dijo-, mientras iba a la ciudad con el mayor a buscar pan blanco y azúcar, y una pequeña olla de barro.

Vi todo eso en la canasta, cuya tapa se había caído.

-Esta noche quiero cocinarle a mi Hans -así se llamaba el pequeño- un caldo; el bribón del mayor ayer me rompió la olla cuando peleaba con Phillips por los restos de la comida.

Le pregunté por el mayor, y apenas me había dicho que estaba en la pradera corriendo detrás de unos gansos cuando apareció a los saltos y le dio una varilla de avellano al segundo.

Seguí hablando con la madre y me enteré de que era la hija del maestro de escuela, y que su marido había viajado a Suiza con la intención de buscar una herencia que le había dejado el primo.

-Quisieron engañarlo -me dijo- y no le contestaron las cartas; fue por eso que viajó él mismo. Espero que no le haya ocurrido ninguna desgracia, no tengo noticias de él.

Me costó dejar a la mujer, le entregué una moneda para cada uno de los chicos, también le di una para el menor a fin de que en la ciudad le comprara un panecillo para la sopa, y así nos separamos.

Te aseguro, querido, que cuando mis sentidos ya no pueden controlarse ante tanto alboroto, para atemperarlos no hay como la presencia de una criatura así, que con una serena felicidad recorre el estrecho círculo de su existencia, y busca día tras días soluciones a sus cosas, que ve caer las hojas de los árboles y no piensa en nada, salvo que se está acercando el invierno.

Desde entonces estoy a menudo en aquel lugar. Los niños se han acostumbrado a mí, les doy azúcar cuando tomo café y al atardecer compartimos mi pan con manteca y la crema. Los domingos nunca les falta su moneda, y si acaso no llego a estar a tiempo, después de misa, la mujer de la taberna tiene órdenes de dársela.

Han ganado confianza, me cuentan muchas cosas, y me deleito sobremanera con sus pasiones y sus simples arrebatos de deseos cuando se juntan con otros chicos de la aldea.

Me ha costado mucho esfuerzo poder tranquilizar a la madre, temerosa de que pudieran "molestar al señor".

30 de mayo

Lo que los otros días te comenté de la pintura también es válido para el arte de la poesía; se trata de reconocer lo esencial y de atreverse a expresarlo, lo cual significa mucho, en pocas palabras. Hoy viví una escena que, con solo transcribirla, reflejaría el idilio más hermoso de este mundo. Pero, ¿por qué poesía, escena, idilio? ¿Por qué todo tiene que estar tan armoniosamente construido cada vez que queremos tomar parte de una manifestación de la naturaleza? Si después de esta introducción esperas algo grandioso y distinguido, volverás a quedar muy defraudado; no fue otra cosa que un joven campesino el que me arrastró a tamaña vivencia; como es habitual, volveré a contar mal y tú considerarás, creo, como siempre, que exagero. Es de nuevo Wahlheim y siempre Wahlheim la que genera estas singularidades.

Había un grupo de personas allí, bajo los tilos, tomando café. Como no me atraía del todo, con un pretexto me mantuve a cierta distancia.

Un joven campesino salió de una casa del vecindario y empezó a trabajar en el arado que yo había dibujado hace poco, tratando de arreglar algo. Me agradó su modo de ser y le dirigí la palabra, preguntándole por su vida, y como me sucede con asiduidad con esta clase de gente, pronto nos entendimos. Me contó que está al servicio de una viuda que lo trata bastante bien. Me habló tanto de ella y la alabó de tal manera que pronto me di cuenta del alto grado de afecto que le tenía. Ya no es de las más jóvenes, dijo, su primer marido la había tratado mal, no se quería volver a casar, y su relato mostraba tan claramente qué hermosa, qué atractiva le parecía la mujer y cómo deseaba que ella lo escogiera para poder borrar el recuerdo de las fallas del primer esposo, que tendría que repetirte palabra por palabra para darte una idea del cariño, del amor puro y del apego de este hombre. Sí, tendría que tener la inspiración del mejor de los poetas para transmitirte con vivacidad la fuerza de sus ademanes, la armonía de su voz, el furtivo ardor en su mirada. No, no hay palabra que pueda captar la ternura que irradiaban su forma de ser y sus

gestos. Todo lo que podría escribir es muy torpe. Lo que más me conmovió fue su temor de que yo pudiera pensar mal de su relación con ella y dudar de sus buenas intenciones. Qué encantador fue cuando me contó de su aspecto, de su cuerpo, que si bien había perdido la lozanía de la juventud, lo atraía con vigor y lo atrapaba; todo esto solo lo puedo repetir en lo más recóndito de mi alma. No he visto en mi vida semejante pureza en el deseo urgente y en las ardorosas ansias del querer, y hasta podría decir que esa pureza ni siquiera la he pensado o soñado. No me regañes si te digo que al recordar esta inocencia y esta verdad me arde el alma en lo más íntimo, la imagen del apego y la ternura me persigue por todas partes, y yo mismo, poseído por esa chispa, me siento ansioso, me consumo.

Intentaré verla lo más pronto posible, o tal vez, si lo pienso bien, evitaré ese encuentro. Es mejor que la vea a través de los ojos de su amante. Puede ser que ante mi mirada no aparezca tal como la estoy viendo ahora y, ¿por qué he de arruinar esa bella imagen?

16 de junio

¿Que por qué no te escribo? ¿Me lo preguntas tú, que eres un hombre sabio? Deberías presentir que me siento bien y que -bueno, para hacerlo breve- he conocido a alguien que me ha tocado el corazón. Yo he..., no lo sé.

Resultará muy difícil contarte ordenadamente cómo sucedió que conocí a una de las criaturas más encantadoras. Estoy contento, soy feliz, y por lo tanto un mal cronista.

¡Un ángel! Bah, eso lo dicen todos de la suya, ¿no es cierto? Y sin embargo no estoy en condiciones de decirte de qué manera es perfecta y por qué es perfecta. En fin, me ha atrapado todos los sentimientos.

Tanta sencillez junto a tanta inteligencia, tanta bondad junto a tanto carácter y la serenidad del alma en tanta vida y tanta actividad. Todo esto que te cuento es incoherente, palabras vacías, odio sas abstracciones que no expresan ni un ápice de lo que deberían ser. Otro día... no, no será otro día, te lo quiero contar ya mismo. Si no lo hago ahora no lo haré jamás. Porque, entre nosotros, desde que empecé a escribirte estuve a punto de dejar la pluma tres veces, mandar a ensillar mi caballo y partir. Pero esta mañana me juré no cabalgar hacia allí y, sin embargo, a cada instante me acerco a la ventana para ver si el sol sigue alto.

No lo pude aguantar, tuve que ir hacia ella. Aquí estoy, ya regresé, Wilhelm, comeré mi colación de la noche y te escribiré. ¡Qué dicha para mi alma verla en el seno de los suyos, entre los cariñosos niños, entre sus ochos hermanos!

Si sigo así, al final sabrás lo mismo que al principio; escucha, me voy a obligar a contarte los detalles.

Hace poco te escribí que había conocido a S..., el funcionario del principado[3], y que me había invitado a visitarlo en su retiro, o más bien en su pequeño reino. Estuve aplazando la visita y hasta puede ser que no lo hubiera hecho nunca, de no haber sido que la casualidad me reveló el tesoro que se mantenía oculto en ese lugar.

Nuestros jóvenes habían organizado un baile en el campo al que finalmente accedí a concurrir. Me ofrecí a acompañar a una joven del lugar, muy buena, bella, pero no muy interesante por cierto, y quedamos en que tomaría un coche para ir con ella y su tía hasta el lugar

[3] De aquí en adelante, cada vez que se alude al funcionario -*amtman* es el término en el original alemán- debemos tener presente que se refiere al padre de Charlotte.

de la fiesta, recogiendo de paso a Charlotte S...

-Va a conocer usted a una bella dama -me dijo mi acompañante mientras viajábamos hacia el palacete atravesando un amplio bosque.

-Tenga usted cuidado -agregó la tía- de no enamorarse. -¿Por qué? -dije.

-Porque ya está comprometida -me contestó- con un hombre muy bueno, que se encuentra de viaje para liquidar unos asuntos: su padre ha fallecido y ahora debe preocuparse por un ingreso acomodado.

Tomé la noticia con bastante indiferencia.

Faltaba aún un cuarto de hora para que el sol se ocultase detrás de los montes cuando llegamos al portón de entrada. El clima estaba bastante pesado y las mujeres estaban preocupadas por la posibilidad de que se desatara una tormenta, a juzgar por las plomizas nubes que se divisaban en el horizonte. Procuré tranquilizarlas simulando grandes conocimientos climáticos, a pesar de que yo mismo empecé a sospechar que la fiesta pudiese sufrir un revés.

Descendí del carruaje y una criada que había salido al portón nos rogó que esperásemos un momento, la señorita Lotte no tardaría en venir. Crucé el patio hasta llegara la casa, una notable edificación, y tras subir las escalinatas y pisar el umbral de la puerta, presencié el espectáculo más encantador que jamás habían visto mis ojos. En el vestíbulo había seis niños, de entre once y dos años de edad, que se arremolinaban en torno de una muchacha hermosa, de estatura mediana, que llevaba un simple vestido blanco con moños rosados en las mangas y en el pecho. Sostenía un pan negro y le cortaba un trozo a cada uno de los pequeños a su alrededor, en proporciones de acuerdo a la edad y el apetito; se los entregaba con tanta gracia y ellos, que estiraban los brazos para recibirlo aun antes de haber sido cortado, se lo agradecían con total naturalidad; después se alejaban dando saltos, contentos con la comida, mientras los más tranquilos salían hacia el portal del patio para ver a las visitas y el coche en el que iba partir su Lotte.

-Le pido perdón -dijo ella- por haberlo hecho entrar y hacer esperar a las mujeres. Al vestirme y dejar listas algunas cosas previendo mi ausencia en la casa, olvidé preparar la cena para mis pequeños y no aceptan que otro que no sea yo les corte el pan.

Le contesté con un cumplido sin mayor importancia; toda mi alma se concentraba en su persona, el tono, los gestos, y apenas tuve tiempo de recuperarme de esta sorpresa cuando ya había entrado a un cuarto para recoger los guantes y su abanico. Los niños me miraban de costado, a cierta distancia, y me dirigí hacia el menor, una criatura con una cara de feliz plenitud. El pequeño retrocedió unos pasos, cuando en esos momentos apareció Lotte por la puerta y le dijo:

-Louís, dale la mano al primo.

El niño obedeció con espontaneidad, no pude contenerme y lo besé tiernamente, a pesar de su pequeña nariz llena de mocos. -¿Primo?-le dije, mientras le tendía la mano-¿Cree que tengo la dicha estar emparentado con usted?

-Oh -dijo ella con una despreocupada sonrisa-, son tantos nuestros parientes que me apenaría que usted fuera el último de ellos.

Al caminar le encomendó a Sophie, la mayor de las hermanas después de ella, una niña de unos once años, que cuidara a los chicos y saludara al padre ni bien regresara de su cabalgata. A los pequeños les dijo que le hicieran caso a su hermana Sophie como si fuera ella, cosa que prometieron expresamente, salvo una pequeña, rubia de unos seis años, algo impertinente que le dijo:

-Pero si no eres tú, Lotte; a ti te queremos más.

Los dos varones mayores se habían subido al coche, y ante mi solicitud ella permitió que viajaran hasta el bosque, siempre que prometieran no pelearse y sujetarse bien.

Apenas nos habíamos acomodado en el interior, las mujeres se saludaron, intercambiaron palabras sobre los vestidos y en especial sobre los sombreros; chismeaban un poco sobre la fiesta que nos esperaba, cuando Lotte hizo detener al conductor y obligó a sus hermanos a bajarse. Los dos quisieron volver a besar su mano otra vez y así lo hicieron, el mayor con toda la ternura que puede tenerse a la edad de quince años, el otro con mucho más ímpetu y ligereza. Ella les dijo una vez más que saludaran a los pequeños y seguimos nuestro viaje.

La tía le preguntó si había terminado de leer el libro que le había prestado días atrás y Lotte le dijo que no.

-No me gusta, y se lo devolveré; el anterior tampoco fue mejor.

Me llamó la atención cuando le pregunté de qué libros se trataba y ella me contestó...♦

Encontré tanto juicio en todo lo que dijo..., en cada palabra iba descubriendo nuevos encantos, en su rostro brotaban nuevos rayos de su espíritu que parecían desplegarse felices a medida que iba notando que yo la entendía.

-Cuando era más joven -dijo-, lo que más amaba eran las novelas. Solo Dios sabe con qué placer me recluía los domingos en un rincón para poder compartir con todo mi corazón la felicidad y las desgracias de una Miss Henny. No quiero negar que este tipo de lectura sigue teniendo cierto atractivo para mí[4], pero como los libros me llegan a las manos en tan rara ocasión, prefiero entonces los que son de mi gusto. Mis autores predilectos son aquellos en los que veo reflejado mi mundo, en donde pasan cosas que también me ocurren a mí, y cuya historia me interese tanto como mi propia vida hogareña, que no será un paraíso pero en líneas generales sí fuente de una felicidad extraordinaria.

Hice esfuerzos para disimular mi emoción ante estas palabras. Pero claro, fue en vano, porque al escucharla hablar con tanto juicio y como al pasar sobre *El Vicario de Wakefield*, sobre...♦, no pude contenerme, le dije todo lo que sabía y solo algún tiempo después, cuando Lotte dirigió la conversación hacia las otras, noté que estas se habían quedado todo el rato con la boca abierta, como si no hubiesen estado presentes. La tía me miró más de una vez con un aire burlón, cosa que me dejó sin cuidado.

Cambiamos el tema de la conversación, que pasó a ser la afición al baile.

-Si esta pasión llega a ser un defecto -dijo Lotte-, les reconozco que para mí no hay nada que me agrade más. Y si hay algo que me está dando vueltas en la cabeza, me pongo a martillar una contradanza en mi desafinado piano y todo se arregla.

Mientras hablaba, yo seguía fascinado por sus ojos negros; ¡cómo me atraían esos labios

---

♦ Nos vemos obligados a suprimir esta parte de la carta a fin de no dar motivo alguno a determinadas quejas, aunque ningún escritor debiera darle mayor importancia a la opinión de una muchacha ni a la de un joven versátil

4 "...y *las desgracias de una Miss Henny... ", "...ese tipo de lectura... ":* las frases hacen referencia a cierta literatura de entretenimiento, muy popular y difundida, que seguía las formas más simples del folletín sentimental, con sus personajes buenos enfrentados a personajes malos, y donde las jovencitas castas, luego de enfrentar, a través de melodramáticas aventuras, múltiples peligros y tentaciones, lograban salir con bien; es decir que accedían a la riqueza y la boda. La muchacha avergonzada realiza tina mención despectiva de sus lecturas dado que se consideraba a este tipo de folletos un arte absolutamente menor, un mero pasatiempo no muy edificante desde cl punto de vista moral.

♦ También aquí se han quitado los nombres de algunos compatriotas escritores. Aquel que sea del agrado de Lotte lo sentirá en el corazón precisamente cuando lea estas líneas y de lo contrario nadie tiene por qué saberlo

llenos de vida, esas mejillas inmaculadas! Sumergido por completo en su maravilloso discurso, por momentos hasta dejé de entenderlas palabras que pronunciaba. Eso es algo que bien puedes imaginarte, tú me conoces. En fin, cuando llegamos al lugar de la fiesta bajé del coche como un sonámbulo; estaba tan perdido en mis sueños en este mundo crepuscular que apenas le presté atención a la música que nos llegaba desde el salón iluminado.

Dos señores, Audran y un tal N.N. -quién puede acordarse de tantos nombres-, que eran los que iban a acompañar en el baile a la tía y a Lotte, nos recibieron junto a la puerta del coche, se apoderaron de sus mujeres, y yo conduje a la mía.

Comenzamos con unos minués, entrelazándonos entre las parejas; invité a bailar a una dama tras otra pero eran justamente las menos agraciadas, las que no se decidían a estrecharle a uno sus manos y llegar así al final. Lotte y su pareja de baile comenzaron con una contradanza inglesa y te imaginarás cómo me sentí al ver que iniciaban las figuras justo en nuestra hilera. ¡Hay que verla bailar! Mira, se entrega a la danza con toda alma y vida, su cuerpo es una sola armonía, despreocupado, natural, como si eso lo fuera todo, como si no pensara en otra cosa, no sintiera nada más. Y es verdad que en esos instantes, a su alrededor, todo se esfuma.

Le solicité Ia segunda contradanza, me prometió la tercera y con el desprejuicio más divino del mundo me aseguró que le encantaba bailar la alemanda.[5]

-Aquí está de moda -prosiguió- que las parejas que están juntas permanezcan unidas cuando bailan una alemanda, pero mi compañero la baila mal y me agradecerá que lo dispense de esta obligación. Su acompañante tampoco la sabe bailar ni le gusta. Al bailar la contradanza inglesa vi que tiene usted un buen paso por lo cual, si quiere danzar conmigo la alemanda, vaya y pídale permiso a mi acompañante, que yo haré lo propio con su dama.

Le ofrecí mi brazo y acordamos que su pareja de baile debía entretener mientras tanto a la mía.

¡Y allí empezamos! Nos entretuvimos un rato en la diversidad de movimientos con los brazos. ¡Con qué gracia, con qué delicadeza se movía! Llegamos entonces al vals y comenzamos a girar las rondas, pero como son pocos los que lo dominan, al principio fue un poco tumultuoso. Fuimos sabios, dejamos que se tranquilizaran, y cuando los más torpes despejaron la pista de baile, allí irrumpimos nosotros y con otra pareja, la de Audran y su acompañante, nos mantuvimos bien dispuestos hasta el final. Nunca me he movido con tanta facilidad sobre la pista. Ya no era más un ser humano. ¡Tener en brazos a la más adorable de las criaturas y volar con ella como el tiempo, olvidando todo a mi alrededor y... Wilhelm, para serte sincero, me he jurado que a la mujer que yo ame, a la que pretenda, jamás le consentiría bailar con otro, salvo conmigo, aunque en esto deba dejar la vida. Tú me entiendes.

Dimos unas vueltas por el salón, para recobrar un poco el aliento. Después, tomó asiento y las naranjas que yo había apartado, las últimas que quedaban, surtieron su efecto, solo que con cada gajo que ella por delicadeza le entregaba a una vecina un tanto indiscreta, sentía como si me clavaran un punzón en el corazón.

---

[5] El *minué* es una antigua danza folklórica francesa que en el siglo XVII, y durante cl reinado de Luis XIV, se transformó en un baile cortesano que rápidamente conquisto los palacios de toda Europa y cl mundo. La *contradanza* es un baile de grupo, donde varias parejas se mueven frente a otras; quizás fue ese carácter grupal cl que rápidamente determinó su popularidad, inicialmente en Francia y España. Sc conocen dos variedades básicas -la contradanza inglesa y la francesa-, que siguen compases diferentes. La *alemnanda* se relaciona con ciertos movimientos a la vez festivos y rebuscados, mieentras que el clásico vals, de origen aleman que se volveria famosos en el SXVIII proviene etimológicamente del verbo que significa “dar vueltas” y busca acentuar la elegancia en los desplazamientos.

En la tercera contradanza inglesa fuimos la segunda pareja. Al recorrer toda la fila -sabe Dios con cuánto placer la tomaba delbrazo y miraba sus ojos, en los que se reflejaba la más pura y auténtica felicidad-, llegamos hasta lo de una mujer un tanto mayor, que ya me había llamado la atención por la bondad que irradiaba su rostro. La miró a Lotte sonriéndose, levantó su dedo como queriéndola amonestar, y pronunció, como al pasar, dos veces el nombre Albert, con mucho significado.

-¿Quién es Albert? -le pregunté a Lotte-, si no es indiscreta la pregunta.

Estaba a punto de contestarme cuando nos tuvimos que separar para bailar la figura del gran ocho, y me pareció notar cierta preocupación en su ceño cuando nos volvimos a cruzar.

-Para qué se lo voy a negar -me dijo mientras me ofrecía la mano para *la promenade,* el paseo-, Albert es un buen hombre, con el que prácticamente estoy comprometida.

En realidad no fue ninguna novedad para mí (las mujeres me lo habían comentado durante el viaje), y sin embargo sí era nuevo por completo porque no lo había pensado en función de ella, la que se me había hecho tan querible en tan pocos instantes. Me perturbó, y confundido me mezclé entre la pareja impar, con lo que se desequilibró el baile, se arruinó, y fue necesaria toda la presencia de Lotte, tironeo y forcejeo, para volver a ordenarlo de nuevo.

La danza no había terminado aún cuando los rayos que estábamos viendo hacía ya rato en el horizonte y a los que yo había declarado como simples refucilos, se incrementaron y los truenos empezaron a acallar la música. Tres mujeres abandonaron la hilera, sus hombres las siguieron. El desorden fue general, la música paró de tocar. Es natural que si en un momento pleno de alegría nos sorprende una desgracia o algo terrible, la impresión que nos causa sea mucho mayor que en otras circunstancias, en parte por el contraste, que hace que la vivamos con más intensidad, y en mayor grado porque nuestros sentidos, una vez abiertos a la sensibilidad, absorben las impresiones con más rapidez. A esto atribuyo las increíbles caras que pusieron algunas damas. La más inteligente se sentó en un rincón, de espaldas a la ventana mientras se tapaba los oídos. Otra se puso de rodillas escondiendo la cabeza en el regazo de la primera. Una tercera se metió entre ambas, abrazando a sus hermanas en un mar de lágrimas. Algunas quisieron irse a sus casas; otras, las que menos sabían lo que estaban haciendo, no atinaban siquiera a controlar los atrevidos intentos de algunos sibaritas[6] empeñados al parecer en atrapar de los labios de sus desconsoladas compañías las temerosas plegarias que estas elevaban al cielo. Algunos de los hombres habían bajado a fumar una pipa con toda tranquilidad y el resto de los presentes no rechazó la excelente idea de la anfitriona de ofrecernos un salón con postigos y cortinas en las ventanas. Ni bien habíamos ingresado a ese cuarto, Lotte formó un círculo con las sillas y, una vez que nos hubimos sentado todos, pasó a explicarnos un juego de prendas.

Observé a más de uno estirando el cuerpo y aguzando la boca entusiasmado ante la perspectiva de ganar una sensual prenda.

-Jugaremos a contar -dijo-; presten atención. Yo voy a dar vueltas al círculo, de derecha a izquierda, y a mi paso cada uno de ustedes deberá contar el número que le corresponda. Esto tiene que ir muy rápido, y el que se equivoque o se demore, recibirá una cachetada, y así hasta llegar a mil.

Fue realmente muy divertido. Comenzó a dar sus vueltas, con el brazo extendido; "uno", dijo el primero, el vecino "dos", "tres" el siguiente, y así sucesivamente. Hasta que Lotte aceleró

[6] sibaritas: si bien puede tener otras acepciones, se designa tradicionalmente -y así ocurre en Werther- como sibarita a aquellas personas que valoran y buscan afanosamente por sobre todo los placeres de tipo sensual.

el paso y empezó a caminar con cada vez mayor velocidad, hasta que le tocó a uno, zas, una bofetada, y por culpa de las risas, enseguida al otro, zas, de nuevo. Y cada vez más rápido. A mí me tocaron dos bofetadas, y creí notar con cierta satisfacción interior que me las daba con mayor fuerza que a los demás. El juego terminó con una risa y un alboroto generalizado antes de que llegáramos a mil. Los de más confianza se retiraron, la tormenta había pasado y yo seguí a Lotte hasta la sala. En el camino me dijo:

-Con las bofetadas olvidaron la tormenta y todo lo demás.

No supe qué contestarle.

-Fui una de las que más miedo tenía, pero al aparentar valentía para darle valor a los demás, yo misma empecé a perder el temor -agregó.

Nos acercamos a la ventana. Se oían truenos alejados, una maravillosa lluvia empapaba la tierra y una cálida brisa nos trajo la más cautivante fragancia del jardín. Apoyada con los codos, su mirada recorría el paisaje, miró hacia el cielo y hacia mí, vi sus ojos con lágrimas, puso su mano sobre la mía y dijo: "Klopstock"[7]. Recordé de inmediato la maravillosa oda del poeta que ocupaba su imaginación y quedé sumergido en un mar de sensaciones que me invadió al escuchar esa clave. No pude aguantarlo, me incliné hacia su mano y la besé, inmerso en un baño de lágrimas divinas. Y volví a buscar sus ojos... ¡Noble poeta! En aquella mirada estaba la máxima devoción hacia ti, yo no quiero volver a escuchar tu nombre tantas veces profanado.

19 de junio

Ya no recuerdo dónde había quedado en mi relato del otro día, pero sé que eran las dos de la mañana cuando me acosté y que, de haber tenido la posibilidad de contarte todo en vez de escribírtelo, te hubiera entretenido hasta el alba. No te conté lo que sucedió al regresar de la fiesta, pero hoy tampoco es el día indicado para ello.

Fue el amanecer más maravilloso. De los árboles del bosque caían las gotas de lluvia, ¡y el campo tan fresco y lozano! Nuestras acompañantes se quedaron dormidas y ella me preguntó si no quería hacer lo mismo, que no me preocupara por ella.

-Mientras vea esos ojos despiertos -le dije mirándola fijamente- no habrá peligro de que me duerma.

Y los dos aguantamos hasta llegar al portal de su casa. La criada le abrió, sin hacer ruido, y ante sus preguntas le aseguró que el padre y los niños estaban bien y que aún dormían. Me despedí de ella, rogándole poder volver a verla ese mismo día. Ella lo consintió y lo hice. Desde entonces, el sol, la luna, las estrellas pueden hacerlo que quieran, yo no sé si es de día o noche, el mundo entero se desvanece a mi alrededor.

21 de junio

Estoy viviendo días tan felices como Dios sólo tiene reservados a sus santos. Pase lo que

[7] *Friedrich Gottlieb Klopstock:* poeta alemán (1724-1803); debe su mayor celebridad *a La Mesíada,* texto épico-religioso que alaba la figura de Cristo y su sacrificio, que debe ser entendido, según Klopstock, como redención de la humanidad toda. Estudió en la Universidad de Jena, fue muy famoso en el siglo XVIII y su influencia pasa por poetas como Friedrich Hölderlin y Rainer M. Rilke.

pase conmigo, ya no podré decir que no he gozado la felicidad, las más genuinas felicidades de la vida. Ya conoces Wahlheim, allá me he establecido completamente, de ahí estoy a solo media hora de Lotte, allí me siento yo mismo, y gozo toda la felicidad que se nos ha dado a los seres humanos. ¡Cómo iba a imaginar que iba a estar tan cerca del cielo cuando elegí Wahlheim como lugar de partida de mis paseos! ¡Cuántas veces en mis largas caminatas, a veces desde las colinas, otras desde la planicie junto al río, habré visto ese pabellón de caza convertido ahora en el centro de todos mis deseos!

Querido Wilhelm, he reflexionado sobre muchas cosas, sobre la permanente inquietud del hombre por ampliar su horizonte, hacer nuevos descubrimientos, divagar; y también sobre la fuerza interior que lo impulsa a aceptar las restricciones que imponen los límites, a dejarse llevar por el camino de lo acostumbrado, sin interesarse por lo que pase a su izquierda o a su derecha.

Es maravilloso: el haber llegado acá, ver el hermoso valle desde las alturas y sentir cómo me fue atrapando. ¡Allí, el pequeño bosque! ¡Ay, quién pudiera esconderse entre sus sombras! ¡Allá, el pico de ese monte! ¡Ay, quién pudiera ver desde allí la inmensidad del paisaje! ¡Las colinas entrelazadas, los valles encantados! ¡Ay, quién pudiera extraviarse en ellos! Me apresuré a ir y regresé sin haber encontrado lo que estaba buscando. Con lo lejano pasa lo mismo que con lo futuro. Ante nuestra alma se halla un todo, enorme y en penumbras, nuestra sensibilidad se diluye en él al igual que la mirada. Nuestro anhelo es el de poder entregarnos por completo y dejar que nos inunde un sentimiento majestuoso, magnífico, único. Pero, ay, cuando nos acercamos, cuando el allá se convierte en acá, cuando lo que fue es igual a lo que será, entonces nos quedamos con nuestra pobreza, con nuestras limitaciones; nuestra alma sigue sedienta del bálsamo que se nos ha escapado.

Es así como el más errante vagabundo anhela volver finalmente a su lugar de partida, y encuentra en su casa, en el seno de su amada, junto a sus hijos y en su afán de mantenerlos, la satisfacción que infructuosamente había buscado por el mundo.

Algunas mañanas, cuando despunta el sol, salgo hacia Wahlheim y en el huerto de la hostería cosecho yo mismo mis arvejas, me siento, las abro y desgrano y entremedio leo a Homero. Después voy a la pequeña cocina, busco una olla, les agrego manteca y las pongo a cocinar, las tapo y me siento al lado para revolver de vez en cuando. En esos momentos me imagino a los intrépidos pretendientes de Penélope[8], carneando, trozando, asando bueyes y cerdos. No hay otra cosa queme llene tanto de placer y dicha que estas características de la vida patriarcal que, a Dios gracias, puedo incorporar sin mayores problemas a mi modo de vivir.

Qué dichoso soy de que a mi corazón le sea permitido gozar del más simple e inocente regocijo que pueda sentir un hombre que ha cosechado un repollo, que ha cultivado él mismo, y no solo se deleita con el repollo, sino también con el recuerdo de aquellos días, las bellas mañanas en las que lo plantó, las apacibles tardes en las que lo regó y se alegraba de verlo crecer. Volver a gozar todo eso en un solo instante.

[8] *"...intrépidos pretendientes... ":* la referencia es la *Odisea.* Penélope, la mujer de Odiseo (o Ulises, según sus versiones latinas), espera el regreso de su esposo, soberano de la isla de Ítaca, mientras resiste cl asedio de los "pretendientes" que quieren forzar a Penélope a que, dado el tiempo transcurrido desde la finalización de la guerra de Troya, dé por muerto a Odisco y elija un nuevo marido y regente para Itaca. En el libro segundo aparecen varias menciones a Ulises, pero que se centran no tanto en sus aventuras como en cl supuesto carácter triste y ensimismado de quien sólo tiene lugar en su espíritu para añorar el hogar perdido. En absoluta soledad, Werther también es Ulises

29 de junio

Anteayer el médico de la ciudad se acercó a la casa del funcionario y me encontró jugando con los niños de Lotte, en el suelo; algunos se encaramaban sobre mí, otros me hacían bromas, yo les hacía cosquillas; todo esto en una enorme algarabía. El doctor, solo una dogmática marioneta que al hablar se lo pasa arreglándose y alisando los puños de la camisa, consideró que mi conducta era indigna de un hombre sensato. Lo noté por su nariz. Pero no me dejé perturbar, se quedó hablando cosas muy sabias y yo me dediqué a armar un castillo de naipes que los chicos habían destruido. A su regreso a la ciudad se quejó diciendo que los hijos del funcionario, de por sí ya bastante malcriados, se estaban echando a perder definitivamente por culpa de Werther.

Así es, querido Wilhelm, en este mundo los chicos son los que más cerca están de mi corazón. Los observo y descubro en ellos el germen de toda virtud, de todas las fuerzas que algún día -sin dudanecesitarán; veo en sus caprichos la incipiente constancia y firmeza del carácter, en sus travesuras, el buen humor y la despreocupación con la que enfrentarán los peligros de este mundo; los veo, es todo tan puro, tan auténtico. Recuerdo entonces una y otra vez las palabras del Divino Maestro: "si ustedes no llegan a ser como uno de ellos..."[9]. Lo que pasa, estimado, es que a ellos, que son a nuestra imagen y semejanza, que los vemos como nuestros modelos, a ellos los tratamos como si fueran nuestros siervos. ¡No les permitimos una voluntad propia! ¿Acaso no la tenemos nosotros? ¿De dónde nos arrogamos ese derecho? ¿Solo porque somos mayores y tenemos más experiencia? Dios nuestro, Tú solo ves niños adultos y niños jóvenes y nada más. Tu Hijo ya ha proclamado hace tiempo cuáles son los preferidos. Los hombres creen en Él pero no lo escuchan -esto es ya algo tan sabido-y siguen educando a sus hijos según ellos mismos y... Adiós, Wilhelm, ya no quiero seguir cavilando sobre todo esto.

1 de julio

Mi pobre corazón, más dolorido que muchos de los que yacen en un lecho ya desfalleciendo, ¿acaso no es el que mejor puede sentir lo que debe ser Lotte para un enfermo?

Pasará unos días en la ciudad cuidando a una buena mujer a la que según los médicos le queda poco tiempo de vida y que quiere que Lotte la acompañe en los últimos momentos. La semana pasada fui con ella a visitar al párroco de St…un lugar ubicado a una hora entrando en las sierras. Llegamos a eso de las cuatro. Lotte había llevado a la segunda de sus hermanas. Al ingresar al patio, a la sombra de dos enormes nogales, vimos al buen hombre sentado en un banco, delante de la puerta de la casa, y al verla a Lotte fue como si reviviera, se olvidó de su bastón y hasta se atrevió a pararse para recibirla. La joven corrió hacia él y lo instó a que se sentara ubicándose a su lado. Lo saludó de parte de su padre y acarició al menor de sus hijos, un chico antipático y caprichoso, el benjamín de su vejez. La tendrías que haber visto cómo atendió

[9] *"...si ustedes no llegan a ser...":* las alusiones a los niños que las escrituras sagradas han puesto en boca de Cristo son múltiples y el *Werther* las menciona en diversos momentos. En cl Evangelio según San Mateo, 18 y 19, puede leerse: "En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron:

¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?'. El llamó a un niño y dijo: `Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe". Un poco después: "Entonces le fueron presentados unos niños para que les impusiera las manos y orase; pero los discípulos los reñían. Mas Jesús les dijo: `Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como ésos es el Reino de los Cielos'."

al anciano, subiendo el tono de la voz para que la escuchara a pesar de su avanzada sordera, mientras le contaba de jóvenes vigorosos que sin embargo habían fallecido intempestivamente, o le hablaba de las virtudes de los baños termales de Karlsbad al tiempo que festejaba su decisión de ir allá el próximo verano, y cómo le decía que lo veía mucho más mejorado y animado que la vez pasada. Yo, por mi parte, había ido a saludar a la señora del párroco. Como no pude evitar admirar los dos nogales que nos dispensaban su agradable sombra, él, bastante animado, nos empezó a contar, si bien con ciertas dificultades, la historia de los árboles.

-No sabemos -nos dijo- quién fue el que plantó el más viejo de los dos. Algunos dicen que tal pastor, otros aseveran que fue tal otro. Pero el más joven, el de allá atrás, tiene la edad de mi mujer, que en octubre va a cumplir los cincuenta. Su padre lo plantó la mañana del día en el que ella iba a nacer al atardecer. Fue mi antecesor en el cargo y amó el árbol como él solo. Conmigo sucede algo parecido. Allí sentada y tejiendo bajo sus sombras vi a la que hoy es mi esposa, hace 27 años, siendo yo un pobre estudiante, cuando pisé por primera vez este patio.

Lotte preguntó por la hija: nos dijeron que había salido al campo con el señor Schmidt a visitar a los labradores. El viejo siguió con su historia, contó cómo su antecesor le había cobrado afecto, y la hija también, y que primero fue su vicario y después su sucesor. La narración apenas había llegado a su fin cuando apareció por el jardín la hija, junto al llamado señor Schmidt. Le dieron una bienvenida muy afectuosa a Lotte; debo reconocer que ella no me desagradó para nada. Es una joven de cabellos castaños, vivaz, bien formada, alguien que muy bien puede entretener a cualquiera durante una corta estancia en el campo. Su novio, porque de esta manera se presentó de inmediato el señor Schmidt, un hombre fino, callado, que no quiso entrometerse en nuestra conversación, a pesar de los intentos que hizo Lotte. Lo que más me preocupó sin embargo fue que me pareció notar que el motivo de su incomunicación no se debía tanto a lo limitado de su genio sino más bien a su capricho y malhumor. Esto se fue confirmando más adelante durante un paseo, en el que caminé al lado de Lotte y Friederike, alternadamente. La cara del señor, de por sí un poco oscura, se fue ensombreciendo cada vez más, tanto que Lotte se vio obligada a llamarme la atención tomándome de la manga, para darme a entender que estaba siendo demasiado cortés con Friederike. No hay cosa que me fastidie más que la gente cuando se mortifica mutuamente. Lo peor es cuando se trata de gente joven que se encuentra en la flor de la vida, quienes en realidad podrían ser los más abiertos a las alegrías. Es al revés, se arruinan los pocos días felices que tienen poniendo mala cara y después, cuando es demasiado tarde, se percatan de que ya no pueden recuperar lo que han derrochado. Me molestó mucho, y al atardecer, cuando regresamos a la parroquia y nos sentamos a la mesa para tomar leche y pan, aproveché que habíamos retomado el hilo de la conversación sobre las alegrías y penas de la vida para hablar con vehemencia contra los malhumorados.

-Los hombres nos quejamos a menudo sobre cuán pocos son los días felices -comencé-, y muchos los malos, y sospecho que no tenemos razón. Si nuestro corazón se mostrara abierto a gozar lo bueno que nos brinda Dios día a día, entonces sí dispondríamos de la fuerza suficiente para enfrentar lo malo cuando nos llega.

-Lo que pasa es que no controlamos nuestros ánimos -interpuso la mujer del pastor-. Hay tanto que depende del estado físico, que si uno está indispuesto ya no se siente bien en ninguna parte.

Reconocí que tenía razón.

-Entonces -proseguí-, consideraremos tal estado una enfermedad y nos preguntaremos si acaso no existirá algún remedio.

-Suena interesante -dijo Lotte-, estoy convencida de que mucho depende de nosotros

mismos. Lo sé de mí misma. Cuando hay algo que me molesta y me fastidia lo que hago es salir al jardín y ponerme a cantar unas contradanzas, y enseguida se me pasa.

-Eso es lo que quería decir-le confirmé-, con el malhumor es igual que con la pereza, porque en sí es una especie de pereza. Es algo que tiende a ser natural, pero sin embargo, si tenemos la voluntad de sobreponernos, las labores que hagamos nos resultarán fáciles y hasta descubriremos en ellas que nos causan verdadera satisfacción.

Friederike nos escuchaba con atención, pero el joven señor me objetó que uno no es dueño de sí mismo y menos de sus sentimientos.

-Se trata acá de una sensación desagradable -le respondí-, que cada uno de nosotros se quiere sacar de encima. Y nadie sabe cuál es la capacidad de sus fuerzas hasta que no lo ha intentado. Seguro, el enfermo consultará a todos los médicos y no podrá evitar profundas resignaciones ni tampoco rechazará los medicamentos más amargos para recuperar su salud.

Advertí que el anciano párroco esforzaba su oído para poder seguir nuestra conversación. Por lo que elevé la voz y me dirigí hacia él:

-Hay tantos sermones contra los vicios -dije-, pero hasta ahora no he oído que desde los púlpitos se haya predicado contra el malhumor[♥].

-Eso lo tienen que hacer los curas en las ciudades -dijo-, los campesinos no tienen malhumor; pero a veces no nos vendría mal, sería una lección para mi esposa y también para el funcionario.

Nos reímos todos, también él, de todo corazón, hasta que le agarró un ataque de tos que interrumpió nuestra charla.

Fue el joven quien retomó la palabra:

-Usted declaró el malhumor como un vicio, pero me parece exagerado.

-Pero no -le contesté-, si definimos así lo que daña a nuestros prójimos como a nosotros mismos. No basta con que no nos hagamos felices mutuamente, ¿acaso tenemos que privarnos también el uno y el otro de la satisfacción que de vez en cuando nos pueda deparar el corazón? ¡Y nómbreme una sola persona que sea capaz de esconder su malhumor, que sepa disimularlo y lo lleve en sus adentros para no turbar la felicidad a su alrededor! ¿O no se trata en realidad de una expresión muy íntima de nuestra propia incapacidad, un descontento con nosotros mismos, ligado a cierta envidia alimentada además por una desmedida vanidad? Vemos gente feliz, a la que nosotros no hemos hecho feliz y nos parece insoportable.

Lotte me sonrió al notar la emoción con la que hablaba, esto y una lágrima en los ojos de Friederike me animaron a seguir:

-Pobre de aquellos -dije- que se sirven del poder que tienen sobre otro corazón para privarlo de las alegrías más elementales que crea de sí mismo. No hay regalos, no hay atenciones en este mundo que puedan suplir un solo instante de verdadera alegría, envenenado por la celosa envidia de nuestro tirano.

En ese momento mi corazón estaba desbordante. El recuerdo de muchas cosas pasadas me colmaba el alma y mis ojos se llenaron de lágrimas.

-¡Quién pudiera decirse todos los días así mismo-exclamé-: no puedes hacer más por tus amigos que dejarlos que gocen sus alegrías y se llenen de felicidad, compartiendo la tuya con ellos! ¿Serías capaz, también, de ofrecerles una gota de bálsamo que los consuele cuando su alma se vea atormentada por el temor de una pasión y los perturbe la angustia? Y cuando al final el más angustioso mal se apodere de aquella persona a la que martirizaste durante la flor de su vida,

[♥] Ahora existe un magnífico sermón al respecto, que hizo Lavater sobre el libro de Jonás

cuando se encuentre postrada y abatida con la mirada vacía dirigida hacia el cielo y el frío sudor de la muerte inunde su pálida frente, cuando tú te encuentres al lado de su lecho y te sientas como un condenado, abrumado por saber en lo más íntimo de tus sentimientos que ya nada podrás cambiar a pesar de tu voluntad, y te sientas sacudido por el miedo, entonces desearás entregarlo todo con tal de ofrecerle al agonizante una dosis de valor, una chispa de coraje.

Mientras decía estas palabras se apoderó de mí el recuerdo de una situación parecida que viví personalmente. Tomé mi pañuelo, me lo llevé a los ojos y abandoné el grupo. La voz de Lotte llamándome para decirme que nos debíamos ir me hizo recuperar los sentidos. En el camino de regreso me regañó cariñosamente, advirtiéndome que la excesiva pasión me iba a llevar a la ruina y que debía cuidarme. ¡Oh, qué ángel! ¡Tú eres la razón de mi vida!

6 de julio

Sigue estando junto a su agonizante amiga todo el tiempo, y es siempre la misma, tan encantadora, una criatura adorable, siempre presente, que tan solo con su mirada alivia el dolor y riega felicidad. Anoche salió a pasear con Marianne y con la pequeña Malchen, lo supe y salí a su encuentro para caminar juntos. Después de un paseo de una hora y media ya nos íbamos acercando a la ciudad, cuando llegamos a la fuente a la que tanto quiero y que ahora quiero aún mil veces más. Lotte se sentó sobre el pequeño muro mientras nosotros nos quedamos de pie, delante de ella. Al mirar a mi alrededor, sentí cómo volvía a recordar los tiempos en que mi corazón se sentía tan solo. ¡Fuente amiga, dije, desde entonces no volví a disfrutar de tu frescura y en mis urgencias hasta llegué a pasar delante de ti sin siquiera prestarte atención! Bajé los ojos y vi que Malchen llevaba, presurosa, un vaso de agua. Miré a Lotte y bastó para darme cuenta de todo lo que siento por ella. Malchen llegó con el vaso en la mano y Marianne quiso tomarlo.

-No -exclamó la niña con su más dulce candor-, Lotte, bebe tú el primer trago.

Quedé tan maravillado por la bondad, por la sinceridad con que lo dijo, que no pude expresar mi emoción sino alzándola y dándole un beso, pero tan intenso que se puso a llorar y a gritar.

-Ha hecho mal -dijo Lotte.

Y me sentí confundido.

-Ven, Malchen -continuó, la tomó de la mano y empezó a bajar la escalera-, refréscate la cara con el agua de la fuente, anda, que no es nada.

Me quedé parado, viendo cómo la niña se frotaba la cara con sus manitos llenas de agua, convencida de que el agua milagrosa iba a limpiar toda impureza de su cara y evitar así la vergüenza de que le creciera una fea barba. Lotte le dijo que ya estaba bien, pero la niña siguió lavándose con tanta decisión como si lo mucho hecho hasta ahora aún fuera muy poco. Wilhelm, te digo que jamás he presenciado una ceremonia de bautizo con tanto respeto. Lotte volvió y quise arrojarme a sus pies, como ante un profeta que acaba de expiar las culpas de su pueblo.

Por la noche, aún embargado por la emoción, no pude contenerme y le conté lo sucedido a un hombre a quien yo suponía con cierta sensibilidad para entenderlo, pero ¡qué equivocación! Me dijo que Lotte había estado muy mal. A los chicos no hay que contarles ese tipo de cuentos, que solo llevan a la confusión y a supersticiones, sobre las que hay que prevenirlos a tiempo. Recordé que este señor había hecho realizar una ceremonia de bautismo hace apenas una semana y no le hice caso. En el fondo de mi corazón seguí siendo fiel a mi verdad: debemos tratar a los niños como Dios lo hace con nosotros, que nos colma de felicidad cuando nos deja deambular como venturosos errantes.

8 de julio

¡Qué infantiles somos! ¡Cómo deseamos tan solo una mirada! ¡Qué infantiles somos! Fuimos a Wahiheim. Las mujeres habían salido en coche, y durante los paseos creí ver los negros ojos de Lotte, pero ¡qué necio soy!, perdóname... Tendrías que ver esos ojos. Seré breve (se me caen los ojos de sueño): mira, las mujeres subieron al carro y alrededor quedamos el joven W..., Selstadt, Audran y yo. Despreocupados y ligeros los jóvenes hablaban entre sí, y yo traté de encontrarme con los ojos de Lotte. Pero estos iban de uno a otro, pero a mí, ¡a mí!, ¡a mí!, el único que los esperaba con pasión, a mí no me vieron. Mi corazón le dijo adiós mil veces. Y ella sin mirarme. El carro partió y se me escapó una lágrima. Mis ojos siguieron la partida y vi cómo Lotte se asomó por la ventanilla, volteando su mirada. ¿Hacia quién? ¿Acaso hacia mí? ¡Querido!, cómo me pesa esa incertidumbre. Es mi consuelo: tal vez sí quiso verme a mí. Tal vez. Buenas noches. ¡Ay, qué infantil soy!

10 de julio

Tendrías que ver cómo hago el ridículo cuando se habla de ella en sociedad, cada vez que me preguntan si la estimo. ¿Si la estimo? ¡Cómo odio esa palabra! ¿Qué clase de persona tiene que ser aquel que solo sienta estima por Lotte, sin que se colmen sus sentidos y emociones? ¡Estima! ¡El otro día me preguntaron por mi estima por Ossian[10]!

11 de julio

A la señora M... le va muy mal. Ruego al Señor por su vida porque me uno al sufrimiento de Lotte, a quien veo en contadas ocasiones en casa de mi amiga. Hoy me contó un hecho muy singular. El señor M... es un viejo avaro y miserable que ha mortificado a su esposa toda la vida, pero, sin embargo, la mujer supo arreglárselas. Hace pocos días, cuando el médico le dijo que ya no había esperanzas y la desahució, lo llamó al marido (Lotte estaba presente en el cuarto) y le dijo:

-Debo confesarte algo que una vez que haya muerto tal vez te pueda preocupar y también disgustar. He administrado la casa de la manera más económica y ordenada. Pero me tendrás que perdonar que te haya engañado durante todos estos treinta años. Cuando nos casamos dispusiste de una pequeña suma para solventar la comida y otros gastos de la casa. Aunque con el tiempo las necesidades fueron aumentando a medida que nuestro negocio prosperaba, tú nunca te mostraste dispuesto a incrementar el presupuesto semanal. Bueno, sabes que me exigías llevar la casa con solo siete florines por semana. Yo los recibía, sin protestar, pero la diferencia la tomaba de las ganancias del negocio, ya que nadie iba a sospechar que la mujer iba a robar de la caja del marido. No he malgastado ese dinero y podría haberme despedido de este mundo sin confesártelo, si no fuera porque la persona que me sucederá en el gobierno de la casa no sabría

[10] [10] *Ossian:* Osián u Oisin es la figura heroica central de unas leyendas escocesas del siglo III. En ellas el guerrero poeta recuerda, ya anciano y ciego, la historia de su familia y las aventuras de su pueblo. Sus canciones fueron muy populares y se volvieron célebres a partir de tina traducción realizada de la lengua gaélica por el escritor británico James Macpherson (1736-1796). Sus versiones -los *Poemas de Ossian,* 1765- fueron muy discutidas, ya que siempre pesó la sospecha sobre su autenticidad, pero de cualquier manera su influencia en los jóvenes románticos de toda Europa fue muy fuerte. Goethe se encargó de traducir las canciones a su lengua: en la parte final de *Werther,* y a través de varias páginas, la figura del romántico Ossian aparece como contrafigura del clásico Homero

cómo manejarse con la misma suma y tú le insistirías en que tu primera esposa sí era capaz de hacerlo.

Hablé con Lotte sobre la increíble ceguera del ser humano, que es incapaz de darse cuenta de que tiene que haber algo oculto si cree que gasta solo siete florines para llevar una vida que le cuesta tal vez el doble. Pero yo mismo he conocido a gente que en su casa hubieran utilizado sin el menor asombro la jarra eternamente llena de aceite del profeta.[11]

13 de julio

No, no me engaño. En sus negros ojos descubro un interés verdadero por mí y por mi destino. Sí, siento -y sé que en esto puedo confiar en mi corazón- que ella... ¿podré pronunciar las palabras que encierran todo un cielo?, siento que ¡ella me ama!

¡Me ama! ¡Cómo presumo de mí mismo, cómo -a ti te lo puedo decir, tú tienes la sensibilidad para entenderme-, cómo me envanezco desde que sé que me ama!

¿Será presunción mía o el sentir de una realidad? No conozco a nadie a quien pudiera tenerle miedo por ocupar un lugar en el corazón de Lotte. Y sin embargo, cuando habla con tanto cariño, con tanto amor de su prometido, me siento como aquel caballero al que han despojado de su buen nombre, de todos sus honores y ha perdido hasta la espada.

16 de julio

¡Ah, cómo se estremece la sangre en mis venas cuando mis dedos tocan sin quererlos suyos, cuando nuestros pies se encuentran bajo la mesa! Me aparto de inmediato, como quien se quema en el fuego, pero una fuerza oculta me vuelve a atraer, mis sentidos se sumergen en un mareo. Ay, en su inocencia, en su candidez no se da cuenta de cómo me torturan estos pequeños encuentros. A veces, cuando en una conversación pone su mano sobre la mía y en el calor de una charla se me acerca de tal manera que siento cómo el hálito divino de su boca toca mis labios, siento perderme, hundirme, tocado como por un rayo. Wilhelm, si alguna vez me llego a aprovechar de esa confianza divina, ya sabes. No, mi corazón no puede ser tan infame. Débil, sí. Lo suficientemente débil. ¿Y acaso no es esto ya una infamia?

Ella es sagrada para mí. Todo deseo desaparece ante su presencia. Nunca sé lo que me pasa cuando estoy con ella. Es como si en mi alma se trastocaran todos los nervios. Cuando se sienta al piano y empieza a tocar su melodía, con ese aire angelical, tan simple y tan intenso, desaparecen desde la primera nota todas mis penas, mis zozobras, mis tribulaciones.

No dudo entonces una sola palabra de la antigua fuerza vitalizadora que se le atribuye a la música. ¡Cómo me emociona un simple canto! Y ella sabe muy bien cuándo entonarlo, a menudo justo en el momento en que preferiría pegarme un tiro. Las sombras y los laberintos de mi alma se desvanecen y vuelvo a respirar con libertad.

[11] Hace alusión a la historia de los macabecos, guerreros judíos que recuperaron cl templo de Jerusalem destruido por los griegos. Según la leyenda, lo único que los macabeos encontraron intacto entre las ruinas fue una pequeña vasija llena de aceite. Milagrosamente, ese aceite les alcanzó para encender las candelas durante ocho noches. El templo fue finalmente purificado y reinaugurado. La religión judía rememora el hecho desde entonces en la fiesta de Januca.

18 de julio

¡Wilhelm, qué sería para nuestro corazón un mundo sin amor! Lo que una linterna mágica sin luz. Ni bien ingresas con ella a tu cuarto, comienza a aparecer en las blancas paredes un sinfín de imágenes multicolores. Y aunque no fueran más que unos fantasmas pasajeros, sería para nosotros una fuente de felicidad observar como jóvenes muchachos extasiados esas imágenes milagrosas. Hoy no pude ir a lo de Lotte, una reunión inevitable me lo impidió. ¿Qué podía hacer? Envié a un criado solo con el objetivo de tener a una persona a mi lado que hubiese estado unos instantes con ella. ¡Con qué impaciencia estuve esperando a que regresara, con qué alegría lo volví a ver! Hubiese querido tomarlo por la cabeza y besarlo si no hubiera tenido tanta vergüenza.

Se dice de la piedra boloñesa que expuesta al sol absorbe los rayos y en la noche llega a irradiar cierta luz. Con el criado pasó lo mismo. La sensación de que los ojos de Lotte habían recaído en su cara, sus pómulos, los botones y el cuello de su casaca fue para mí algo tan sagrado y valioso que en ese instante no me hubiese desprendido del muchacho ni por mil monedas de plata. Me sentía tan bien con su presencia. Dios te ampare si te ríes de esto. Wilhelm, ¿acaso son fantasmas los que nos hacen sentir bien?

19 de julio

¡La volveré a veri, exclamo por las mañanas para darme aliento y veo brillar el magnífico sol en todo su esplendor. ¡La volveré a ver! Ya me doy por satisfecho por todo el día, sin mayores deseos. Todo, todo se entrelaza ante esa posibilidad.

20 de julio

Aún no termina de convencerme tu idea de que acompañe al consejero a... Ya no me gusta estar subordinado y además todos sabemos que es una persona ruin. Me dices que mi madre quiere verme en plena actividad y esto me causó risa. ¿Acaso no estoy ahora en acción? ¿No es al fin y al cabo lo mismo contar arvejas que contar lentejas? Todo en este mundo se mueve hacia una misma vileza y una persona que trabaja por dinero, o por su honor, o por cualquier otra cosa solo para satisfacer a otros sin que esto sea su deseo o su propia aspiración, no es más que un necio.

24 de julio

Tanto has insistido en que no abandone el dibujo que preferiría no tocar el tema a tener que decirte que hace tiempo que no hago nada.

Nunca he sido tan feliz, nunca tuve una sensibilidad tan plena para ver la naturaleza, desde la piedrita más pequeña hasta la hierba más insignificante, y sin embargo -no sé cómo decirlo-, mi poder de imaginación es tan limitado, en mi interior todo parece nadar y flotar, no puedo asirme a ninguna forma, pero al mismo tiempo siento que, si tuviera a mano arcilla o cera, sí podría modelarla a mi gusto. Si este estado llega a prolongarse mucho más, tomaré la arcilla y la amasaré aunque después me salgan solo tortas.

Empecé tres veces con el retrato de Lotte y tres veces fue un bochorno, algo que me ha molestado mucho porque hasta hace algún tiempo creí que me estaban saliendo bien las cosas. Ahora me limité a dibujar su perfil y con eso me tengo que dar por satisfecho.

26 de julio

Sí, querida Lotte, voy a encargarme de todo. Expréseme todos los deseos que quiera y cuando quiera. Una sola cosa le pido, no vuelva a echar arena en los papelitos que me escribe[12]. Hoy, con la premura de acercar mis labios a lo escrito me empezaron a chirriar los dientes.

26 de julio

Muchas veces ya me he propuesto no verla tan a menudo. Pero, ¡quién pudiera cumplir! Todos los días vuelvo a sufrir la misma tentación y vuelvo a jurar solemnemente: mañana no irás; pero ni bien amanece vuelvo a encontrar una razón irresistible y apenas me descuido ya vuelvo a estar a su lado.

A veces, porque al anochecer se despide preguntando "¿nos volveremos a ver mañana?", y quién puede entonces resistirse a una visita, o me da un encargo y me entusiasma poder darle personalmente una respuesta, o bien porque es un día realmente hermoso y aprovecho para ir a Wahlheim y entonces estoy solo a una media hora de ella, estoy tan cerca de su mundo y, zas, ya estoy a su lado. Mi abuela solía contar el cuento de la montaña magnética: los barcos que se acercaban a la montaña perdían cuanto metal tenían, hasta los clavos eran atraídos por el imán y los pobres desdichados naufragaban entre el maderamen que se desmoronaba.

30 de julio

Ha llegado Albert y me iré. Aunque fuera el hombre más bueno, el más noble, ante el cual estaría dispuesto a someterme desde cualquier punto de vista, para mí sería intolerable tener delante de mí a una persona en posesión de cualidades tan perfectas. ¡Posesión! Ya basta, Wilhelm, ha llegado el prometido. Es un joven amable y cariñoso, que merece ser apreciado. Por suerte no fui a su recepción. Me hubiera destrozado el corazón. Encima es tan digno que hasta ahora no ha besado una sola vez a Lotte en mi presencia. ¡Que Dios se lo pague! Aunque tan solo sea por el respeto que le tiene a la muchacha me siento obligado a estimarle. Siente aprecio por mí, pero creo que se debe más a la influencia de Lotte que a sus propios deseos. En eso las mujeres son muy listas ycuidadosas: si pueden mantener en armonía a sus dos pretendientes, las ventajas serán para ellas, a pesar de que el caso se dé muy rara vez.

De todos modos no puedo dejar de apreciar a Albert. Su serenidad exterior contrasta vivamente con la intranquilidad de mi carácter, algo que no se puede ocultar. Tiene una sensibilidad especial y sabe muy bien lo que significa tener a Lotte. Parece no ser un hombre de malos humores y sabes que este es, de todos, el defecto que más odio en el ser humano.

Me considera un hombre sensato. Mi cariño por Lotte, el profundo afecto que siento por ella en cada uno de sus gestos, multiplica su triunfo y hace que él la quiera cada vez más. No sé si

[12] Alusión al uso de la salvadera, vaso por lo común cerrado y con agujeros en la parte superior, que contenía arenilla para enjugar lo escrito recientemente

de vez en cuando sufrirá un pequeño ataque de celos; yo, en su lugar, no estaría seguro de poder librarme de ese demonio.

Sea como sea, lo cierto es que se ha esfumado en mí la alegría de estar junto a Lotte. Cómo nombrarlo, ¿tontería?, ¿ceguera? ¡Para qué darle nombre! Los hechos hablan por sí solos. Ya antes de la llegada de Albert sabía todo lo que sé, sabía que no podía tener r pretensiones sobre ella, y no las tuve -es decir, en la medida en que uno pueda evitar el deseo ante un ser tan querible-. Pero resulta que ahora el tonto abre tamaños ojos y se sorprende de que el otro haya llegado y le quite la niña.

Aprieto los dientes y me río de mi desgracia y me burlo el doble y el triple de aquellos que dicen que debo resignarme y que no podía ser de otra manera. ¡Sáquenme de encima a esos idiotas! Deambulo por los bosques y cuando me acerco a lo de Lotte y veo que está junto a Albert, sentados los dos en la glorieta del jardín, yo ya no puedo más, y me comporto como un necio, haciendo locuras, diciendo disparates.

-Por Dios -me dijo hoy Lotte-, le pido encarecidamente no vuelva a comportarse como anoche. Es terrible verlo con esa alegría.

Entre nos, aprovecho los momentos en que él no está y ¡zas!, de inmediato parto para allí y me siento muy a gusto cuando la encuentro a solas.

8 de agosto

Por favor, Wilhelm, no me refería a ti cuando decía que me resultaban insoportables aquellos que nos exigen resignación ante un revés inexorable del destino. Sinceramente no pensé que podías ser de esa opinión. Y en el fondo tienes razón. Solo una cosa, mi querido, en esta vida son pocos los momentos que se resuelven con un sí o con un no. En los sentimientos y en la conducta hay tantos matices como los que existen entre una nariz aguileña y una chata.

No tomarás a mal entonces que te dé toda la razón en tu línea de argumentación y, sin embargo, me decida a transitar entre el sí y el no.

Tienes la esperanza de estar con Lotte, me dices, o no la tienes. Está bien, en el primer caso, trata de concretar tus aspiraciones; en el otro, sé valiente e intenta deshacerte de esos sentimientos que están consumiendo todas tus fuerzas. Querido, qué fácil y qué rápido es decirlo.

¿Puedes exigirle al desgraciado cuya vida se va consumiendo lenta pero inexorablemente por culpa de un mal incurable, puedes pedirle que ponga fin a su tormento dándose una puñalada? ¿Y acaso no es el mismo mal que le roba las últimas fuerzas el que al mismo tiempo le quita la voluntad de liberarse de él?

Claro, me podrías contestar con una analogía: ¿quién no estaría dispuesto a dejarse amputar un brazo con tal de no poner en juego su vida entre vacilaciones y dudas? No lo sé. No disputemos con parábolas. Ya basta. Sí, querido Wilhelm, a veces tengo un instante de irrefrenable valor, y entonces, ¡si supiera adónde ir, yo me iría!

Al atardecer

Hoy volví a tener mi diario entre mis manos, al que hace tanto tiempo estuve descuidando, y me sorprendió cómo, a sabiendas, me he ido metiendo en esto, paso a paso. Cómo veía con absoluta claridad en qué estado me encontraba y sin embargo actuaba como un niño, cómo lo sigo viendo ahora todo con claridad pero sin perspectivas de corregirme.

10 de agosto

Podría llevar la vida más alegre y feliz si no fuera un necio. Es raro que coincidan tantas circunstancias tan propicias para hacer dichoso a un hombre como aquellas en las que yo me encuentro ahora. Ah, sigue siendo una certeza que es el corazón el artífice de su propia felicidad. Ser parte de una familia tan amable, ser querido por el padre que lo trata a uno como a un hijo, por los niños que lo quieren como a un padre, y por Lotte... y además está Albert, tan íntegro él, que no perturba mi felicidad ni con el más mínimo disgusto, que entrega una amistad afectuosa y me considera la persona que más quiere después de Lotte. Wilhelm, es un verdadero placer escuchar lo que nos contamos de Lotte en nuestros paseos. En el mundo no se ha inventado algo tan ridículo como esta relación y sin embargo, cuando pienso en ella, a veces se me llenan los ojos de lágrimas.

Me cuenta de la madre de Lotte, uma mujer admirable, de cómo, hallándose en el lecho de muerte, entregó a Lotte la responsabilidad de la casa y los niños, y a él, el cuidado de Lotte; que desde entonces Lotte estaba como animada por un espíritu muy distinto, convertida en uma auténtica madre y preocupada por el quehacer de la casa, sin que dejara pasar un solo instante de amor activo, trabajando en todo momento y manteniendo su amabilidad y carácter jovial. Camino a su lado, recogiendo flores de la vera del camino, y preparo un ramillete que después tiro al agua, para seguir con mis ojos cómo se lo va llevando la corriente. No sé si te escribí que Albert se va a quedar acá, le han dado un trabajo bien remunerado en la Corte, en la que goza de mucho prestigio. He visto a pocos que puedan comparársele en el método y la aptitud para los negocios.

12 de agosto

Sin duda, Albert es el hombre más bueno que vive bajo el cielo. Ayer viví con él uma situación excepcional. Fui a verlo para despedirme. Temía gamas de salir a cabalgar a la sierra, desde donde te estoy escribiendo ahora, y estando en su cuarto de pronto descubrí sus pistolas.

-Préstame tus pistolas para el viaje -le dije.

-Por mí-dijo-, si tienes la paciencia de cargarlas. Acá las tengo solo de adorno.

Tomé uma de ellas, y él continuó:

-Desde el día en que mi propia prudencia me jugó uma mala pasada mo quiero saber nada más de esas cosas.

Me puso curioso y quise saber más detalles sobre el asunto.

-Hace algún tiempo -dijo- pasé como tres meses en casa de un amigo, en el campo. Había llevado umas tercerolas[13], las temía descargadas, algo que me permitía dormir tranquilamente. Era uma tarde de lluvias, yo estaba sin hacer nada y de pronto se me ocurrió que tal vez, en caso de ser asaltados, sí mos harían falta las pistolas y que... ya sabes cómo es esto. Se las di al criado, le dije que las limpiara y las cargara. Él se puso a hacer bromas con una muchacha, la quiso asustar y, de pronto, sabe Dios cómo, la pistola se disparó, con el cargador aún colocado, y le perforó la mano derecha destrozándole el pulgar. Debí enfrentar los lamentos y encima pagar la cura. Desde entonces tengo las armas descargadas. Querido amigo, ¿qué es ser prudente? Nunca

[13] *tercerola:* arma de fuego que generalmente utilizaban los soldados de caballería. Es más pequeña que la carabina aunque mayor que una pistola común

terminaremos de aprender lo que es el peligro. Sin embargo...

Sabes cómo lo quiero al hombre, hasta que llega a sus "sin embargo". ¿Acaso no se sobreentiende que toda regla tiene sus excepciones? Pero él es así de escrupuloso. Cuando cree haber dicho algo a la ligera, una generalidad, una verdad a medias, no termina de modificarla, de arreglarla, de componerla hasta que por último ya no queda nada de lo que dijo. A raíz de este suceso se explayó tanto sobre el tema que al final terminé por no escuchar lo que decía, empecé a divagar en mis pensamientos y de pronto elevé la pistola y apunté en mi sien derecha.

-¿Pero qué haces? -dijo Albert, al tiempo que me quitaba la pistola.

-No está cargada -repliqué.

-Y qué importa -me dijo impaciente-. No puedo imaginarme cómo un hombre puede ser tan tonto como para pegarse un tiro, solo pensar en esa idea me repugna.

-¡Oh, hombres! -exclamé-, cada vez que hablan de una cosa tienen que decir: esto es una locura, esto es inteligente, esto es bueno, esto es malo. ¿Qué significado tiene todo esto? ¿Acaso han analizado así en profundidad las razones de lo que uno ha hecho? ¿Conocen acaso con absoluta seguridad los motivos de la determinación, por qué sucedió, por qué tuvo que suceder? Si lo hubiesen hecho, no serían tan ligeros a la hora de juzgar.

-Tendrás que reconocer -dijo Albert- que hay determinados hechos que son pecaminosos, cualquiera haya sido el motivo que los generó.

Me encogí de hombros y le di la razón.

-Pero, amigo mío-seguí-, también en esto hay algunas excepciones. Es cierto que el robo es un pecado, ¿pero el hombre que roba para salvarse a sí mismo y a los suyos de morirse de hambre merece compasión o ser castigado? ¿Quién tira la primera piedra contra el marido que en su justa ira sacrifica a su mujer infiel y al vil seductor? ¿O contra la muchacha que en un instante de éxtasis se deja llevar por la irresistible felicidad del amor? Incluso nuestras leyes, tan frías y meticulosas, se dejan conmover y retienen su castigo.

-Eso es completamente otra cosa -repuso Albert-, porque un hombre arrastrado por sus pasiones pierde la conciencia de lo que hace y es tratado como un ebrio o un loco.

-Ah, ustedes los cuerdos -le contesté sonriendo-. ¡Pasiones, embriaguez, locura! Ahí están ustedes, los defensores de la moral, impávidos, ajenos. Censuran al ebrio, sienten repulsa por el loco, pasan de largo como un cura y, como los fariseos, agradecen a Dios por no haberlos hecho como a uno de ellos. Más de una vez estuve embriagado, mis pasiones nunca estuvieron muy lejos de la locura, y no me arrepiento de lo uno ni de lo otro. Porque a mi manera he aprendido a comprender que a todos los hombres capaces de hacer algo extraordinario, algo imposible, siempre se los calificó de ebrios y locos. Y aun en la vida normal es insoportable escuchar como casi todos exclaman "ese hombre está borracho, está loco" solo por haber realizado algo medianamente noble o generoso. Ustedes, hombres sensatos, cuerdos, avergüéncense.

-Este es otro de tus desvaríos -dijo Albert-, exageras todo, y al menos acá estás errado, cuando quieres comparar el suicidio, y de esto estamos hablando, con un acto pleno de nobleza, cuando en realidad no se lo puede considerar de otra manera que como un gesto de debilidad. Porque está claro que es más fácil morir que seguir aguantando una vida llena de tormentos.

Estuve a punto de abandonar la conversación porque no hay situación que más me saque de quicio, cuando estoy hablando con todo la fuerza de mi corazón, que alguien me venga con un lugar común carente de toda profundidad. Pero me contuve porque lo he oído ya tantas veces y me alteré muchas veces más, y le contesté con cierta vehemencia:

-¿A esto llamas tú debilidad? Pero, por favor, no te dejes deslumbrar por las apariencias.

Un pueblo que sufre bajo el insoportable yugo de un tirano, ¿acaso es débil si por fin se levanta y rompe las cadenas? ¿Lo es un hombre que vence el terror de ver cómo su casa es presa de las llamas y junta todas sus fuerzas para rescatar cosas que en una situación normal sería incapaz de mover?

¿0 puedes tildar de débil a aquel que enfurecido por una ofensa se pelea con otros seis y los vence? Y, querido amigo, si el esfuerzo significa valor, ¿por qué debemos considerar lo exaltado justamente como lo contrario?

Albert me miró y dijo:

-No me lo tomes a mal pero pienso que los ejemplos que has dado no corresponden.

-Puede ser-le respondí-, ya me han dicho muchas veces que

mi manera de argumentar a menudo raya con lo disparatado.

Veamos si encontramos otro camino para imaginarnos cómo se debe de sentir un hombre que está dispuesto a renunciar al peso, por lo general tan agradable, de la vida. Porque solo si somos capaces de compartir lo afectivo tenemos derecho a hablar sobre ello. La naturaleza humana -continué- tiene sus límites: puede soportar la felicidad, el sufrimiento, el dolor, solo hasta cierto grado, sucumbe *en cuanto* lo ha sobrepasado. En esto no se trata entonces de si alguien es débil o fuerte, sino solo de si *es capaz de* soportar su grado de sufrimiento, ya sea moral o físico. Y al mismo tiempo me parece equivocado decir que un hombre que se quita Ia vida es un cobarde, así como sería inoportuno llamar cobarde a alguien que muere por una fiebre maligna.

-¡Paradojas, siempre paradojas! -exclamó Albert.

-Pero no tantas como supones -le contesté-. Reconoces que denominamos enfermedad mortal a aquella que ataca la naturaleza de modo que por un lado va consumiendo sus fuerzas y por el otro las neutraliza, de tal manera que ya no es posible que estas se repongan y, por medio de una venturosa reacción, sean capaces de restablecer el normal funcionamiento de la vida... Pues bien, querido amigo, apliquemos esto al espíritu. Mira al ser humano en sus limitaciones, cómo influyen en él ciertas impresiones, se fijan las ideas, hasta que una pasión que se agiganta le quita toda serenidad a sus sentidos y lo arruina. Será en vano -agregué- que el hombre sensato y sereno quiera evitar la situación, será inútil que lo aconseje. Es lo mismo que un hombre sano, que estando junto al lecho de un enfermo, tampoco puede traspasarle ni lo más mínimo de su energía.

Para Albert, todo esto era generalizar demasiado. Le recordé el caso de una muchacha que hacía poco había sido encontrada en el agua, muerta, y' le volvi a contar su' historia. Era una muchacha buena, joven, criada en el ámbito cerrado de los quehaceres domésticos, que no tenía mayores alegrías que la de salir a pasear los domingos a la ciudad con sus pares, vestida con lo que había ido adquiriendo poco a poco, o bien la de pasársela hablando vivamen te con la vecina sobre alguna pelea o algún chisme. La fogosidad de su naturaleza hizo que despertaran en ella deseos más íntimos, que se fueron multiplicando con los halagos de los hombres. Las alegrías vividas hasta ahí le resultaron cada vez más insípidas hasta que, por fin, conoció a un hombre por el cual se sintió atraída con un sentimiento hasta entonces desconocido; tan es así que volcó en él todas sus esperanzas y olvidó el mundo a su alrededor; no escuchaba nada, no veía nada, no sentía nada aparte de él, el único. Solo tenía ansiedad por estar con él, el único. Libre de los divertimentos vacíos de una vanidad inestable, sus deseos anhelan un objetivo único: quiere ser suya, busca en la unión eterna esa felicidad que le está faltando, gozar de la suma de todos los placeres que ha estado soñando. Las reiteradas promesas que sellan la certeza de sus esperanzas, atrevidas caricias que excitan sus deseos, se apoderan de su alma; está como flotando en un mar

de ilusiones, anticipando todas las satisfacciones que habrá de gozar, la tensión la envuelve por completo. Por fin, abre sus brazos para abarcar todos sus deseos y su amado la abandona. Petrificada, abandonada por sus sentidos, se encuentra al borde de un abismo. Todo a su alrededor es oscuro, sin ilusiones, sin consuelo, sin saber por qué la ha abandonado aquel, que era la razón de su existencia. No ve el ancho mundo que la rodea, tampoco a aquellos que podrían suplir esa pérdida, se siente sola, abandonada por todos, y ciega, abrumada por la terrible angustia de su corazón, se arroja al abismo para que la muerte ahogue todas sus penas.

-Mira, Albert, esta es la historia de mucha gente, y dime, ¿no es este el caso de la enfermedad? La naturaleza no encuentra salida del laberinto de fuerzas confusas y contradictorias, y así, el hombre ha de morir. Ay de aquel que vea y diga: "Qué insensata, si hubiera esperado, si hubiera dejado que el tiempo fuera pasando, que se aplacara su desesperación, habría aparecido otro que la fuera a consolar". Es como si uno dijera: "Qué tonto, se muere de fiebre, si hubiera esperado a que se recuperaran las fuerzas, a que recobrara la savia de la vida, a que se tranquilizara el alboroto en su sangre, todo hubiera salido bien y hoy en día estaría con vida".

Albert, que no terminaba de aceptar esta analogía, puso todavía algunas objeciones, como ser: que yo había hablado solo de una muchacha muy simple y que no podría comprender cómo se podía perdonar a alguien con mayor inteligencia, capaz de entender mejor la situación.

-Amigo mío-exclamé-, el hombre es el hombre y la inteligencia que puede llegar a tener no vale mucho cuando golpean las pasiones y lo llevan hasta los límites de lo humano. Es más, pero lo dejamos para otra oportunidad -dije, y tomé mi sombrero.

Oh, mi corazón se sentía tan pleno. Y nos separamos sin que nos hubiéramos entendido. Aunque, en este mundo, no es fácil que uno llegue a entender al otro.

15 de agosto

En este mundo, está claro, para el ser humano no hay nada más imprescindible que el amor. Siento en Lotte que no quiere perderme y los chicos no tienen otra ilusión que la que yo regrese a ellos al día siguiente. Hoy fui hasta allá para afinar el piano de Lotte, pero no lo pude hacer porque los niños me persiguieron para que les contara un cuento y Lotte misma me pidió que les hiciera ese favor. Les corté el pan para la cena, cosa que aceptan con tanto gusto como si fuera de la mano de Lotte y les conté la historia de la princesa que es servida por unas manos anónimas. Aprendo mucho con ellos, te lo aseguro, y me sorprende cómo quedan impresionados. Porque a veces tengo que inventar un detalle, un incidente, y si al contar el cuento una segunda vez me lo olvido, enseguida saltan y me dicen que la vez pasada había sido diferente. Así es que ahora me preparo para contarlos sin variaciones, como recitados de memoria. De esto aprendí que un autor indefectiblemente daña su obra si en la segunda edición de su libro introduce cambios, por más poéticos que sean. La primera impresión la aceptamos con agrado y el ser humano está preparado para admitir cualquier aventura; pero, al mismo tiempo, esta le queda tan grabada que pobre de aquel que intente cambiarla o borrarla.

18 de agosto

¿Por qué será que lo que colma de felicidad al hombre es al mismo tiempo también fuente de sus desgracias?

Esa sensación tan cálida con que la naturaleza invadía mi corazón, queme colmaba con tanta fruición convirtiendo al mundo que me rodeaba en un paraíso, se ha vuelto ahora un tormento insoportable, un espíritu mortificador que me persigue en todos mis caminos. Antes, cuando desde lo alto de la sierra alcanzaba a divisar el río y el verde valle hasta las colinas próximas, y veía cómo a mi alrededor todo germinaba, todo crecía; los montes, cubiertos desde la falda hasta el pico por frondosos y altos árboles; el valle y sus infinitas serpentinas bajo la sombra de los más bellos bosques, y el río, tranquilo, meciéndose entre los susurrantes juncos y reflejando las nubes que se dejaban llevar por la suave brisa del atardecer; entonces oía a mi alrededor el gorjeo de los pájaros en el bosque y veía danzar millones de insectos entre los rojizos rayos del sol que iba desapareciendo y en su último estertor despertaba entre la hierba a los zumbantes escarabajos; y el murmullo y el revoloteo que me rodeaban atraían mi vista hacia la tierra; y el musgo, que lograba arrebatarle su alimento al peñasco sobre el que estaba sentado, y las matas que iban creciendo entre la arenosa ladera, todo esto me revelaba lo más íntimo y ardiente de la sagrada vida de la naturaleza. ¡Cómo absorbía yo todo esto en mi tierno corazón! Con toda la desbordante exuberancia me sentía como los dioses, las más hermosas criaturas de este infinito mundo palpitaban vigorizantes en lo íntimo de mi alma. Me rodeaban montañas imponentes, ante mí se abrían abismos, se precipitaban arroyos torrentosos y también los ríos fluían y los bosques y montes resonaban en mí. Y yo veía cómo en las entrañas de la tierra estas fuerzas insondables trabajaban y creaban todas juntas, y sobre la tierra y bajo el cielo todo era un hervidero de las más variadas especies de criaturas. Todo, todo habitado por miles y miles de seres; en tanto los hombres se encierran en sus viviendas, se anidan y, a su manera, dominan el vasto mundo. ¡Pobre iluso, tú que todo lo menosprecias, solo porque eres tan pequeño! El espíritu del Eterno Creador lo cubre todo, desde las montañas inexpugnables, los páramos que no han visto paso humano, hasta el confín del océano ignoto, y se alegra por cada partícula que Lo percibe. Ah, en aquel entonces, ¡cuántas veces habré visto pasar volando las grullas y ansié que me llevaran hasta las orillas del mar inconmensurable, para beber allí una copa llena de espuma del infinito elixir de la vida y entonces sentir en la limitada dimensión de mi pecho, aunque tan solo fuera un instante, una sola gota de la dicha de ese Ser que todo lo crea en Él y por Él!

Hermano mío, el solo recordar aquellas horas me hace sentir bien. Incluso el esfuerzo que significa volver a encontrarme con esos sentimientos indescriptibles, volver a expresarlos, hace que mi alma se vuelva a elevar por encima de mí mismo y hace que sienta, multiplicado, lo angustioso de mi situación actual.

Es como si en mi interior se hubiera corrido un velo y el espectáculo de la vida infinita se transformara ahora en un abismo ante una tumba, abierta para la eternidad.

¿Puedes decir: ¡esto es! cuando todo es pasajero, cuando todo es arrastrado por un torrente, rápido como el tiempo, que se lleva todo por delante, y se hunde y se estrella contra las rocas? No hay instante que no te esté devorando, a ti y a los tuyos, no hay instante en que no seas, debas ser un destructor; el más inocente de tus paseos le cuesta la vida a miles de desgraciados insectos, una sola pisada destruye la laboriosa estructura de un hormiguero y sepulta todo un minúsculo mundo en una tumba indigna. No, no son los grandes desastres del universo los que me conmueven, las inundaciones que arrasan vuestras aldeas, los terremotos que se tragan vuestras ciudades. Lo que afecta mi corazón es esa devoradora fuerza que yace oculta en la naturaleza, que no ha creado nada que no destruya al vecino, a sí mismo. Y de esta manera deambulo angustiado, rodeado de cielo y tierra y sus envolventes fuerzas. No veo otra cosa que

un monstruo, un eterno rumiante que todo lo devora.

21 de agosto

En vano extiendo mis brazos hacia ella, a la mañana, cuando despierto de mis pesadillas, y es infructuoso buscarla de noche en la cama, cuando despierto confundido después de un sueño cándido, inocente, en el que estoy a su lado, en un prado, tomado de su mano y recorriéndola con mil besos. ¡Ay!, y cuando aún somnoliento trato en vano de tocarla y en esa búsqueda termino de despertar, entonces brota de mi corazón angustiado un torrente de lágrimas y lloro sin consuelo por el oscuro futuro que me espera.

22 de agosto

Es una desgracia, querido Wilhelm, pero mis pujantes energías se han ido transformando en un abatimiento intranquilo, no puedo gozar del ocio pero tampoco soy capaz de hacer algo. No tengo poder de imaginación, no siento nada por la naturaleza, los libros me asquean. Si no estamos bien con nosotros mismos, no hay nada que nos venga bien. Te lo juro, a veces quisiera ser un jornalero, solo para saber cuando despierto a qué atenerme durante el día, tener un impulso, una esperanza. A veces lo envidio a Albert cuando lo veo sumergido en montañas de expedientes y me imagino que me sentiría bien si estuviera en su lugar. Tanto que en varias ocasiones estuve a punto de escribirte, y al encargado de negocios también, para pedirle aquel cargo en la legación que tú me habías asegurado no me iban a negar. El ministro me tiene afecto desde hace cierto tiempo y me sugirió que me dedicara a algún tipo de actividad. Lo pienso en serio durante una hora; después, cuando vuelvo a recapacitar y me acuerdo de la fábula del caballo que, impaciente por lograr su libertad, se deja ensillar la montura y termina sometido y maltrecho, no sé qué hacer. Querido amigo, ¿no será la ansiedad que siento por cambiar mi situación una irritante impaciencia interior que me perseguirá a todas partes?

28 de agosto

Es cierto, si mi enfermedad tuviera cura, esta gente lo lograría. Hoy cumplo años y muy temprano en la mañana recibí un paquetito de Albert. Ni bien lo abro, lo primero que veo es uno de esos moños rosados que llevaba Lotte el día en que la conocí. Le había solicitado en algunas oportunidades que me regalara uno. También venían dos libritos en dozavo[14], Homero, en la pequeña edición de Wetstein, edición que tanto había deseado para poder llevarla en mis paseos y no tener que cargar con la de Ernesti. ¡Ves!

Así cumplen con mis deseos, se ocupan de las pequeñas atenciones de la amistad que son mil veces más importantes que aquellos deslumbrantes regalos con los que nos humilla la vanidad del que los hace. Beso el moño mil veces y en cada aliento respiro el recuerdo de aquella felicidad que disfruté en esos pocos días tan plenos pero fugaces. Wilhelm, es así, y no protesto, las flores de la vida son solo apariencias. ¡Cuántas pasan sin dejar huella alguna!, ¡son tan pocas las que dan fruto, y qué pocos frutos llegan a madurar! Pero aun así, son suficientes. Pero pese a eso, querido hermano, ¿acaso podemos descuidarlos, despreciarlos, dejarlos pudrir sin haberlos

[14] *libritos en dozavo:* el término deriva del número doce, y hace referencia, precisamente, a aquellos libros y folletos cuyo tamaño es igual a la dozava parte de un pliego de papel sellado

probado?

¡Adiós! Es un verano maravilloso; a menudo me subo a los árboles frutales en el jardín de Lotte y con ayuda del cortador, esa vara larga, voy tomando las peras de las ramas más altas y ella las recoge, abajo, cuando las dejo caer.

30 de agosto

¡Desdichado! ¿Estarás loco? ¿Te estás engañando? ¿Qué esperas de esta interminable pasión desenfrenada? Solo a ella dirijo mis ruegos; mi fantasía solo puede imaginársela a ella; y todo lo que me rodea en este mundo lo relaciono con ella. Esto me depara de vez en cuando una hora feliz, hasta que vuelvo a tener que alejarme de ella. ¡Ay, Wilhelm!, ¡mi corazón me obliga a cada cosa! Cuando paso dos o tres horas junto a ella y me deleito con su cuerpo, sus modales, el divino encanto de sus palabras, y siento cómo poco a poco se van crispando mis sentidos, los ojos se me enturbian, apenas puedo escuchar y una mano asesina sofoca mi garganta, entonces empieza a latir el corazón frenéticamente buscando oxígeno para los sentidos oprimidos y aumentando mi desconcierto. ¡Wilhelm, a veces no sé si sigo estando en este mundo! Cuando Lotte me permite el magro consuelo de llorar mis angustias en sus manos cada vez que me inunda la melancolía, ¡tengo que irme, alejarme! Y entonces salgo a deambular por el campo; se convierte así en alegría subir un cerro un tanto escarpado, o abrir una senda a través de un insondable bosque, entre los arbustos que me hieren, entre las espinas que me desgarran. Allí me siento un poco mejor. ¡Un poco! También cuando, agobiado por el cansancio y la sed me quedo en el camino, en el bosque solitario, a veces ya bien entrada la noche e iluminado porta luna'llena, me siento junto al tronco de un árbol torcido para aliviar de alguna manera mis pies lacerados, me voy quedando dormido inmerso en un sueño, extenuado. ¡Oh Wilhelm! La solitaria morada de una celda, el cilicio[15] y el cinturón con espinas serían alivios por los que se deshace mi alma. ¡Adiós! No veo para esta miseria otro fin que la tumba.

3 de septiembre

Debo partir. Te agradezco, Wilhelm, que hayas terminado con mis vacilaciones. Hace ya dos semanas que pienso en abandonarla. Debo partir. Ella ha vuelto a la ciudad, está en casa de una amiga. Y Albert... Tengo que partir.

10 de septiembre

¡Qué noche! ¡Wilhelm! Ahora podré sobrellevar todo. ¡Ya no la volveré a ver! Si pudiera volar y abrazarte, expresarte en miles de lágrimas y arrebatos, querido amigo, los sentimientos que acosan mi corazón. Estoy sentado y trato de respirar, intento tranquilizarme, espero el amanecer y apenas despunte el sol estarán dispuestos los caballos.

Ella duerme tranquila y no sabe que no me volverá a ver. Hoy tuvimos una conversación a solas, de dos horas, y tuve la fortaleza de no revelar mis intenciones, me he separado de ella.

[15] *cilicio:* se entiende por tal tanto una faja de cadenas de hierro o alambres con púas, como, más antiguamente, cierta ropa de tela muy áspera; tanto una como otra eran utilizadas por los creyentes religiosos más extremos como modo de flagelar el propio cuerpo para su purificación.

¡Dios mío, qué conversación!

Albert me había prometido ir al jardín junto a Lotte ni bien terminaran de cenar. Yo me quedé en la terraza, debajo de los altos castaños, mirando cómo el sol se ponía para mí, allí, por última vez sobre los hermosos valles, sobre el manso río. Tantas veces he estado en ese lugar con ella mirando justamente ese magnífico espectáculo, y ahora yo iba y venía por esa alameda que tanto quería. Ya antes de conocer a Lotte este lugar me había atraído con un singular misterio, y cómo nos alegramos cuando descubrimos nuestro común interés por este lugar, sin duda uno de los más románticos que he visto realizado por una mano artística.

Ante todo tienes una gran vista entre los castaños. Ah, me acuerdo, creo que te lo he contado en varias ocasiones, cómo te ves encerrado por altos cercos de hayas y cómo la alameda, al toparse con un bosquecillo de arbustos, te va cubriendo con sus sombras, hasta llegar a un pequeño solar cerrado que alberga todos los matices de la soledad. Aún hoy siento la intimidad que sentí al llegar al lugar por primera vez, un mediodía. Apenas podía intuir entonces cómo ese lugar iba a ser centro de tanta dicha y tanto dolor.

Hacía una media hora que me había entregado a la dulce y sentimental idea de la despedida, y luego, del reencuentro, cuando los escuché acercándose a la terraza. Corrí a su encuentro y estremecido la tomé de la mano y la besé. Apenas habíamos salido cuando apareció la luna, detrás los boscosos cerros; hablamos de todo un poco y sin darnos cuenta nos fuimos acercando al sombrío recinto. Lotte entró primera y se sentó. Albert a su lado; yo también. Pero mi nerviosismo hizo que no me pudiera quedar sentado mucho tiempo, me levanté, me paré frente a ella, caminé de un lado a otro, y me volví a sentar; era una situación angustiosa. Lotte nos llamó la atención sobre el bello efecto producidos por la claridad de la luna, que iluminaba de lleno la terraza al fondo del cerco de hayas. Una imagen maravillosa, especialmente sugestiva porque estábamos inmersos en la más absoluta penumbra. Nos quedamos en silencio y fue ella la que al rato volvió a hablar:

-Nunca salgo a caminar bajo la luz de la luna, jamás, para no encontrarme con el espíritu de mis muertos, para que no se apodere de mí una sensación de muerte y de porvenir. ¡Volveremos a ser! -siguió diciendo con una voz cargada de la más profunda emoción-, pero, Werther, ¿habremos de volver a vernos, a reconocernos? ¿Qué presagios tiene usted? ¿Qué puede decir?

-Lotte -le dije, mientras le tendía la mano y se me llenaban los ojos de lágrimas-, nos volveremos a ver. ¡Nos veremos aquí y allá!

No pude seguir hablando. Wilhelm, ¿era necesario que me hiciera esa pregunta, justo cuando albergaba en mi corazón la idea de la angustiosa despedida?

-¿Sabrán algo de nosotros nuestros queridos difuntos? -continuó ella-, ¿podrán sentir cuándo nos va bien, que los mantenemos en el recuerdo con un cálido afecto? La imagen de mi madre siempre está cerca de mí cuando al atardecer estoy junto a sus hijos, junto a mis niños, cuando se juntan a mi alrededor, como se juntaban alrededor de ella. Con una lágrima de recuerdo en mis ojos elevo la vista hacia el cielo y deseo que en ese instante me pudiera ver, cómo estoy cumpliendo con la palabra que le di a la hora de la muerte: ser la madre de sus hijos. Con cuánto sentimiento exclamo entonces: "¡perdóname, mi más preciada, si no soy para ellos lo que fuiste tú! ¡Ay, hago todo lo que puedo, están bien vestidos, alimentados, ay, y lo que es lo más importante, cuidados y amados! Si pudieras ver nuestra armonía, santa querida. Con la más profunda de las gracias enaltecerías al Señor, al que pediste por el bienestar de tus hijos con la última y más amarga lágrima".

Esas fueron sus palabras. Wilhelm, ¡quién pudiera repetir lo que dijo! ¿Cómo podrá la

letra inerte, fría, reflejar esta divina expresión del espíritu?

Albert la interrumpió con dulzura:

-Esto la emociona demasiado, Lotte. Sé que su alma está muy ligada a estos recuerdos, pero le ruego...

-Oh Albert -dijo ella-, sé que no olvidas aquellos atardeceres en los que nos sentábamos alrededor de la pequeña mesita redonda, cuando papá se encontraba de viaje y mandábamos a los niños a la cama. Era frecuente que tuvieras un buen libro entre tus manos pero igual apenas podías leer algo. ¿Acaso el trato con el alma de esta magnífica mujer no valía mucho más que cualquier otra cosa? ¡Qué mujer hermosa, suave, viva y activa! Dios sabe de las lágrimas que derramaba en mi lecho ante El, rogándole que me hiciera igual a ella.

-¡Lotte! -exclamé, mientras me arrojaba a sus pies y tomaba su mano, humedeciéndola con mil lágrimas-. ¡Lotte!, la bendición de Dios está contigo y con el espíritu de tu madre.

-Si usted la hubiese conocido -dijo ella mientras me apretaba la mano-... ella hubiese merecido que usted la conociera[16].

Me sentí desfallecer. Nunca se había dicho una palabra más grande y más enaltecedora sobre mi persona. Y ella prosiguió:

-Esta mujer tuvo que morir en la plenitud de su vida, cuando su hijo menor apenas si había cumplido seis meses. Su enfermedad no fue prolongada. Mantuvo la calma, resignada, solo sentía dolor por sus hijos, en especial el menor. Cuando se acercaba el final me llamó para decirme: "tráemelos aquí". Se los llevé, a los menores, que no sabían de nada, y los mayores, con los sentidos consternados, todos juntos a su cama, y ella elevó sus manos y empezó a rezar, y los besó uno por uno, los hizo salir y me dijo: "serás una madre para ellos". Y yo le di mi palabra. "Tú prometes mucho, hija mía", dijo, "el corazón de una madre y los ojos de una madre. He visto a menudo en tus lágrimas derramadas en gratitud que bien sabes de qué se trata. Conserva esto para tus hermanos; y para tu padre, la fidelidad y la obediencia de una mujer. Tú lo consolarás". Preguntó por él, pero había salido para ocultar la insoportable tristeza que sentía: el hombre estaba totalmente destrozado. Albert, tú estuviste en la habitación. Ella oyó unos pasos, preguntó y te llamó. Te miró a ti, luego a mí, con esa mirada tan serena y tan llena de compasión, diciéndonos que fuéramos felices, felices los dos juntos.

Albert la abrazó, la besó y dijo:

-¡Lo somos!, ¡siempre lo seremos!

Albert, siempre tan sereno, estaba fuera de sí de emoción. Y yo, yo no sabía qué era lo me pasaba.

-Werther-recomenzó ella-, y una mujer así tuvo que dejarnos. ¡Dios mío! Aveces me pongo a pensar cómo uno deja que se lleven a los seres más queridos, y fueron los pequeños los que más lo sintieron; mucho tiempo después aún se quejaban de los hombres negros que se habían llevado a la madre.

Se levantó y fue como si me despertara, conmovido; permanecí sentado, sujetándole la mano.

-Debemos volver -dijo ella-, se está haciendo tarde.

Quiso retirar la mano pero yo la sujeté con más fuerza.

-Nos volveremos a ver -dije-, nos volveremos a encontrar, entre todos los demás nos

[16] en los diálogos precedentes hay algunas alternancias en cl trato de "tú" o de "usted" que hasta cl momento han mantenido los personajes. Así en el original alemán.

reconoceremos. Partiré -proseguí-, me voy de buena voluntad, pero si tuviera que decirles que es para siempre, no lo soportaría. ¡Adiós, Lotte!, ¡adiós, Albert! Nos volveremos a ver.

-Supongo que mañana -dijo ella bromeando.

Yo sentí el mañana. Ay, ella no sabía que cuando retiró su mano de la mía...

Los dos partieron por la alameda, yo me quedé mirándolos bajo la luz de la luna, me arrojé al suelo y lloré hasta la última lágrima. Me incorporé, caminé hacia la terraza y desde allí alcancé a ver entre las sombras de los altos tilos su vestido blanco, detrás de la puerta del jardín. Extendí mis brazos y desapareció.

Libro Segundo

20 de octubre de 1771

Hemos llegado ayer. El ministro está indispuesto y por lo tanto no saldrá por algunos días. Todo estaría en orden, si no fuera un hombre tan ofensivo. Noto que el destino me ha deparado pruebas bastante duras. Pero, ¡valor! Todo se puede sobrellevar con espíritu positivo. ¿Espíritu positivo? Me da gracia que estas palabras salgan de mi pluma. Un espíritu un tanto más despreocupado haría de mí la persona más dichosa bajo el sol. ¡Y cómo! Cuando otros alardean delante de mí tranquilamente con su poco talento y vigor, desconfío de mi fuerza y mis aptitudes. Dios mío, tú que me diste todo eso, ¿por qué no te quedaste con la mitad para darme a cambio seguridad y satisfacción?

¡Paciencia, paciencia! Ya todo se arreglará. Porque te diré, querido amigo, que tienes razón. Desde que tengo que tratar con la gente y veo lo que hace y cómo lo hace, me siento mucho más seguro de mí mismo. Claro, como estamos hechos de tal modo que comparamos todo con nosotros y nosotros con todo, la felicidad o la desgracia está en la cosas con las que tenemos que ver y por eso no hay nada más peligroso que la soledad. Nuestro poder de imaginación, ya por su naturaleza condicionado a incrementarse por las fantásticas imágenes de la poesía, crea un orden de seres en el que nosotros estamos bien abajo y en el que todo, aparte de nosotros mismos, nos parece superior, cualquier otro es más perfecto. Y esto sucede en forma muy natural. Tantas veces sentimos que nos falta algo, y justamente eso que creemos no poseer nos parece que lo tienen los otros, a los que además les atribuimos nuestras cualidades y encima cierta placidez ideal. Y así, este ser agraciado, nuestra propia creación, es perfecto.

En cambio, cuando con todas nuestras flaquezas y complicaciones apenas avanzamos, a menudo nos parece que con nuestras indecisiones y nuestros titubeos alcanzamos más que otros con su velamen y sus remos, y es cuando nos sentimos auténticamente *reconfortados, al estar a la par o incluso por* delante de los demás.

26 de noviembre

Empiezo a encontrarme más o menos a gusto. Lo mejor de todo es que hay cosas que hacer, también la multiplicidad de la gente, rostros nuevos que generan un colorido espectáculo para mi alma. He conocido al conde de C..., un hombre al que cada día le tengo mayor estima, con una mente clara y amplia, quien a pesar de que hay muchas cosas que parecen pasar desapercibidas para él, está exento de frialdad. Su trato muestra una gran sensibilidad por el amor y la amistad. Se mostró interesado cuando le hablé por un trámite y tras mis primeras palabras se dio cuenta de que nos entendíamos, que podía departir conmigo como no lo podría hacer con cualquiera. Además no puedo dejar de reconocer la franqueza con la que me trata. No hay satisfacción más grande ni más cálida en el mundo como la de notar que alguien abre su espíritu hacia uno.

24 de diciembre

El encargado de negocios me está provocando bastantes disgustos, tal como me lo temía. Es el necio más puntilloso que existe, todo siempre a su debido tiempo; complicado como una vieja solterona. Una persona que nunca está conforme consigo mismo y por eso nunca puede aceptar que alguien haga algo a su gusto. Soy una persona expeditiva para despachar asuntos y lo que he hecho hecho está. Pero es capaz de devolverme algún escrito y decirme: está bien, pero revíselo, siempre se encuentra una palabra más adecuada, una partícula gramatical más exacta. Es como para montar en cólera. No puede faltar conjunción alguna, tampoco ningún guión, y es un enemigo acérrimo de las inversiones gramaticales que de vez en cuando se me escapan. Le son inentendibles los ritmos de *los* períodos gramaticales si no se ajustan a su anticuado estilo. Es realmente un tormento tener que tratar con una persona así.

La confianza del conde de C. es lo único que me consuela. Recientemente me expresó con toda franqueza su descontento con la lentitud y la parsimonia de mi encargado de negocios. La gente se complica la vida a sí misma y a los demás también.

-Pero -me dijo- hay que resignarse, como lo hace el viajero cuando en su camino se le interpone una montaña. Claro, de no existir esa montaña, el camino sería mucho más cómodo y más corto, pero ahí está y hay que atravesarla.

El viejo nota sin duda el apego que el conde me transmite en su presencia y es algo que le molesta y aprovecha cualquier oportunidad para hablarme mal de él. Por supuesto que lo contradigo pero eso empeora las cosas. Ayer, sin ir más lejos, me puso mal porque aludió a mí en su crítica. Dijo que el conde era bueno para los trabajos corrientes, tiene facilidad al despachar y escribe bien, pero carece, como todo literato, de una erudición fundamental. Y decía esto con un gesto como queriendo preguntarme: "¿sientes la puntada?". Pero a mí no me afectó, sentí desprecio por una persona que podía pensar y obrar de esa manera. Lo contradije y discutí con cierta vehemencia. Le dije que el conde era un hombre por el cual hay que sentir mucho respeto, tanto por su carácter como también por sus conocimientos. No he conocido a nadie, dije, que haya sido tan capaz de cultivar su espíritu, que ampliara su saber en tantos aspectos y realizara al mismo tiempo su trabajo normal. Pero para el genio fue como si le hubiese hablado en otra lengua y opté por retirarme para no tener que sentir la hiel de un nuevo disgusto.

Los culpables de todo esto son ustedes, los que me llevaron al yugo, los que entonaron loas a la actividad. ¡Actividad! Estoy dispuesto a seguir trabajando diez años más en esta galera a

la que estoy encadenado, si supiera que mi esfuerzo vale más que el de aquel que siembra papas y cabalga a la ciudad a vender su trigo.

¡Y toda esa miseria rutilante, el tedio de toda esa gente tonta que me rodea! Sus delirios de grandeza, siempre atentos y vigilantes en sacarse un paso de ventaja; las pasiones más bajas y despreciables, sin ningún disimulo. Hay una mujer, por ejemplo, que a todos les habla de su nobleza y de sus orígenes. Cualquiera que no la conozca y la escuche deberá pensar lo tonta que es al jactarse de ese poco de nobleza y el buen renombre de su tierra. Pero es peor aún: esta mujer no es más que la hija de un escribiente, de aquí, del vecindario. Mira, no llego a entender cómo esta gente puede llegar tan bajo.

Es cierto que a medida que van pasando los días noto cada vez más lo necio que es medir a los demás. Como tengo tanto que hacer conmigo mismo, y encima con un corazón tan tempestuoso, dejo que cada uno siga su camino. ¡Si al menos ellos pudieran dejarme recorrer el mío!

Lo que más me fastidia son los fatales convencionalismos sociales. Sé mejor que nadie de la importancia de las diferencias de clases, y las grandes ventajas que me deparan. Pero que no se interpongan en el camino, a mí que quisiera gozar un poco más de alegría, que me tocara un destello más de felicidad en este mundo. El otro día conocí, durante un paseo, a la señorita Von B., una criatura encantadora, que supo guardar cierta naturalidad en este mundo tan acartonado. Nos entendimos muy bien al hablar y al despedirnos le pedí el favor de poder ir a visitarla. Me dijo que sí en forma tan despreocupada que apenas pude esperar el momento más conveniente para ir a verla. No es de acá y vive en casa de una tía, cuya fisonomía no me agradó. Me mostré sumamente atento, le dirigí la palabra casi siempre a ella, y en menos de media hora me había dado cuenta de casi todo lo que la joven me confirmaría después. Su querida tía, a su ya avanzada edad, sufría carencias en todo: no posee fortuna, ni tampoco nivel intelectual, ni más sustento que el que le otorga su genealogía, ninguna protección salvo la de su posición social a la que se aferra y sin otro quehacer que mirar a la gente que pasa debajo de su balcón. Debió ser hermosa en su juventud, pero desperdició su vida atormentando con su mal genio a más de un muchacho y después, ya mayor, sometiéndose al yugo de un viejo militar, con quien a cambio de esta vida y de una aceptable posición económica convivió la edad de bronce hasta que él murió. Ahora, en la de hierro, ha quedado sola, y nadie le prestaría atención si no fuera por el encanto de su sobrina.

8 de enero de 1772

Cómo puede haber gente que se desviva por todo lo que sea ceremonial, cuyo quehacer y pensar se consagran, año tras año, a lograr mejorar su posición en el protocolo, aunque tan solo sea arrimando algo más su silla a la cabecera. Y no es que no tengan nada que hacer; no, al contrario, justamente por dedicarse a las nimiedades de un ascenso quedan pendientes las cosas importantes. La semana pasada, sin ir más lejos, hubo rencillas durante el paseo en trineo y todo se echó a perder.

¡Qué necios aquellos que no ven que en realidad no es importante la posición en sí, y que los que están ubicados en el primer puesto casi nunca juegan realmente el primer papel! ¡Cuántos reyes son gobernados por sus ministros y cuántos ministros por sus secretarios! ¿Y quién es entonces el primero? Aquel, creo yo, que supera a los otros y además dispone de tanta fuerza y viveza como para aprovecharse del ímpetu y las pasiones ajenas en la consecución de sus propios fines.

20 de enero

Tengo que escribirle, querida Lotte, desde aquí, un pequeño cuarto de una pensión de aldea en el que me refugié por el mal tiempo. Mientras estuve en ese triste paraje de D., entre gente extraña, pero tan extraña a los sentimientos de mi corazón, no hubo instante, ni uno solo, en el que este corazón me haya inducido a escribirle. Pero aquí, en este refugio, en esta soledad, en esta reclusión, cuando la nieve y el granizo golpean contra mi ventana, aquí, mi primer pensamiento fue para usted. Ni bien entré, quedé atrapado por su imagen, por el recuerdo, oh, Lotte, ¡qué momento sublime, qué calidez! ¡Dios mío! Es el primer instante feliz que vuelvo a vivir.

Si pudiera verme, queridísima amiga..., en este desborde de regocijo, siento agostar mis sentidos. Sin un instante de plenitud en mi corazón, ni siquiera una bendita hora. ¡Nada, nada! Estoy como ante un gabinete mágico, veo danzar ante mí hombrecillos y caballitos y me pregunto a menudo si no se tratará de una ilusión óptica. Me muevo o más bien me mueven como a una marioneta y a veces toco la mano de mi vecino y me estremezco horrorizado al sentir que es de madera. A la noche me propongo disfrutar el amanecer pero no alcanzo a levantarme de la cama; durante el día espero poder gozar el brillo de la luna y sin embargo me quedo en el cuarto. No sé a ciencia cierta por qué me levanto, por qué me acuesto.

Me falta el fermento que hacía levar mi vida; el estímulo que me despabilaba en las noches se esfumó, se fue el que me despertaba por las mañanas.

Aquí encontré hasta ahora una sola mujer, una señorita Von B,, que se le parece mucho, querida Lotte, si ello cabe. ¡Eh!, dirá usted, ¡a este hombre le gustan los cumplidos! Y en verdad, muy errada no está. Desde hace algún tiempo me he vuelto galante, y es que no puedo ser de otra forma; tengo cierto ingenio y las mujeres dicen que no hay quien pueda expresar halagos tan finos como yo (ni mentir, añadirá usted, pues lo uno condiciona lo otro, ¿me entiende?). Quería hablarle de la señorita Von B. Su alma inmensa mira a través de sus ojos azules. Su posición social se ha convertido en un peso para ella, no le satisfacen los deseos de su corazón. Siente ansias de alejarse del bullicio y nos pasamos horas fantaseando en lugares campestres sobre una felicidad inmaculada. ¡Ah, y hablamos de usted! Cuántas veces se habrá visto obligada a alabarla... No, obligada no, lo hace voluntariamente, le es tan grato escuchar de usted, la ama...

¡Oh, si solo pudiera estar a sus pies, en el entrañable y acogedor cuarto, y nuestros queridos pequeños revoloteando a mi alrededor!, ¡y si la algarabía llegara a molestarla, los haría callar contándoles un horrendo cuento!

El sol se va poniendo majestuosamente en este paisaje inundado por el esplendor de la nieve, la tormenta se ha disipado y yo... yo tengo que volver a recluirme en mi encierro. Adiós. ¿Está Albert a su lado? ¿Y cómo...? ¡Dios me perdone esta pregunta!

8 de febrero

Hace una semana que tenemos un tiempo espantoso, pero a mí no me molesta porque desde que estoy aquí no ha pasado un solo día hermoso que no me lo hayan estropeado o amargado. Así que puede llover, soplar viento, hacer frío o comenzar el deshielo, ¿y?; imagino que en casa no se puede estar peor que afuera, o al revés, y así está bien. Si el sol despunta a la mañana prometiendo un día espléndido, no dudo en exclamar: hete aquí una nueva maravilla celestial de la cual los de aquí se privarán. No hay nada que no puedan malograr. Salud, un buen

renombre, alegría, descanso. Y la mayoría de las veces por tonterías, incapacidad o estrechez, pero si se los escucha, parecen hacerlo con la mejor de las voluntades. A veces quisiera pedirles de rodillas que no se desgarren las entrañas con tanta maldad.

17 de febrero

Sospecho que mi encargado de negocios y yo no nos toleraremos mucho tiempo más. Este hombre es absolutamente insoportable. Su manera de trabajar y manejar los asuntos es tan ridícula que no puedo contenerme y debo contradecirlo, y hasta hacer cosas a mi modo, hecho que por supuesto jamás aceptará. Hace poco se quejó de esta situación ante la corte y el ministro me amonestó, y si bien no fue severo, fue una reprimenda al fin. Cuando estaba por presentar mi renuncia recibí de él una carta personal♠, una carta ante la cual me incliné en señal de admiración ante tan alto, noble y sabio juicio. ¡Cómo objeta mi exagerada susceptibilidad!, y si bien me reconoce -como noble impulso de juventud- mis un tanto exagerados puntos de vista sobre la eficiencia, la influencia sobre los demás, la efectividad en el trabajo, trata, no de suprimírmelas, sino más bien de moderarlas, encauzándolas hacia donde tengan sentido, allí donde su vigor sea más eficaz. Esto me ha reconfortado y en estos ocho días me he reconciliado conmigo mismo. La tranquilidad del alma es una cosa hermosa. Querido amigo, ¡si esta piedra preciosa no fuera tan frágil como es bella y preciada!

20 de febrero

Dios los bendiga, queridos míos, y les dé todos aquellos días venturosos que a mí me niega.

Te agradezco, Albert, el que me hayas engañado: esperé noticias tuyas sobre la fecha de la boda y me había propuesto solemnemente descolgar ese día el retrato de Lotte y sepultarlo debajo de mis papeles. Pero ahora ya son pareja y el cuadro sigue estando ahí. Bueno, que sea así. ¿Y por qué no? Sé que estoy con ustedes, que tengo, sin que te molestes, mi lugar en el corazón de Lotte, lo sé y ocupo el segundo lugar en él y quiero y debo mantenerlo. Ay, me volvería loco si ella me llegara a olvidar. Albert, siento que esa idea es todo un infierno. Albert, adiós. Adiós, ángel celestial. Adiós, Lotte.

15 de marzo

He sufrido una humillación que hará que me vaya de aquí. Me rechinan los dientes de solo pensar en eso. Diablos. Tenía que suceder, y son ustedes los que tienen toda la culpa, por haberme inducido; me impulsaron, me acosaron para que aceptara este cargo sabiendo que no era de mi agrado. Aquí estoy, ahí lo tienen. Y no me vuelvas a decir que son mis excéntricas ideas las que echan a perder todo, porque vas a ver; aquí tienes, muy señor mío, un simple relato, tal como lo contaría un cronista.

El conde de C... me adora, me distingue, todo esto es sabido, ya te lo conté cientos de

♠ Por respeto a tan noble caballero se ha prescindido en esta colección de dar a conocer esta y una segunda carta, que será presentada más adelante, porque no se puede disculpar semejante osadía ni con cl más caluroso agradecimiento del público

veces. Ayer fui a comer a su casa, justo el día en el que al atardecer se reúne lo más rancio de la sociedad, nobles damas y caballeros, y sin tener en cuenta que los subalternos como yo no tenemos cabida en ese tipo de reunión. Bueno. Almuerzo con el conde y, después de comer, hablo con él mientras damos unos pasos en el salón, conversamos con el coronel B. que se acercó a nosotros, y poco a poco llega la hora de la tertulia. Y yo -Dios es testigo-, sin pensar en nada, veo ingresar a la muy noble señora Von S. junto a su señor esposo y esa gansa, ya algo crecidita, de su hija, con su pecho tan chato y su encantadora cintura encorsetada. Pasaron a mi lado con aire y narices soberbias que tanto me chocan en este tipo de gente. Opté por irme, y esperaba que el conde quedara liberado de los cumplidos con esta gentuza para despedirme de él, cuando entró la señorita B. Cada vez que la veo, su sola presencia me provoca cierta agitación, y decidí quedarme. Me ubiqué detrás de su sillón y con el tiempo noté que me estaba hablando con menos franqueza que lo habitual, hasta diría con cierto embarazo. Realmente me llamó la atención. Pensé que era igual a los demás, me molesté y quise retirarme. Pero me quedé, tal vez con la intención de encontrar la manera de disculparla, porque no podía creerlo y esperaba tan solo una amable palabra de ella y... bueno, todo lo que tú quieras. Mientras tanto el salón se fue llenando. El barón F. con toda su indumentaria de la época de la coronación de Francisco I, el consejero de la corte R. que aquí se hizo anunciarcomo Von R. en su calidad de noble, junto a su esposa sorda, etc., sin olvidar al alicaído J., que hace remendar su anticuado traje de Franconia con zurcidos modernistas; fue demasiado, después hablé con algunos conocidos, todos muy lacónicos. Mis pensamientos giraban, mientras prestaba atención solo a la señorita B. No me percaté de que las mujeres en uno de los extremos del salón estaban cuchicheando y también los caballeros murmuraban entre ellos, que la señora Von S. hablaba con el conde (todo esto me lo contó después la señorita B.), hasta que por fin vino el conde y me apartó hacia un costado, al nicho de una ventana.

-Usted conoce nuestras maravillosas costumbres -me dijo-. Noto que los presentes no están entusiasmados con verlo a usted en esta reunión. No quisiera que por nada...

-Pero, excelencia -lo interrumpí-, le pido mil disculpas, tendría que haber reparado en ello mucho antes; sé que me perdonará esta torpeza; quise retirarme ya hace un rato pero no sé qué mal genio me retuvo ~agregué mientras esbozaba una sonrisa y le hacía una reverencia.

El conde me dio la mano con una sensibilidad que lo dijo todo. Con disimulo abandoné tan noble reunión. Tomé un cabriolé[17] y fui hasta M.; allí vi la puesta del sol desde un monte y releí en mi Homero aquel magnífico canto en el que Ulises es atendido por el porquerizo. Todo eso fue bueno.

A la noche regreso para cenar, quedaban pocos en el comedor; en un rincón estaban jugando a los dados y habían corrido el mantel. En eso viene el bueno de Adelin, se quita el sombrero, me ve, se acerca y me dice en voz baja:

-¿Tuviste un disgusto?

-¿Yo? -le pregunté.

-El conde te echó de su reunión.

-Que se vayan al diablo -le digo-, igual tenía ganas de salir a tomar aire.

-Qué bien -me dice- que no lo hayas tomado a mal. Lo único que fastidia es que lo esté comentando todo el mundo.

Solo entonces comencé a sentirme mal. Imaginé que todos los que estaban a mi alrededor

[17] *cabriolé:* también conocido como "silla volante"; se trata de un carruaje liviano y sin techo, que constaba de dos ruedas y cuatro asientos, abierto en los costados y sin portezuelas

y me miraban lo hacían por eso. Esto fue lo que me hizo calentar la sangre.

Es lo que me mortificó, y mucho más al sentir que todos los que me observan me compadecen, que los envidiosos se sienten ganadores y dicen: "ahí ven dónde terminan los presuntuosos, los que creen estar por encima de todos solo por ser un poco inteligentes". Tener que escuchar todas estas cosas hace que a uno le vengan las ganas de clavarse un puñal en medio del corazón. Que digan lo que quieran de uno, pero quisiera ver a aquellos que puedan soportar las difamaciones de los canallas cuando se sienten con ventaja. Aunque ¡ay!, es fácil dejarlos hablar cuando lo que dicen son fatuas habladurías.

16 de marzo

Todo me acosa. Hoy me encontré en la alameda con la señorita B. y no pude resistir hablarle y reprocharle, una vez que nos hubimos alejado un poco del resto de la gente, su comportamiento del otro día.

-Pero Werther -me dijo con un tono muy cariñoso, conociendo mi corazón-, ¿cómo pudo usted interpretar mi confusión de esa manera? Lo que he sufrido por usted desde el momento mismo en el que entré al salón. Lo presentí todo, cien veces estuve a punto de decírselo. Sabía que la Von S. y T. iban a retirarse con toda su comitiva antes de aceptar su presencia. También sabía que el conde no podía quedar mal con usted, pero ahora todo ese chismerío...

-¿Cómo, señorita? -le dije ocultando mi sorpresa porque en ese momento sentí la ebullición de la sangre al recordar todo lo que anteayer me había dicho Adelin.

-¡Todo lo que he padecido! -dijo la dulce criatura con sus ojos inundados de lágrimas.

Apenas si pude contenerme y estuve a punto de arrojarme a sus pies.

-Explíqueme -le dije. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Yo estaba fuera de mí. Se enjugó las lágrimas, pero no por querer esconderlas.

-Usted conoce a mi tía -comenzó-, estaba presente y observó todo, ¡y con qué ojos! Werther, anoche tuve que soportarlo, y también esta mañana me dio un sermón por mi trato con usted. Tuve que escuchar cómo lo denigraba, cómo lo rebajaba, sin atreverme o poder defenderlo siquiera a medias.

Cada una de las palabras que pronunció me atravesaba el corazón como una espada. No sintió lo piadoso que hubiese sido callar. Al contrario, continuó enumerando todos los chismes que seguirían circulando y cómo se sentirían aquellos que ahora se creen triunfadores ante este hecho. Cómo se regocijarían y alegrarían de la pena con la que había sido castigado mi orgullo y mi desdén hacia otras personas aquellos que me lo vienen reprochando desde hace tiempo.

Wilhelm, haber escuchado todo esto, dicho con una voz tan entrañable, me dejó destruido y aún sigo furioso. Quisiera que alguien me lo reprochara para poder atravesarle el cuerpo con mi espada. Qué bien me sentiría si pudiera ver sangre. Ay, tomé el cuchillo ya cien veces para liberar este atormentado corazón. Se dice de una noble raza de caballos que al sentirse ahogados y sofocados se abren una vena por instinto para facilitar la respiración. ¡Así me siento yo, quisiera abrirme las venas para alcanzar la eterna libertad!

24 de marzo

Presenté mi renuncia ante la Corte y espero que me la acepten. Me perdonarán ustedes no haberles pedido permiso previamente. Pero es necesario que me vaya y ya sé todo lo que usted

diría para que siga en este lugar, pero... Trata de explicárselo a mi madre del modo más suave posible; ya no puedo ayudarme a mí mismo y ella tendrá que soportar que en estos momentos no pueda ayudarla. Por supuesto que le dolerá ver cómo la gran carrera de su hijo para llegar a consejero de la Corte y a embajador toca a su fin y que vuelve como animalito a su corral. Haz con todo esto lo que quieras y combina todos los motivos posibles por los que podría y debería quedarme aquí. Pero basta, me voy, y para que sepas adónde voy, te digo que el príncipe... se siente a gusto con mi compañía y al escuchar mis planes me solicitó acompañarlo a sus haciendas a pasar allí la primavera. Me prometió dejarme en absoluta libertad de hacer lo que quiera, y como hasta cierto punto nos llegamos a entender, quiero probar suerte e iré con él.

Acompañando la nota
19 de abril

Gracias por tus dos cartas. No te contesté antes porque dejé esta hoja hasta que llegara la noticia de la Corte aceptando mi dimisión.

Temí que mi madre pudiera dirigirse al ministro a fin de frustrar mis propósitos. Pero finalmente ha sucedido, ha llegado mi despedida. No les quiero contar a ustedes el pesar con el que me la concedieron y los términos en los que escribió el ministro: romperían en nuevos lamentos. El príncipe heredero me envió, como despedida, veinticinco ducados[18] acompañados de unas palabras que me han conmovido hasta las lágrimas. Así es que ya no necesito el dinero que le había solicitado a mi madre.

5 de mayo

Parto mañana, y como la casa en que nací está a solo seis millas de mi ruta, quiero volver a verla, recordar aquellos felices días de antaño. Quiero volver a entrar por ese mismo portal del que salió mi madre conmigo, cuando tras la muerte de mi padre dejamos ese acogedor y querido lugar, para terminar encerrada en su odiosa ciudad. Adiós, Wilhelm, pronto te daré noticias de mi andar.

9 de mayo

He completado el camino a mi lugar de origen con todo el recogimiento de un peregrino y me han tocado algunos sentimientos inesperados. Ordené detenernos junto al enorme tilo que está a un cuarto de hora de la ciudad hacia S., me bajé, y le dije al cochero que siguiera solo, todo con la intención de ir caminando y volver a disfrutar con el corazón palpitante todos los recuerdos.

Allí estaba, bajo el tilo, que de chico había sido al mismo tiempo meta y límite de mis paseos. ¡Qué distinto! En aquel entonces, con una despreocupada inexperiencia, me sentía ansioso de entender ese mundo desconocido que suponía iba a estimular mi corazón y me haría gozar hasta colmar y satisfacer mi ferviente y ambicioso pecho. Ahora vuelvo de ese mundo ancho y, ay, amigo mío, ¡con cuántas esperanzas frustradas, con cuántos planes destruidos! He visto ante

[18] *ducados:* antiguas monedas de oro que comenzaron a ser acuñadas en Venecia hacia el siglo XIII y llegaron a convertirse en una suerte de unidad monetaria transnacional. Muchos países y regiones, entre ellos AustriaHungría, acuñaron luego monedas similares.

mí esas montañas que en mil oportunidades fueron objeto de mis aspiraciones. Podía quedarme horas aquí sentado, divagando en mis pensamientos, dejándome llevar hacia los bosques y valles que bajo la amable luz crepuscular se presen taban ante mis ojos. Y qué molesto me sentía al aproximarse la hora determinada en la que debía abandonar el entrañable lugar. Fui acercándome a la ciudad, saludé como a viejos conocidos las casitas con sus jardines que iba reconociendo, las nuevas me producían cierta aversión, lo mismo que todos los cambios que se habían hecho con el tiempo. Ingresé por el portal y de inmediato me reencontré. Querido amigo, no quiero entrar en detalles, porque describir todas las sensaciones encantadoras que sentí se tornaría pálido y monótono en el relato. Había pensado alojarme en la plaza del mercado, junto a nuestra antigua casa. En el camino vi que la escuelita en la que nos había reunido de niños una adorable viejita se había transformado en una tienda. Recordé los alborotos, las lágrimas, las congojas, los temores que padecí en aquel recinto. No di un solo paso que no fuera memorable. Un peregrino en Tierra Santa no se toparía con tantos sitios sagrados y es difícil que sus sentimientos estuvieran tan cargados de sublime emotividad. Un ejemplo más, de los miles: caminé río abajo por el camino de antes, hasta llegar a un sitio determinado en el que nos juntábamos con los muchachos para arrojar guijarros que rebotaban en el río. Recordé tan vivamente cómo a veces me quedaba mirando pasar la corriente, seguía el rumbo del agua imaginando con maravillosa presunción los lugares que iría recorriendo y notaba rápidamente los límites de mi fantasía. Pero igual sabía que continuaba, siempre más allá, hasta que mi mirada se perdía imaginando una lejanía invisible. Querido amigo, qué simples y felices fueron los dichosos antepasados, tan cándido su sentir, su poesía. Cuando Ulises habla del inconmensurable mar y de la tierra infinita, todo es tan cierto, tan humano, íntimo, estrecho y misterioso. ¿De qué me sirve ahora a mí poder repetir como cualquier escolar que la tierra es redonda? El hombre necesita muy pocos terrones de ella sobre los cuales sostener su vida, y menos aún para que reposen sus restos mortales.

Me encuentro ahora en el palacio del príncipe, en su coto de caza. La verdad es que se puede convivir muy bien con él, es un hombre recto y sencillo. Hay gente extravagante que lo rodea a la que no puedo entender. No parecen ser embaucadores, pera tampoco tienen apariencia de gente honrada. Por momentos crea que son honestos, pero igual no puedo confiar en ellos. Lo que me apena algunas veces es que habla de cosas que ha oído decir a otros o que ha leído, pero siempre desde el punto de vista que le han comentado.

Hay algo más y es que valora mi inteligencia y mis talento,, mucho más que mi corazón, mi único orgullo, fuente sin igual de todas mis fuerzas, de toda dicha y toda desventura. Ay, lo que sé, lo puede saber cualquiera, pero mi corazón sólo me pertenece a mí.

25 de mayo

Hay algo que rondaba por mi mente, que no quería comentar a usted hasta que se concretara. Ahora que ha fracasado se lo puedo decir. Quería ir a la guerra; fue algo que me dio vueltas durante mucho tiempo y fue el principal motivo para acompañarlo al príncipe, que es general al servicio de... Le comenté mi decisión en uno de los paseos pero logró disuadirme. Habría sido más pasión que capricho de mi parte no haberle hecho caso a sus palabras.

11 de junio

Di lo que quieras pero no puedo quedarme más tiempo. ¿Qué hago aquí? El tiempo ya se me hace largo. El príncipe me trata lo mejor que puede, pero yo no me siento bien. En el fondo

no tenemos intereses comunes. Es un hombre inteligente, pero mediocre. Su compañía no me entretiene más que un libro más o menos bien escrito. Me voy a quedar ocho días más y después saldré como un errante. Lo mejor que hice en todo este tiempo fueron mis dibujos. El príncipe es sensible al arte pero podría ser más profundo si no fuera por las limitaciones impuestas por una ominosa idea científica y un vocabulario harto corriente. A veces me crispa los nervios cuando con candente imaginación trato de acercarlo a la naturaleza y al arte y él me interrumpe con unas frases artificiales creyendo quedar muy bien con su intervención.

16 de junio

¡Sí, es cierto, no soy nada más que un peregrino, un caminante en esta tierra! Y usted, ¿acaso es otra cosa?

18 de junio

¿Adónde quiero ir? Te lo confesaré. Debo quedarme aquí unas dos semanas más y después me he propuesto ir a visitar las minas de...; pero en el fondo no es ese el motivo, solo quiero volver a estar más cerca de Lotte, eso es todo. Y me río de mi propio corazón, cumplo con lo que él quiere.

29 de julio

No, está bien. Todo está bien así. Yo... ¡Su marido! Dios mío, tú que me has creado así, si hubieras tenido la bondad de concederme esa dicha, mi vida entera sería una constante acción de gracias. No quiero juzgar, ¡perdóname estas lágrimas, perdona mis frustrados anhelos! ¡Ella, mi mujer! ¡De haber abrigado en mis brazos a la criatura más adorable bajo el sol! Wilhelm, me da escalofríos solo pensar que Albert pueda estar abrazando su espigado cuerpo.

¿Puedo decirlo? ¿Por qué no, Wilhelm? Ella hubiera sido mucho más feliz conmigo que con él. Oh, él no es el hombre que pueda satisfacer todos los deseos de ese corazón. Cierta carencia, cierta falta de sensibilidad, llámalo como quieras, la verdad es que su corazón no late al unísono, como mi corazón y el de Lotte cuando coincidían al leer un entrañable libro o en cien otras oportunidades, cuando expresábamos nuestro sentir sobre la actitud de algún tercero. ¡Querido Wilhelm! Sí, él la ama de todo corazón, y un amor así, ¿no se lo merece todo?

Una persona insoportable me interrumpió. Mis lágrimas se han secado. Estoy trastornado. Adiós, amigo mío.

4 de agosto

No soy el único que siente así. Todos los seres humanos ven frustradas sus expectativas, son engañados en sus esperanzas. Me encontré con mi vieja amiga del tilo. El mayor de sus hijos se me acercó y sus gritos de alegría atrajeron a la madre, que se veía bastante deprimida. Sus primeras palabras fueron:

-Ay, señor, mi pequeño Hans ha muerto.

Era el menor de sus varones. Me quedé sin palabras.

-Y mi marido -dijo- regresó de Suiza pero no trajo nada y sin la ayuda de gente piadosa tendría que haber mendigado para volver, lo había atacado la fiebre.

No le pude decir nada y le regalé algo al pequeño. Me rogó que aceptara unas manzanas, cosa que hice, y abandoné ese lugar de tan tristes recuerdos.

21 de agosto

Mis ánimos son tan cambiantes como quien le da vuelta a la mano. A veces parece renacer en mí un alegre haz de luz en mi vida, pero ¡ay!, es solo un instante. Cuando divago así entre mis sueños no puedo evitar la idea: ¿y si se muere Albert? ¡Tú serías...!, y ella sería... y esta quimera me lleva hasta el borde de abismos ante los que me detengo estremecido.

Cuando salgo de la ciudad por el camino que recorrí por primera vez para ir a bailar con Lotte, qué diferente era todo aquello. Todo, todo ha quedado atrás. No queda siquiera un rasgo de lo que fue, ni tampoco un latido de la emoción de entonces. Es como cuando un fantasma vuelve al castillo, ahora en ruinas, que él había construido siendo un poderoso conde, adornándolo con riquezas y suntuosidades, y que al morir había dejado lleno de esperanzas a su amado hijo.

3 de septiembre

A veces no puedo entender cómo puede haber otro que la ame, a quien se le permita amarla, siendo que yo la quiero tanto, con tanto fervor, con tanta profundidad, solo a ella. Y no conozco otra cosa, ni sé, ni tengo otra más que ella.

4 de septiembre

Sí, así es. Tal como a la naturaleza le está llegando el otoño, el otoño se está apoderando de mí y de lo que me rodea. Mis hojas se están poniendo amarillas, y ya se han caído las de los árboles vecinos. ¿No te he comentado algo de un muchacho, un campesino, que conocí al poco tiempo de haber llegado? En Wahlheim volvía preguntar ahora por él. Me dijeron que lo habían echado del trabajo y que ya nadie quería saber nada de él. Ayer lo encontré, de casualidad, a medio camino hacia otro pueblo. Le hablé y me contó su historia que me conmovió hondamente como bien comprenderás cuando te la haya relatado. ¿Pero para qué todo esto? ¿Por qué no me guardo para mis adentros todo lo que me preocupa y me atemoriza? ¿Por qué tengo que angustiarte a ti también? ¿Por qué vuelvo a darte una y otra vez la oportunidad de compadecerme y de llamarme al orden? No lo sé. Esto también es parte de mi destino.

El muchacho empezó a contestar mis preguntas con una serena tristeza que interpreté como un gesto de timidez. Pero después se abrió, como si de pronto me hubiese reconocido y él a sí mismo también; me confesó sus fallas y se quejó de sus desgracias. Querido amigo, me gustaría poder relatarte todo de tal manera que pudieras juzgar cada una de sus palabras. Me confesó -contaba con placer y dicha todo lo que recordaba- que la pasión por la mujer para la cual trabajaba crecía día a día hasta que al final ya no sabía lo que hacía, o, en sus palabras, no sabía dónde tenía su cabeza. Ni comía, ni dormía, tenía un nudo en la garganta, hacía lo que no debía hacer y dejaba sin hacer lo que se le encomendaba, lo olvidaba. Era como si lo hubiese poseído un mal espíritu; hasta que un día, sabiendo que ella se encontraba en uno de los cuartos superiores, la siguió, en realidad la persiguió. En vistas de que ella no quiso atender sus deseos, intentó tomarla por la fuerza, no se dio cuenta de lo que estaba haciendo, pero pone a Dios como

testigo de que sus intenciones siempre habían sido de las más honestas, que no tenía mayor deseo que casarse con ella, de compartir su vida con ella. Después de hablar un largo rato, empezó a titubear, como alguien que aún tiene algo que contar pero no se atreve a decirlo. Al final me confesó con cierta timidez las pequeñas intimidades que ella le había permitido, la confianza que los había unido. Interrumpió su relato una y otra vez, para reafirmar que no estaba contando esto para hacerle mal, como se expresó, sino que la amaba y sentía el aprecio de siempre, y que estas cosas no las había dicho nunca y que las decía ahora para convencerme de que no era una mala persona o un trastornado. Aquí, querido, vuelvo a entonar mi cantilena de siempre: ¡si tan solo pudiera presentarte a este ser, tal como estaba frente a mí, como lo sigue estando ¡Si pudiera decirte las cosas de tal manera que sientas cómo comparto su destino, cómo siento la necesidad de compartirlo! Pero basta, tú ya conoces mi propio destino, me conoces, sabes cómo me siento atraído hacia todos los desgraciados, y lo que me atrae especialmente de este desgraciado.

Vuelvo a releer la página y me doy cuenta de que he olvidado contarte el final de la historia, pero que es fácil de imaginar. Ella se resistió, apareció su hermano, que lo odiaba desde ya hacía tiempo, que deseaba echarlo por temor a que una nueva boda de su hermana, que no tiene hijos propios, fuera a impedir que sus hijos heredaran la casa familiar. El hermano lo despidió con tanto escándalo que la mujer, aunque hubiese querido, ya no podía volver a aceptarlo. Ahora tiene otro criado y se dice que este también es motivo de discordia con el hermano y se da por descontado que ella se va a casar con ese hombre, aunque él asegura que está decidido a no permitirlo.

Lo que te cuento no es una exageración, tampoco lo he embellecido; más bien, déjame decírtelo, mi relato fue débil, muy débil, y lo he simplificado al contártelo con el registro de nuestro tradicional y culto lenguaje.

Este amor, esta fidelidad, esta pasión no es una licencia poética. Vive, es de una máxima pureza entre la clase de gente a la que nosotros llamamos inculta, burda. Nosotros, los cultos, somos cultos en vano. Te ruego, lee la historia con respeto. Hoy, mientras escribo esto, me he calmado. Ves en mi letra que no tiene las tachaduras y borroneos de costumbre. Lee la historia, querido amigo, y ten en cuenta que es también la historia de tu amigo. Sí, así me ha ido, así me irá, y eso que no tengo ni la mitad de las agallas que mostró este pobre desgraciado, al que ni siquiera me atrevo a compararme.

5 de septiembre

Ella le había escrito una misiva a su esposo, que se encontraba en el campo atendiendo unos asuntos. Empezaba así: "Amado mío, querido, regresa tan pronto puedas, te espero con mil amores". Un amigo recién llegado le comunicó que, debido a ciertos inconvenientes, no iba a poder regresar tan pronto. La misiva quedó allí y, al atardecer, cayó en mis manos. La leí y me sonreí. Ella me preguntó:

-¿Por qué?

-El poder de imaginación es realmente una dádiva del Señor -dije.

Por un momento me imaginé que había sido escrita para mí. Cortó la conversación, parecía estar molesta y yo guardé silencio.

6 de septiembre

Me costó muchísimo decidirme en desechar el frac azul, aquel con el que bailé por primera vez con Lotte, pero al final ya era impresentable. Me hice hacer uno idéntico al anterior, con cuello y solapas, chaleco amarillo y pantalones.

Sin embargo, no tiene el mismo efecto. No sé, tal vez con el paso del tiempo le vaya tomando cariño.

12 de septiembre

Había estado de viaje por varios días; fue a buscarlo a Albert. Hoy fui a verla a su cuarto, salió a recibirme y besé su mano con mil fervores.

Uno de los canarios voló desde el espejo y se apoyó en sus hombros.

-Un nuevo amigo -dijo ella invitándolo a que bajara a la mano- para los niños. Es tan bueno. Mírelo. Cada vez que le doy pan agita las alas y picotea con tanta gracia. ¡Y hasta me besa, lo ve usted!

Se lo acercó a la boca y el pequeño pájaro se apretó tan tiernamente a los dulces labios, como si sintiera la dicha de la que estaba gozando.

-También lo tiene que besar a usted -dijo alcanzándome la avecilla. El pico se fue de sus labios a los míos y el tenue picoteo fue como un hálito del éxtasis del amor.

-Su beso no está exento de deseo-dije-, está buscando alimento y se siente defraudado por esta caricia vacía.

-Me come de la boca -dijo ella. Le alcanzó unas migajas en sus labios, rebozantes de felicidad por el cándido amor compartido.

Aparté mis ojos. ¡No debería hacer eso! No debería incitar mi fantasía con esas imágenes de dicha e inocencia divina y despertar mi corazón del sueño en el que se halla sumergido a veces por la indiferencia de la vida. Pero, ¿por qué no? Me tiene tanta confianza. ¡Y sabe cuánto la quiero!

15 de septiembre

Es para volverse loco, querido Wilhelm, que haya gente sin sentido y sensación por lo poco con valor que aún hay en esta tierra. Conoces los nogales, esos formidables nogales del encuentro con el buen párroco de St cuando lo visitamos con Lotte. ¡Dios sabe con cuánta inspiración llenaron mi alma! ¡Qué clima tan acogedor ofrecían al patio de la parroquia, ese lugar tan fresco! ¡Qué hermosas eran sus copas! Y mantenían en la memoria a los venerables pastores que los plantaron hace ya tantos años. El maestro de escuela nos mencionaba el nombre de uno de ellos, que él había escuchado de su propio abuelo. Tiene que haber sido un hombre muy bueno, era un recuerdo sagrado para mí cada vez que veía los árboles. Te cuento, ayer al maestro se le caían las lágrimas cuando me informó que los habían talado. ¡Talado! Me vuelvo loco, quisiera matar al sinvergüenza que asestó el primer hachazo. ¡Yo me moriría de angustia si en mi patio hubiera semejantes árboles y uno de ellos se secase! Querido amigo, sin embargo, algo de bueno queda. Lo que es la sensibilidad humana. Todo el pueblo ha protestado y espero que la mujer del pastor sufra el mal que ha hecho en carne propia y vea disminuir los regalos de huevos, manteca y demás cosas que suelen recibir, ¡qué herida le ha abierto a ese lugar! Porque fue ella, la mujer del nuevo pastor (el anterior se nos ha muerto), un esperpento delgado y enfermizo, que tiene motivos para no interesarse por el mundo porque nadie se interesa por ella. Una necia que

se las da de erudita y se entromete en las investigaciones de los cánones[19], que trabaja mucho en la tan de moda reforma crítico-moral del cristianismo, no sabe qué decir sobre el pensamiento de Lavater, tiene una salud quebrantada y por todo esto no siente alegría alguna en la Tierra del Señor. Solo una criatura de semejante calaña ha sido capaz de talar mis nogales. Ya ves, no logro calmarme. Imagínate, las hojas que caen de los árboles le ensucian el patio, los árboles le quitan luz y ni bien maduran las nueces vienen los chicos y les tiran con piedras, todo esto la pone nerviosa, la molesta en sus profundas elucubraciones comparativas sobre Kemnikot, Semler y Michaelis. Al ver a tanta gente del pueblo, en especial los mayores, tan descontentos, les pregunté:

-¿Por qué lo toleraron?

-Si se le antoja al alcalde, en este lugar -dijeron-, ¿qué se puede hacer en contra?

Pero en una cosa se hizo justicia. El alcalde y el pastor, que también quería sacar provecho de los caprichos de su mujer-sin que esto sin embargo le sirviera de mucho-, pensaron en repartirse lo que quedara de los árboles cortados. Pero en eso se entera la Cámara que administra los impuestos y decide "esto viene para acá". Resulta que la parroquia en la que estaban los árboles tenía, aun de antes, algunas deudas pendientes y fue así que se vendieron al mejor postor. Ahí están, talados. Ay, si fuera príncipe, entonces al pastor, a su mujer y al alcalde... ¡Príncipe! Si fuera príncipe, ¿qué me interesarían entonces los árboles en esta región?

10 de octubre

Con solo ver sus ojos negros ya me siento mucho mejor. Mira, lo que me molesta es que Albert no parece estar muy contento -como lo esperaba-, como yo podía haberlo estado, si... No me agrada escribir con puntos suspensivos, pero aquí no puedo expresarme de otra manera; sin embargo creo que lo hago con suficiente claridad.

12 de octubre

Ossian ha desplazado en mi corazón a Homero. ¡A qué mundo me lleva este numen! A caminar por las landas agrestes en medio de vientos tempestuosos que arrastran las ánimas de los antepasados entre espesas neblinas y la luz de la luna. Desde las montañas se oye el lastimero gemido de los espíritus en sus cavernas, en medio del rugiente torrente que atraviesa los bosques y del quejumbroso llanto de la doncella agonizante sobre las cuatro piedras cubiertas de musgo y pasto que marcan la tumba del héroe caído que fue su amado. Allí encuentro al caminante bardo de sienes canosas que busca las huellas de sus antepasados por toda la extensa landa y encuentra sus tumbas, y entonces entre sollozos busca con su mirada el lucero de la noche que se esconde entre las olas del mar; y en el alma del héroe reaparecen los tiempos pasados cuando todavía el

[19] *canones:* en un sentido amplio debe entenderse canon como regla, modelo o precepto. Aquí aparece en su sentido religioso cristiano, es decir, el conjunto de las normas de fe -y costumbre que la Iglesia católica reconoce como inspirados en \os Vimos sagrados. A partir de \a Rcforma y \as guerras de religión que cruzaron a toda Europa durante siglos, las cánones también se convirtieron en materia de discusión por parte de quienes no aceptaban la interpretación única que de los mismos impulsaba la sede oficial romana. Precisamente los apellidos de Kemnikot, Semlcr y Michaclis que aparecen a continuación refieren a esas disputas religiosas que llevaban adelante los especialistas en Teología.

rayo amigo iluminaba los peligros al valiente y la luna alumbraba el barco engalanado en el que regresaba victorioso. Leo en su frente la profunda congoja, veo al último de los gentiles, desamparado también él, tambaleándose extenuado hacia la tumba donde en una suma de alegrías dolorosamente ardientes se empapa con la presencia sin fuerza de las sombras de sus muertos, y baja su mirada hacia la tierra helada y los altos pastos que mueve el viento para exclamar: "Ha de arribar el caminante, llegará el que me conoció en mi hermosura y preguntará: ¿dónde está el cantor, aquel cabal hijo de Fingal? ¡Sus pasos pisarán mi tumba preguntando en vano por mí en esta tierra!" ¡Oh, amigo mío! Como un noble guerrero quisiera desempuñar mi espada y librar a mi príncipe del lacerante martirio de su lenta e infinita agonía para luego sacrificar mi alma por el semidiós liberado.

19 de octubre

¡Ah, qué vacío! Este espantoso vacío que siento en mi pecho. A veces pienso que, si pudiera una vez, una sola vez, estrecharla contra mi corazón, todo ese gran vacío volvería a estar pleno.

26 de octubre

Sí, querido amigo, me estoy convenciendo. Más y más me persuado de que la existencia del ser humano no reviste mucha importancia sino muy poca. Lotte recibió la visita de una amiga, yo me fui a un cuarto vecino a buscar un libro, pero no pude leer y por eso tomé una pluma para escribir. Oí cómo hablaban en voz baja. Se comentaban cosas sin mayor importancia, chismes de la ciudad. Que quien se casa, que alguien está enfermo, muy enfermo, tiene una tos muy seca, los huesos le están marcando la cara y sufre desmayos; no doy siquiera una moneda por su vida, dijo una de ellas. N.N. también está muy mal, dijo Lotte. Está muy hinchado, dijo la otra. Con mi fantasiosa imaginación me trasladaba al lecho de estos desgraciados, veía con qué aversión le daban la espalda a la vida, cómo, Wilhelm, mis mujeres hablaban de esto como se suele hablar en estos casos: se está muriendo un extraño. Miro a mi derredor por el cuarto y veo los vestidos de Lotte y los escritos de Albert, y los muebles a los que me siento unido de cierta manera, incluso el tintero y pienso: ¡algo tienes que ver en esta casa! Dentro de todo, tus amigos te respetan, a veces les produces alegrías, y tu corazón tiene la sensación de que, si no fuera así, ¿qué pasaría si llegaras a irte, si abandonaras este círculo? ¿Sentirían acaso...?, ¿y hasta cuándo sentirían el vacío que les produciría tu partida? ¿Cuánto tiempo? Oh, qué pasajero es el hombre, incluso en aquellos lugares en los que cree tener la certeza de ocupar un espacio, allí donde es consciente de que su presencia tiene un significado, en el recuerdo, en el alma de sus amados, saber que se extinguirá, desaparecerá, y ¡en tan poco tiempo!

27 de octubre

Quisiera abrirme el pecho tantas veces y hundirme los sesos cuando me doy cuenta de qué poco significamos el uno para el otro. El amor, la felicidad, el calor y la ternura que soy incapaz de entregar, el otro tampoco me los dará, y no podré alegrar al prójimo con un corazón lleno de dicha si él mantiene su frialdad y su desgano.

27 de octubre,
al atardecer

Tengo tanto para dar y mis sentimientos hacia ella consumen todo, tengo tanto, tanto, y sin ella todo se convierte en nada.

30 de octubre

Unas cien veces estuve a punto de tomarla en mis brazos. Solo Dios sabe cómo se siente uno al ver pasar frente a sí algo tan adorable y no poder tocarlo. Si el tocar es el instinto más natural del ser humano. ¿Acaso los niños no tocan cuánto pueden? ¿Y yo?

3 de noviembre

¡Cuántas veces me habré acostado a dormir con el deseo, sí, a veces hasta con la esperanza, de no volver a despertarjamás! A la mañana abro los ojos, veo los rayos del sol y me siento desgraciado.

Oh, si pudiera culpar por mi malhumor al clima, a otra persona, al fracaso de un trámite, entonces cargaría con la responsabilidad de mi insoportable enojo solo a medias. ¡Pobre de mí! Sé perfectamente que la culpa es toda mía. ¿Será culpa? Ya basta con llevar oculto en mis adentros el origen de todas las desgracias, como antes el origen de toda felicidad. ¿Sigo siendo el mismo que antes se deleitaba en la plenitud de los sentimientos, que a cada paso descubría un paraíso, que tenía un corazón capaz de colmar de felicidad a todo el mundo? Ahora, este corazón está muerto, por él ya no fluyen los afectos, mis ojos están yermos y mis sentidos, que ya no se consuelan con las revitalizantes lágrimas como antes, hacen que mi frente se haya arrugado de temor. Sufro mucho, porque he perdido la única alegría de mi vida, la sagrada y estimulante fuerza con la que me armé mi mundo, ¡se ha ido! Miro por mi ventana y veo en la lontananza las colinas, cómo el sol naciente va quebrando la neblina para iluminar las praderas y el manso río se me acerca entre las hojas secas de los sauces. La maravillosa naturaleza se presenta como un cuadro esmaltado, toda esta imagen bucólica es incapaz de transportar una sola gota de felicidad desde el corazón hasta mi cerebro, y este ser humano se encuentra ante el Señor como un manantial ya seco, como un cántaro vacío. Muchas veces me he arrojado al piso e implorado por unas lágrimas a Dios, como el campesino pide la lluvia cuando el cielo se muestra inclemente y la tierra yace mustia de tanta sequedad.

¡Pero bien sé que Dios no nos brinda la lluvia ni el sol a raíz de nuestras torpes plegarias! Aquellos tiempos cuyos recuerdos me atormentan, ¿acaso no fueron tan felices porque esperé pacientemente la acción del espíritu divino y la dicha que iba a verter sobre mí, recibiéndola agradecido en lo más profundo de mi corazón?

8 de noviembre

¡Me ha echado en cara mis excesos! ¡Pero con tanto cariño! El exceso que me induce a beber toda una botella de vino después de comenzar con una copa.

-No lo haga -me dice-, piense en Lotte.

-Pensar -respondí-, ¿me tiene que decir esto? Piense, o no piense, usted siempre está en

mis pensamientos. Hoy estuve sentado en aquel lugar donde el otro día bajó del carruaje.

Ella cambió de tema para evitar que lo profundizara. ¡Querido, estoy acabado! Ella puede hacer conmigo lo que quiera.

15 de noviembre

Wilhelm, te agradezco la comprensión y tus afectuosos consejos, pero te ruego mantengas la tranquilidad. Déjame que supere este momento, a pesar de todo el cansancio mantengo la suficiente fuerza como para sobreponerme. Honro la religión, lo sabes, siento que es sostén para los vacilantes y consuelo para los que creen desfallecer. Solo que, ¿puede serlo, debe serlo para cualquiera? En este inmenso mundo verás a miles para los que no lo fue, miles para los que no lo será, ya sea con prédicas o sin ellas, y ¿debe serlo para mí? ¿Acaso no lo dice el Hijo de Dios? Nadie podrá ir a Él si el Padre no lo permite. ¿Y si yo no soy uno de ellos? ¿Y si el Padre dispuso llevarme a su regazo tal como me lo dice mi corazón? Te ruego que no lo malinterpretes. No quiero que veas ironía en estas inocentes palabras. Te estoy entregando toda mi alma. De lo contrario, mejor hubiera sido callar. Como prefiero no perder palabra alguna sobre cosas de las que entiendo tan poco como los demás. ¿No es acaso así el destino humano, sobrellevar cada cual su carga y beber su cáliz hasta el fondo? Y si ese cáliz que el Señor en el cielo puso sobre los labios humanos es demasiado amargo, ¿por qué he de fingir y hacer creer que a mí me parece dulce? ¿Y por qué debo avergonzarme en el terrible momento en el que mi cuerpo tiembla entre el ser y el no ser, en el que el rayo del pasado ilumina el oscuro abismo del futuro, en el que todo se derrumba a mi alrededor y el mundo se hunde conmigo? ¿No está allí la voz del ser angustiado, del carenciado, de aquel que se desmorona inexorablemente, que en medio de la vana lucha de sus fuerzas interiores exclama: "¡Dios mío! ¡Dios mío!, por qué me has abandonado[20]¿Y tendré que avergonzarme de esa expresión, cuando no pudo evitar que se escapara de su boca Aquél que fue a los cielos envuelto en el sudario?

21 de noviembre

Ella no ve, no se da cuenta de que está preparando el veneno que nos llevará a la perdición a mí y a ella. ¡Con cuánto placer vaciaré la copa que me ofrece y que será mi fin! ¿Qué sentido tiene esa mirada bondadosa con la que me mira tantas veces -¿tantas?, no, no tantas, pero sí de tanto en tanto-, la benevolencia con la que comprende un gesto involuntario de mis sentimientos, la compasión que aparece en su frente ante mi resignación?

Ayer, al retirarme, me extendió la mano y me dijo:

-Adiós, querido Werther.

¡Querido Werther! Fue la primera vez que me dijo "querido" y me estremecí hasta lo más profundo de la médula. Me lo volví a repetir mil veces y anoche, al acostarme, hablando a solas de pronto digo: "¡buenas noches, querido Werther!" Después me tuve que reír para mis adentros.

[20] *"¡Dios mnío! ¿Por qué vne has abandonado?":* la figura de Werther se funde en la de Jesús. En las páginas que siguen Werther dialoga literalmente con Dios. Se cumple la paradoja por la cual cl exceso de amor divino termina haciendo vacilar la creencia, pero en un plano que ya no es propiamente terrenal. Wcrther se transforma en un místico.

22 de noviembre

No puedo rogar: "¡Déjamela!" Y sin embargo, a menudo pienso que es solo mía. No puedo rogar: "¡Dámela!" porque pertenece a otro. Mientras tanto me entretengo con mis penas. Si yo mismo me lo permitiera, pronto tendría todo un rosario de antítesis.

24 de noviembre

Ella siente lo que estoy padeciendo. Hoy, su mirada me atravesó el corazón. La encontré sola. No dije nada y me miró.

Ya no vi en ella la seductora hermosura, tampoco la luminosidad del espíritu certero, todo había desaparecido de mi vista. Mis ojos vieron una imagen mucho más encantadora, que expresaba la más profunda comprensión, la más dulce compasión. ¿Por qué no me habré echado a sus pies? ¿Por qué no le contesté con un abrazo y mil besos? Buscó refugio yendo al piano y acompañó lo que tocaba con el dulce cantar de una hermosa melodía. Nunca había visto en sus labios tanta tentación. Fue como si los estuviera entreabriendo para absorber los preciosos sonidos que nacían del instrumento, para que solo partieran de su boca tan pura como el más íntimo eco. ¡Ay, si solo pudiera expresarte en palabras lo que sentí! Ya no resistí más, me incliné e hice un juramento: "labios, a ustedes que albergan un espíritu divino, ¡jamás osaré darles un beso!". Y sin embargo, sí, lo deseo, ¡ah!, ya lo ves, es como si de pronto apareciera una muralla en lo más íntimo de mi alma; esa dicha, y después hundirme para pagar ese pecado,¿pecado?

26 de noviembre

A veces me digo: tu destino es único. Los otros sí pueden llamarse felices porque ninguno ha sido atormentado como yo. Después me pongo a leer un poeta antiguo y es como si estuviera viendo mi propio corazón. Tengo tanto que soportar. ¿Es que ya hubo hombres que han sufrido tanto como yo?

30 de noviembre

¡Está visto que no he de encontrar mi rumbo! Cualquier paso que dé, siempre me topo con una aparición que me altera por completo. ¡Hoy! ¡Oh, destino! ¡Oh, humanidad!

A la hora del almuerzo me acerqué al río, no tenía apetito. Todo estaba desierto, desde los cerros soplaba un viento húmedo y frío, y las grises nubes cargadas de lluvia cubrían el valle. A lo lejos veo a un hombre vestido con un traje verde, tosco, que parecía estar buscando hierbas aromáticas entre las rocas. Me fui acercando a él, y cuando escuchó el ruido que yo hacía se dio vuelta y descubrí una fisonomía interesante, cuya línea principal era la tristeza, pero todo el resto tenía un gesto de bondad, de rectitud. Sus cabellos negros estaban unidos en sendos rodetes con dos horquillas y el resto en una fuerte trenza que le caía sobre la espalda. Por su forma de vestir supuse que era un hombre de clase humilde, y pensé que no iba a tomar a mal que me llamara la atención lo que hacía, y así le pregunté qué era lo que estaba buscando. Con un profundo suspiro me respondió:

-Estoy buscando flores, y no encuentro ninguna.

-Pero es que tampoco es la época -le dije sonriendo.

-Hay tantas flores -agregó al tiempo que se me acercó-. En mi jardín tengo rosas y dos tipos de madreselvas, una de ellas me la dio padre, crecen como hierbas salvajes. Hace dos días que busco y no las encuentro. Aquí afuera siempre suele haber flores, amarillas, azules, rojas, y la centaura también tiene una flor hermosa. *Pero* tampoco las hallo.

Noté algo misterioso y por eso le pregunté, en forma indirecta, qué es lo que quería hacer con las flores. Una sonrisa maravillosa iluminó su cara:

-Si me guarda el secreto -dijo mientras hacía un gesto de silencio apretando laboca con el dedo-, le he prometido un ramo de flores a mi novia.

-Es un buen gesto -le repliqué.

-Oh, ella tiene tantas otras cosas, es adinerada -agregó, a lo que repuse:

-Pero igual le gusta un ramo de flores.

-Oh -contestó-, tiene alhajas y una corona.

-¿Cómo se llama? -le pregunté.

-Si los Estados Generales por fin se dignaran a pagarme -me contó-, yo sería otra persona. Sí, sí, hubo una época en la que me iba muy bien, pero ahora estoy acabado. Ahora soy... -una simple mirada llena de lágrimas puesta en el cielo lo dijo todo.

-¿De modo que fuiste feliz? -pregunté.

-Sí, cuánto quisiera volver a serlo -dijo-; en aquel tiempo me sentía tan bien, tan alegre, como pez en el agua.

-Heinrich -llamó una mujer de edad que venía subiendo el camino-, Heinrich, ¿dónde estás? Te hemos estado buscando por todas partes, ven a comer.

-¿Es su hijo? -le pregunté acercándome a ella.

-Sí, mi pobre hijo -contestó-; Dios me ha hecho cargar con semejante cruz.

-¿Hace cuánto tiempo que está así? -le pregunté.

-Así de tranquilo hace apenas medio año. Gracias a Dios que ahora está así. Antes pasó enloquecido un año entero, lo sujetaron con cadenas en el manicomio. Ahora no le hace mal a nadie, solo que siempre habla de reyes y emperadores. Era un hombre tan bueno, me ayudaba a ganarme el sustento, sus manos sabían escribir muy bien, y de pronto se puso melancólico, empezó a tener fiebres muy altas, y finalmente enloqueció. Ahora está como lo ve. Ay, si yo le contara, señor.

Interrumpí el torrente de sus palabras y le pregunté por la época en la que él dice haberse sentido tan bien, tan feliz.

-Pobre trastornado -exclamó con una sonrisa misericordiosa-, se refiere a los tiempos en los que estaba fuera de sí, siempre los vuelve a alabar. Es la época en la que estuvo en el hospicio, en la que no sabía lo que te pasaba.

Fue como si me hubiera herido un rayo. A la mujer te entregué una moneda y los abandoné con toda prisa.

Así que te sentiste feliz, exclamé mientras corría hacia la ciudad, te sentías feliz como pez en el agua. ¡Dios que estás en los cielos!, ¿entonces es así como dispones el destino del hombre, que solo es feliz antes de que use la razón y después, cuando la vuelve a perder? ¡Desgraciado! ¡Cómo envidio tus tribulaciones, la confusión de tus sentidos en la que te desvaneces! Sales teniendo la esperanza de encontrar las flores para tu reina -en pleno invierno

y lamentas no encontrar ni una sola y no entiendes por qué no las vas a encontrar. Y yo, yo salgo sin esperanza alguna, sin sentido, y regreso a casa tal como había salido. Te imaginas

qué hombre podrías ser si los Estados Generales te pagaran. Feliz criatura que eres capaz de culpar a una fuerza terrenal por tu carencia de felicidad. ¡No sientes! No sientes que tu desgracia nace en el corazón destrozado, en tu trastornado cerebro, y que ni siquiera todos los reyes de esta tierra te pueden ayudar.

Debería morir sin consuelo aquel que se burla del enfermo que buscando el lejano manantial emprende un viaje sabiendo que aumentarán sus males y hará más dolorosa su muerte; aquel que desprecia al corazón agobiado que hace una peregrinación al Santo Sepulcro para liberarse de sus remordimientos y aliviar los sufrimientos del alma. Cada paso que recorre por el atolladero de su senda es una gota de bálsamo para su atribulada alma y cada día más que transcurre del viaje va aliviando su corazón de muchas penurias. ¿Podrán ustedes, verdaderos mercaderes de la palabra, apoltronados cómodamente en sus sillones, tildar esto acaso de locura? ¡Locura! Dios mío, ¡estás viendo mis lágrimas! Tú que has creado al hombre ya con tantas falencias, ¿por qué tuviste que ofrecerle hermanos que lo despojan de lo poco que le queda, del resto de fe que tenían en ti, en ti, amante todopoderoso? Porque la fe en una planta medicinal, en las lágrimas de la parra, ¿qué otra cosa son sino fe en ti, tú que le has dado la fuerza curativa y medicinal a cuanto nos rodea, de la que necesitamos a toda hora? ¡Padre, a quien no conozco! ¡Padre, que colmaba toda mi alma y que ahora aparta su mirada de mí! ¡Llámame hacia ti! ¡No calles más! Tu silencio no podrá saciarla sed de esta alma. ¿Es capaz de regañar acaso un hombre, un padre al hijo que de pronto regresa, lo abraza y exclama: "¡Padre, he vuelto! no riñas conmigo porque abandono la senda que si fuera por tu deseo debería seguir andando"? "El mundo es igual en todas partes: al esfuerzo y al trabajo, la compensación y la alegría. Pero ¿qué importancia tienen para mí? Me siento bien solo donde estés y ante tu presencia estoy dispuesto a sufrir y a gozar." ¿Y tú, Padre que estás en los cielos, habrías de rechazar a este hijo?

1 ° de diciembre

¡Wilhelm! E1 hombre del que te comenté, ese feliz infeliz, fue secretario del padre de Lotte y enloqueció por una pasión por ella que él alimentó, ocultó, descubrió y por la que perdió el trabajo. Deducirás de estas estériles palabras el efecto que causó en mí esta historia cuando me la narró Albert con tanta indiferencia como la que tú tal vez estarás sintiendo ahora al leerla.

4 de diciembre

Por favor... ya lo ves, he llegado al final, ya no lo soporto más. Hoy estuve sentado junto a ella, yo sentado, ella tocaba en el piano melodías diversas, ¡todo tan expresivo, tanto, tanto! ¿Qué pretendes? La hermanita vestía a sus muñecas en mi regazo. Me enternecí, mis ojos se llenaron de lágrimas. Me incliné y descubrí el anillo de compromiso -mis lágrimas corrían-, y de pronto empezó a tocar esa vieja melodía, tan dulce, divina, y mi alma se sintió invadida por una sensación de consuelo, por el recuerdo del pasado, de aquellos tiempos en los que había escuchado esa canción, los sombríos intervalos, el desengaño, las esperanzas desvanecidas y después... Caminaba por la habitación de un lado a otro, mi corazón parecía ahogarse de congoja.

-¡Por el amor de Dios! -le dije en un rudo arrebato-, ¡por el amor de Dios, ya no siga, por favor!

Se detuvo y me miró fijamente.

-Werther -dijo con una sonrisa que me atravesó el alma-, Werther, usted está muy enfermo, está rechazando las comidas que más le agradaban. Váyase, e intente recuperar la

calma.

Me separé de ella en forma violenta.

¡Dios mío! Tú estás viendo mi desgracia y sé que le pondrás un fin.

6 de diciembre

¡Cómo me persigue esa imagen! Ocupa toda mi alma ya sea despierto o en sueños. Ahora, cierro los ojos, en mi frente donde se concentra toda mi visión interior veo aquellos ojos negros. ¡Aquí! No te lo puedo explicar. Cierro los ojos y están; como un mar, como un abismo descansan delante de mí, dentro de mí, llenan los sentidos de mi frente.

¿Qué es el hombre, ese ponderado semidiós? ¿Acaso no flaquean sus fuerzas justamente cuando más las necesita? Ya sea encumbrado de felicidad o abrumado por la aflicción, es detenido y vuelve a la honda y fría preocupación, justo cuando creía poder perderse en la plenitud de lo infinito.

DEL EDITOR AL LECTOR

¡Cuánto me hubiese gustado disponer de más testimonios personales de los últimos y extraños días de nuestro amigo, para no tener que interrumpir con otros relatos la cronología de sus cartas personales!

Me he limitado a recoger el testimonio auténtico de aquellos que deben estar bien informados sobre su vida. Es una historia simple, en la que los relatos coinciden entre sí, salvo pequeños detalles. Sin embargo, varían las interpretaciones sobre los motivos con los que actuaron los personajes y difieren los juicios.

No nos queda otra opción que la de relatar con toda minuciosidad todo aquello que con múltiples esfuerzos logramos en información, intercalarlo con lo que nos ofrecen las cartas que han quedado como legado y no menospreciar ni siquiera las más breves líneas que hayan sido escritas por él. Solo en cuanto a las sensibilidades de las personas actuantes varían las opiniones y los juicios disienten.

Qué otra cosa nos queda que contar minuciosamente todo lo que hemos podido averiguar con grandes esfuerzos, agregar los escritos del que se ha despedido y no dejar de lado ni la más mínima anotación; más aún teniendo en cuenta lo difícil que es descubrir los móviles reales de un solo acto humano cuando se trata de personas no comunes.

El descontento y la melancolía habían echado raíces muy profundas en el alma de Werther, se entrelazaron cada vez más y se fueron apoderando poco a poco de toda su personalidad. La armonía de su espíritu había sido destruida por completo. Un virulento fuego interior minó todas sus facultades y generó los efectos más terribles, postrándolo al final en una depresión, a la que intentó sobreponerse con una angustia aún mayor a la que había vivido hasta ahora en su lucha contra otros males. El temor en su corazón fue consumiendo las otras fuerzas de su espíritu, su vivacidad, su sagacidad; se volvió un ser triste, cada vez más infeliz y más injusto a medida que crecía su infelicidad. Es al menos lo que dicen los amigos de Albert: aseguran que Werther no fue capaz de aceptar al hombre sereno que, habiendo conseguido por fin esa dicha tan anhelada, solo pensaba en adoptar una conducta que le permitiera mantenerla en el

futuro. Werther, en cambio, consumía día a día todas sus facultades para llegar a la noche envuelto en sufrimientos. Albert, dicen, no había cambiado nada en tan poco tiempo, en realidad siempre siguió siendo el de siempre, aquel al que Werther había conocido, al que estimaba y respetaba. Arpaba a Lotte por sobre todas las cosas, estaba orgulloso de ella y quería que todo el mundo viera en ella al ser más maravilloso del mundo. ¿Acaso se le puede reprochar que tratara de disipar todo asomo de sospecha, que no estuviera dispuesto a tolerar en ningún momento tener que compartir tan preciado tesoro con nadie, aunque fuera de la manera más inocente? Reconocen que Albert abandonaba a menudo la estancia para dejar solos a Lotte y a Werther, pero no por aversión u odio hacia su amigo, sino más bien porque tenía la sensación de que este se sentía cohibido.

El padre de Lotte había sido atacado por un mal que lo obligaba a permanecer en su habitación e hizo mandar su coche para que ella lo fuera a visitar. Era un precioso día de invierno, había caído -con abundancia- la primera nieve; toda la región estaba cubierta.

A la mañana siguiente Werther fue tras ella para acompañarla en su regreso, en caso de que Albert no pudiera ir a buscarla.

El buen tiempo, despejado, poco pudo influir en su estado de ánimo sombrío; sentía en el alma una presión sofocante, las tristes imágenes se habían apoderado de él, y el único movimiento que registraba su mente era el pasar de un pensamiento doloroso a otro.

Como vivía en una frustración continua, le parecía que el estado de los demás también estaba dominado por la confusión y el descontento, creía que había desequilibrado la hermosa relación entre Albert y Lotte, se hacía reproches y en ellos se mezclaba un inconsciente resentimiento hacia el esposo.

Estos pensamientos volvieron a reaparecer durante el viaje. Sí, sí, se decía rechinando con los dientes, así es el trato, íntimo, amistoso, cariñoso, lleno de comprensión hacia el otro, siempre con una fidelidad serena e inalterable. ¡Es hastío e indiferencia! ¿Acaso no lo atrae cualquier negocio, por más miserable que sea, mucho más que su adorable esposa? ¿Sabe apreciar esa dicha? ¿Sabe respetarla tal como ella se lo merece? La tiene, está bien, la tiene. Lo sé, como también sé muchas oteas cosas. Creo habeme acostumbrado a este pensamiento, pero igual me sacará de quicio, me va a matar. ¿Y perdura la amistad entre nosotros? ¿No ve como una intromisión en sus derechos cualquier acercamiento mío hacia Lotte, cualquier atención hacia ella como un reproche silencioso? Lo sé, lo presiento, le desagrada tener que verme, desea que esté lejos, mi presencia lo incomoda.

A veces detenía su precipitado caminar, se quedaba parado y parecía querer volver sobre sus pasos, pero volvía a avanzar y, así, sumido en sus pensamientos y monólogos llegó finalmente, aunque con cierto pesar, a la casa.

Llamó a la puerta, preguntó por el padre y por Lotte, notó que en la casa había un cierto movimiento. El mayor de los varones le contó que en Wahlheim había pasado un accidente, habían matado a un campesino. El suceso pareció no causarle mayor impresión. Ingresó en el cuarto y vio a Lotte hablándole a su padre, quien a pesar de su estado de postración, quería acudir personalmente a investigar el hecho. Aún se desconocía quién había sido el autor del crimen; a la víctima la habían encontrado a la mañana, delante de la puerta de su casa. Pero ya se estaban haciendo primeras conjeturas: el muerto era empleado de una viuda, que había tenido antes otro hombre a su servicio, a quien tuvo que despedir por una conducta reprochable.

Al escucharlo, Werther se sobresaltó.

-¡Será posible! -exclamó-, tengo que ir para allá, no puedo perder un solo instante.

Se apuró en llegara Wahlheim, tenía presentes todos los recuerdos y no dudó un solo

instante en que el autor del crimen había sido la persona que lo había anunciado, aquel por el que sentía tanta estima.

Al pasar delante de los tilos para llegar a la taberna en la que habían depositado el cadáver, quedó espantado al ver cómo estaba el otrora idílico lugar. El umbral en el que solían jugar los niños estaba salpicado de sangre. Amor y fidelidad, los dos sentimientos humanos más hermosos, se habían transformado en violencia y crimen. Los majestuosos árboles habían perdido el follaje y estaban cubiertos de escarcha, y a través de los hermosos cercos, ahora sin hojas, se podían ver las tumbas del cementerio cubiertas de nieve.

Cuando llegaba a la taberna, en la que se había agolpado toda la aldea, se armó un alboroto. A lo lejos se veía un grupo de hombres armados y todos gritaban que traían al asesino. Werther lo vio y se le disiparon todas las dudas. ¡En efecto!, era el muchacho que tanto amaba a la viuda, aquel al que había visto hace poco tiempo, el de la ira reprimida, el que llevaba esa silenciosa desesperación a cuestas.

-¡Qué has hecho, desdichado! -exclamó Werther mientras se acercaba al preso.

-Nadie la tendrá y ella no tendrá a nadie.

Se llevaron al joven a la taberna y Werther se alejó precipitadamente.

La terrible y violenta impresión que le causó el hecho lo trastocó hasta lo más íntimo de su ser. En un solo instante fue arrancado de su tristeza, de su pesadumbre, del letargo de la indiferencia. De pronto lo arrebató una irresistible simpatía y un insondable deseo de salvar a aquel hombre. Lo sentía tan desgraciado, no veía en él al criminal culpable, se puso en su lugar con tanta vehemencia, que tuvo la certeza de poder convencer de esto a los demás. Deseaba con fervor poder hablar por él, imaginaba cómo sus labios pronunciaban el más vivo de los discursos. Se apuró para llegar al pabellón de caza y no pudo evitar en el camino ir pronunciando en voz alta lo que le iba a decir después al funcionario.

Al ingresar a la sala vio que estaba Albert, algo que lo contrarió por un instante. Pero volvió a dominarse de inmediato y con suma vehemencia le expuso sus convicciones al funcionario. Este negó con la cabeza reiteradamente y a pesar de la energía con la que habló Werther, con la pasión y la veracidad con la que se es capaz de hablar para probar la inocencia de un hombre, el funcionario, como era de esperar, no se dejó conmover. Es más, no dejó que nuestro amigo terminara de hablar, lo contradijo airadamente y le recriminó haber tomado partido por un asesino alevoso. Le explicó que de esta manera quedarían invalidadas todas las leyes, se socavaría la seguridad del Estado, y agregó que en un caso como este no podía hacer otra cosa sin cargar con una grave responsabilidad; todo debía estar sujeto a un orden, todo tenía que seguir el curso establecido.

Werther no se dio por vencido y le dijo que lo único que le pedía era que hiciera la vista gorda en caso de que se le prestase ayuda al hombre para que escapara. Pero también esto fue rechazado por el funcionario. Albert, que terminó por participar en la conversación, tomó partido por el viejo. Werther quedó en minoría y se retiró con terrible pesar después de haber escuchado en varias oportunidades de boca del funcionario: no, ese hombre no se va a salvar.

Podemos ver en qué grado le afectaron estas palabras a Werther en una nota que se encontró entre sus papeles y que sin dudas escribió ese día:

"Ya no tienes salvación, desdichado. Soy consciente de que somos los dos los que no tenemos salvación."

A Werther lo había irritado mucho lo último que Albert había dicho sobre el asunto del preso en presencia del funcionario: creyó haber notado en sus palabras cierta alusión directa hacia su persona. Sin embargo, a medida que recapacitaba no podía evitar que su perspicacia fuera

admitiendo que los dos hombres podían llegar a tener razón, pero reconocerlo o confesarlo habría significado renegar de sus convicciones más profundas.

Entre sus documentos hemos encontrado una nota en la que se refiere a esto, en la que tal vez se resuma toda su relación con Albert:

"De qué me sirve que me repita una y otra vez que es bueno y honesto, si al mismo tiempo me revuelve las tripas: no puedo ser justo."

La tarde era agradable y el tiempo anunciaba la proximidad del deshielo, por lo que Lotte y Albert decidieron volver caminando. Durante el paseo ella volvió la mirada varias veces, como si estuviera extrañando la compañía de Werther. Albert empezó a hablar de él, lo criticó aunque dio a entender que había que ser justo con él. Tocó el tema de su desdichada pasión y expresó que, de ser posible, prefería que se alejara.

-Lo deseo también por nuestro bien -dijo-, y te ruego que lo tengas en cuenta, que desvíes su atención por ti hacia otra dirección y que reduzca sus asiduas visitas. A la gente le está llamando la atención y me consta que ya estuvieron hablando de ello.

Lotte permaneció en silencio y Albert pareció haber comprendido ese silencio; por lo menos, desde ese momento, no volvió a hablar sobre Werther delante de ella y, si alguien lo nombraba, rápidamente cambiaba de tema o interrumpía la conversación.

El infructuoso intento de Werther por salvar a un desdichado había sido el último destello de una luz que se estaba apagando. Volvió a hundirse en un dolor y una apatía aún más profunda. Casi se puso fuera de sí al enterarse de que existía la posibilidad de que lo citaran como testigo contra el acusado, que ahora negaba las imputaciones.

En su interior sufría una constante alteración de sensaciones. Todos los sinsabores que había sufrido en su vida, la frustración en la Legación, todo lo que le había salido mal, todo lo que lo había

mortificado sacudía su alma. Sintió que aquello justificaba su inactividad; consideraba que estaba alejado de toda perspectiva, incapaz de tomar la iniciativa por nada, aunque fueran las cosas cotidianas de la vida. De esta manera, sumido en su particular sentir, forma de pensar y un infinito sufrimiento, en la eterna monotonía de su triste relación con ese ser adorable al que tanto quería y cuya tranquilidad él perturbaba, consumiendo sus energías en un esfuerzo estéril, sin sentido y perspectiva, se iba acercando cada vez más a un triste fin.

Los testimonios más fehacientes de su desconcierto, de su pasión, del infatigable afán por hacer y buscar, de su hastío de vivir, se encuentran en algunas cartas que ha dejado y que queremos intercalar en este lugar.

12 de diciembre

Querido Wilhelm, me encuentro en un estado similar al de aquellos infelices a los que se creyó poseídos por un demonio. A veces lo siento en mis adentros, no es miedo, tampoco deseo, se trata de un furor interno, desconocido, que amenaza con destrozarme el pecho, que me ahoga la garganta. ¡Ay, ay! Si me asalta, salgo a deambular por los terribles escenarios nocturnos de esta inhumana estación.

Anoche tuve que salir. De pronto había comenzado el deshielo. Escuché que el río se había desbordado, que los arroyos cargaban mucha agua y que mi querido valle empezaba a

anegarse a la altura de Wahlheim. Salí corriendo pasadas las once. Fue un espectáculo dantesco[21] ver a la luz de la luna, desde lo alto del peñasco, cómo se arremolinaba el tormentoso caudal de agua, cómo inundaba los campos y las praderas y los arbustos y todo lo que hay en el valle. Un mar tormentoso agitado por el viento huracanado. Cada vez que reaparecía la luna para descansar sobre la negra nube podía ver cómo se reflejaban las olas rugientes, espantosas y magníficas a la vez. Me estremecí de horror, ¡y de nuevo la nostalgia! Estaba parado frente al abismo, con los brazos abiertos, respirando desde lo más hondo, muy hondo, y me perdí en el deseo de tirarme allí abajo con todas mis penas, con mi sufrimiento. Dejarme llevar cual una ola más. ¡Pero ay!, incapaz fuiste de levantar los pies de la tierra para poner fin a todo este martirio. Aún no me ha llegado la hora, lo presiento. ¡Oh, Wilhelm!, ¡cuánto habría dado por dejar mi condición humana y poder ser como el viento y partir las nubes, para poder asir las olas! ¿Acaso no se le podrá conceder semejante dicha a un prisionero?

Lleno de nostalgia busqué un rincón en el que durante un paseo en un día caluroso había descansado con Lotte, debajo de un sauce. Pero también estaba anegado, Wilhelm, apenas si pude reconocer el sauce. ¡Y todos los campos alrededor de la cabaña de los cazadores! ¡Cómo habrá quedado afectada por las torrentosas olas nuestra glorieta!, pensé. Volvió a iluminarme el rayo de sol del recuerdo, como a un prisionero el sueño de rebaños, campiñas y señoríos. ¡Me contuve! No me lo reprocho porque sé que tengo la valentía de morir. Debería... Ahora estoy sentado, como una anciana que junta azarosamente su leña y mendiga el pan en las puertas con tal de prolongar y aliviar un instante más la infeliz agonía de su existir.

14 de diciembre

¿Qué es esto, querido? ¡Me asusto de mí mismo! ¿No es mi amor hacia ella el más sagrado, puro y fraternal de todos los amores? ¿Acaso he sentido en mi pecho alguna vez un deseo reprobable? No quiero jurar... ¡Y ahora, sueños! ¡Cuánta razón tenían aquellos al culpar de estos contradictorios pensamientos a poderes extraños! ¡Esta noche! Tiemblo al decirlo, la tuve en mis brazos, apretada bien fuerte contra mi pecho, llenando de infinitos besos aquellos labios balbuceantes de amor. Mis ojos se bañaban en la embriaguez de los suyos. ¡Dios mío!, ¿seré culpable de seguir sintiendo ahora semejante dicha, cuando con todo el íntimo fervor vuelve a mí el recuerdo de esa ardiente felicidad? ¡Lotte, Lotte! ¡Estoy acabado! Mis sentidos están perturbados, hace una semana que he perdido la claridad de mi conciencia, mis ojos están llenos de lágrimas. No me siento bien en ningún lado y me va bien en todo lugar. No tengo deseos, no quiero nada, lo mejor sería que me fuera.

En este tiempo y bajo tales circunstancias, en el ánimo de Werther se fue enquistando cada vez más la determinación de abandonar el mundo. Tenía decidido que era el último recurso, el fin de toda esperanza desde que había vuelto a ver a Lotte. Pero se había propuesto que no debía ser un acto espontáneo, tomado a la ligera, sino que el paso debía ser meditado con la mayor de las cautelas y darlo con plena convicción.

En una esquela que dejó escrita, que no lleva fecha y parece ser el comienzo de una carta a Wilhelm, quedaron registradas sus dudas, la lucha interior que sufría.

[21] *dantesco:* el ya usual adjetivo dantesco hace obvia alusión a la *Divina Comedia* del italiano Dante Alighieri, una de las obras mayores de la literatura occidental. *Dantesco* aparece aquí casi como sinónimo de *infernal*, y que permite observar hasta qué punto las mutaciones de la naturaleza acompañan Ia percepción subjetiva del héroe, se convierten en mera proyección de su atormentado espíritu

"Su situación presente, su destino, su participación en el mío, exprimen de mi calcinado cerebro hasta la última de las lágrimas. ¡Bajar el telón y retirarse! ¡Eso es todo! ¿Por qué tantas dudas y titubeos? ¿Porque no se sabe qué es lo que vendrá? ¿Y porque ya no se regresa? ¿Y porque nuestro espíritu tiene la característica de intuir la confusión y las sombras antes de que tengamos la certeza de algo?"

Al final se había compenetrado y familiarizado tanto con esta triste idea, que la decisión estaba tomada y era irrevocable. Prueba de ello es esta carta, con doble sentido, que le escribió a su amigo.

20 de diciembre

Agradezco a tu entrañable amistad, querido Wilhelm, que hayas entendido mis palabras de esta manera. Sí, tienes razón, lo mejor para mí sería partir. La propuesta de que regrese a tu lado no me convence del todo, considero la posibilidad de tomar un desvío, ahora que esperamos las heladas y los caminos estarán buenos. Me agrada mucho también tu idea de venirme a buscar, solo te pido que esperes dos semanas más y una próxima carta mía, con más detalles. Es indispensable no cosechar nada hasta que el fruto no esté maduro. Y los altibajos de dos semanas pueden producir bastante. A mi madre te ruego le digas que rece por su hijo y que le pido perdón por todos los disgustos que le he provocado. Ese ha sido mi destino, el de ser motivo de preocupación a los que en realidad debía darles felicidad. ¡Adiós, mi más preciado! Que el cielo te bendiga. ¡Adiós!

No queramos pretender explicar con palabras qué es lo que le sucedía en este tiempo a Lotte, cómo se sentía, qué pensaba de su marido, de su desafortunado amigo, a pesar de que, conociendo su carácter, sí podemos hacernos cierta idea de ello, y una mujer con una similar sensibilidad podrá ponerse en su lugar y sentir como ella.

Lo que se sabe con toda certeza es que estaba decidida a hacer lo posible para mantener alejado a Werther, y sus vacilaciones solo eran una compasión cariñosa y amigable para con él, sabiendo lo que le iba a costar y que le sería prácticamente imposible. Pero fue la época en la que se sintió presionada a cumplir su propósito. Su marido callaba sobre la relación, tal como también ella había guardado silencio, pero justamente por esto quería probarle con actos que era digna de su confianza.

El mismo día en el que Werther le escribía a su amigo la carta que acaba de ser intercalada -era el domingo previo a Navidad- fue a visitar a Lotte y la encontró sola. Estaba ocupada tratando de arreglar algunos juguetes que había preparado como regalo navideño para sus hermanos menores. Werther le habló de la alegría que iban a sentir los pequeños y de cómo recordaba la maravillosa sensación que significaba abrir de pronto la puerta y descubrir detrás de ella el árbol de Navidad todo adornado con velas, dulces y manzanas.

-También usted recibirá un regalo -dijo Lotte disimulando su turbación con una sonrisa cariñosa-, siempre y cuando se porte bien. Una vela y alguna cosita más.

-¿Y a qué le llama portarse bien?, ¿qué debo hacer, qué puedo hacer, queridísima Lotte? -exclamó.

-El jueves a la noche es Navidad y vendrán los chicos, mi padre, todos recibirán algo, y usted también estará, pero no venga antes. Werther vaciló.

-Por favor -continuó ella-, se lo ruego; es así, se lo pido por mi bienestar, no puede seguir, esto no debe seguir así.

Él apartó su mirada y empezó a caminar por el cuarto de un lado a otro, murmurando: "esto no debe seguir así". Lotte sintió el terrible estado en el que se encontraba inmerso después de estas palabras y trató de desviar su atención con toda clase de preguntas, pero fue en vano.

-No, Lotte -dijo-, no la volveré a ver nunca más.

-Pero ¿por qué? -inquirió ella-. Usted podrá, usted deberá volver a vernos, pero modérese. Oh, ¿por qué habrá usted nacido con tanta pasión irrefrenable, con un temperamento tan vehemente por todo lo que llega a tocar alguna vez? Se lo ruego -continuó mientras le tomaba la mano-, modérese. ¡Cuántas satisfacciones tan diversas pueden llegara ofrecer aún su intelecto, su sabiduría, sus talentos! Sea un hombre. ¡Aparte usted su aciago cariño a este ser, que lo único que puede hacer por usted es sentir compasión!

Werther mantenía los dientes apretados y la miraba con un gesto sombrío. Ella le sostenía la mano.

-Solo un instante de calma, Werther-dijo-. ¿Acaso no siente que se está engañando, que su deseo lo está arruinando? ¿Por qué yo, Werther? ¿Justamente yo, que pertenezco a otro? ¿Justo yo? Sospecho, sí, sospecho que tal vez solo sea eso, la imposibilidad de poseerme la que genera en usted esta exaltación del deseo.

Werther retiró su mano de las de Lotte mientras la miraba fija y duramente.

-Sabio -exclamó-, todo muy sabio. ¿Fue Albert quien expuso estas observaciones? ¡Diplomático, muy diplomático!

-Cualquiera las puede hacer-interpuso ella-; ¿no hay en este inmenso mundo ni una sola mujer que pueda satisfacer los deseos de su corazón? Haga un esfuerzo, sobrepóngase y búsquela, se lo juro, la va a encontrar. Porque le digo, hace tiempo que me preocupa, por usted y por nosotros, ese aislamiento que se ha impuesto últimamente. ¡Supere esta situación! Haga un viaje, le permitirá pensaren otras cosas. Busque, encuentre a alguien digno de su amory regrese para que podamos disfrutar entre todos la dicha de una auténtica amistad.

Le contestó con una sonrisa helada.

-Se podría imprimir todo esto y recomendárselo a los que tienen como vocación la enseñanza. ¡Querida Lotte!, tenga un poco más de paciencia, pronto todo tendrá solución.

-Es solo eso, Werther, que no venga antes de la Nochebuena.

Werther quiso contestarle pero en eso entró Albert a la habitación. Se saludaron de manera muy fría y se pasearon por el cuarto, visiblemente cohibidos. Werther empezó a hablar sobre un tema sin mayor importancia, pero terminó pronto; lo mismo hizo Albert, quien a continuación le preguntó a su mujer por algunos encargos y, al escuchar que aún no se habían hecho, le dijo algunas cosas en un tono que Werther consideró frío y hasta duro. Quiso irse, no pudo, se quedó, vacilando, hasta las ocho. Hasta que su mal humor y su contrariedad habían crecido tanto que, cuando vio que empezaban a tender la mesa, tomó el bastón y su sombrero para marcharse. Albert lo invitó a que se quedara pero él, considerando que se trataba de un mero cumplido, agradeció de forma fría y salió.

Llegó a su casa, le quitó al criado la vela que tenía para alumbrarle, se fue solo a su cuarto y allí lloró sin consuelo, habló a solas, muy excitado, recorrió el cuarto de un lugar a otro hasta que al final se echó sobre la cama aún vestido. Así lo encontró el criado a eso de las once, cuando se atrevió a ver lo que pasaba y preguntarle al señor si debía quitarle las botas. El accedió pero le prohibió ingresar al cuarto a la mañana hasta tanto no lo llamara.

El lunes a la mañana, el 21 de diciembre, le escribió la siguiente carta a Lotte. Fue encontrada sellada en su escritorio, un día después de su muerte. Se la hicieron llegar a ella. La incluyo en este lugar, por partes, tal como parece fue escrita.

"Está decidido, Lotte, quiero morir y te lo escribo sin ninguna exaltación romántica, en calma, en la mañana del día en que te voy a ver por última vez. Cuando leas estas líneas, querida mía, la helada tumba ya habrá cubierto los restos rígidos del desdichado, del afligido, que en los últimos instantes de su vida no encuentra cosa más dulce que dialogar contigo. Tuve una noche terrible y, al mismo tiempo, ¡ay!, una noche benefactora. Fue la que confirmó, la que determinó mi decisión: ¡quiero morir! Ayer, cuando me separé de ti, ¡qué indignación más espantosa se apoderó de mis sentidos, adueñándose de mi corazón, y mi desesperanzado y desdichado existir a tu lado me asaltó con un frío aterrador! Apenas alcancé a llegar a mi cuarto cuando caí de rodillas, fuera de mí y, ¡oh Dios mío, fuiste tan generoso en darme el último bálsamo de las más amargas lágrimas! Mil ideas, mil planes se acumulaban en mi pecho hasta que, al final, quedó uno solo; ahí estaba, firme, el último y único pensamiento: ¡quiero morir! Me acosté y a la mañana siguiente, en la calma del despertar, permanecía firme, seguía inquebrantable en mi corazón: ¡quiero morir! No es desesperación, he pergeñado una convicción, y me voy a sacrificar por ti. ¡Sí, Lotte! ¿Por qué he de callarlo? Uno de nosotros tres tiene que desaparecery ese quiero ser yo. ¡Ay, mi preciada! En este atormentado corazón anduvo rondando con tanta furia, tantas veces, ¡matar a tu esposo, a ti, a mí! ¡Así será! Cuando subas al cerro, en un bello atardecer del verano, acuérdate de mí, de las veces que habré llegado del valle, y después mira hacia el jardín de la iglesia, con mi tumba, y cómo se mecen las espigas con el viento a la luz de los rayos del sol que se va poniendo! Al empezar estaba tranquilo, ahora lloro como un niño, todo se aparece tan vivo ante mí."

Hacia las diez, Werther llamó a su criado y mientras se vestía le dijo que saldría de viaje en unos días, que pusiera la ropa a punto y que hiciera las maletas. Al mismo tiempo le pidió que arreglara todas las cuentas pendientes, que pasara a buscar algunos libros prestados y que a los pobres, a los que todas las semanas acostumbraba a dar una limosna, les hiciera un adelanto por unos dos meses.

Hizo que le llevaran la comida a la habitación y después de comer salió a caballo a ver al funcionario, a quien no había encontrado en su casa. Se paseó apesadumbrado por el jardín, como si quisiera cargar a cuestas con toda la melancolía del recuerdo.

Los pequeños no lo dejaron en paz mucho tiempo, lo seguían, saltaban a su alrededor y le contaron que pasado un día, y otro, y otro más, iban a ir a recibir los regalos de Navidad a lo de Lotte, y lo entretuvieron hablándole de todas las maravillas que podían imaginar en su infantil fantasía.

-Mañana -expresó-, ¡y otra vez mañana y un día más!

Y los besó cariñosamente y quiso abandonarlos, cuando el más pequeño de todos se le acercó para susurrarle algo al oído. Le reveló que los mayores ya habían escrito las tarjetas de Año Nuevo, ¡así de grandes! Una para el padre, otra para Albert y para Lotte, y también una para el señor. Werther. Las iban a entregar el día de Año Nuevo, a la mañana. Esto lo emocionó, le hizo un pequeño regalito a cada uno, volvió a montar su caballo, envió saludos al padre y salió cabalgando con lágrimas en los ojos.

Llegó a casa a eso de las cinco, le ordenó a la criada que se preocupara del fuego y de mantenerlo vivo hasta la medianoche. Al criado le dijo que pusiera los libros y la ropa en la parte inferior de la maleta y que colocara en fundas las prendas de vestir. Es probable que después de todo esto escribiera el siguiente párrafo en la carta a Lotte.

"No me esperas. Crees que voy a obedecer y que te voy a volver a ver solo en la noche de Navidad. ¡Oh, Lotte! Hoy o ya nunca más. En la noche de Navidad sostendrás en tus manos este papel, y temblando lo humedecerás con tus queridas lágrimas. ¡Quiero hacerlo, debo hacerlo!

¡Oh, qué bien me siento sabiendo que me he decidido!"

Lotte, entretanto, había quedado sumida en un estado particular. Después del último encuentro con Werther sintió qué difícil le iba a resultar separarse de él, lo que iba a sufrir en caso de tener que alejarse de ella.

Como al pasar, y ante la presencia de Albert, había dicho que Werther no iba a volver antes de la noche de Navidad, y Albert había partido a caballo a arreglar unos asuntos a lo de un funcionario vecino, y allí iba a pernoctar.

Ella se había quedado sola. No tenía a su alrededor a ninguno de sus hermanos y se dejó llevar por sus pensamientos que giraban en torno a lo que estaba viviendo. Se veía unida para siempre al hombre del que conocía su amory su fidelidad, por el que se había inclinado con todo su corazón y cuya serenidad y confiabilidad parecían haber sido concedidos por el cielo para que una mujer honrada pudiera sentir la felicidad de la vida. Tenía la certeza de que él iba a estar junto a ella y sus niños toda la vida. Por otra parte, Werther le significaba tanto; desde el primer instante en que se conocieron se dio cuenta de que las coincidencias eran muchas y hermosas, el prolongado trato que mantuvieron desde entonces y algunas situaciones vividas habían dejado una impresión muy honda en su corazón. Estaba acostumbrada a compartir con él todo lo interesante que sentía y pensaba, y su alejamiento amenazaba con dejar en ella un profundo vacío que no iba a ser ocupado nunca más. ¡Oh, si en ese instante hubiese podido convertirlo en su hermano, qué feliz habría sido! De haber podido casarlo con una de sus amigas hubiese mantenido hasta la esperanza de volver a restablecer la relación con Albert.

En su imaginación había pasado revista a todas sus amigas pero en cada una de ellas encontró algo que objetar, no encontró ninguna que lo mereciera.

Sumergida en estas reflexiones se percató, sin confesárselo del todo, de que su deseo más íntimo era el de conservarlo para sí. Se repetía, sin embargo, que eso no podía, no debía ser. Su ánimo, tan puro y bello, siempre tan vivaz y tan inclinado a sobreponerse, sintió la presión de una congoja, que le cerraba la perspectiva de ser feliz. El corazón se sintió oprimido y una oscura nube cubrió sus ojos.

Se hicieron las seis y media cuando escuchó que Werther subía por las escaleras, reconociendo enseguida su paso, la voz que preguntaba por ella. ¡Qué latidos sintió en el corazón al verlo llegar, hasta podríamos decir que fue por primera vez! Hubiese querido hacerse negar, y cuando ingresó le dijo en una especie de confusión sentimental:

-No ha cumplido con su palabra. A lo que él le contestó:

-Yo no he prometido nada.

-Pero entonces por lo menos podía haber respetado mi deseo -adujo ella-. Se lo pedí por nuestra tranquilidad.

No sabía bien lo que estaba diciendo, tampoco lo que hacía cuando mandó a llamar a algunas amigas para no estar a solas con Werther. Él dejó unos libros que había traído y preguntó por otros, ella deseaba que sus amigas llegaran lo más pronto posible, pero poco después ansió que no llegaran. La criada volvió con la noticia de que las dos amigas no podían venir.

Quiso que la doméstica se quedara en el cuarto contiguo haciendo sus tareas, después lo volvió a repensar; Werther caminaba por la habitación de un lugar a otro, ella intentó tocar el piano, un minué, pero no pudo. Terminó por dominarse y se sentó tranquilamente al lado de Werther, quien se había ubicado en el lugar de siempre, en el canapé.

-¿No tiene nada para leer? -preguntó ella. No, él no tenía nada.

-Ahí adentro, en el cajón, están las traducciones que hizo usted mismo de algunos cánticos de Ossian. Todavía no los he leído porque esperé poder escucharlos de su boca. Pero hasta ahora

no se dio la oportunidad, no pudo ser.

Werther sonrió, fue a buscar el manuscrito y se estremeció al tenerlo en sus manos; sus ojos eran un mar de lágrimas cuando lo abrió. Luego se sentó y empezó a leer.

"Lucero de la tarde crepuscular, brillas hermoso en occidente, alzas tu frente destellante por encima de una nube, avanzas majestuoso entre las montañas. ¿Qué es lo que buscas a través del follaje? Los vientos tempestuosos se han calmado. A lo lejos se escucha el murmullo del arroyo. Las olas fragorosas juegan con el acantilado. Se oye el zumbido de los moscardones del atardecer en la campiña. ¿Qué buscas, hermosa luz? Sonríes y te vas, las olas te rodean y bañan tu encantador cabello.

"Adiós, rayo sereno. ¡Aparece, tú, divino fulgor del alma de Ossian!

"Y aparece con toda su energía. Veo a mis amigos desaparecidos, se juntan en Lora como en aquellos días de antaño. Fingal aparece como una columna húmeda de niebla; junto a él están sus héroes y, ¡mira!, los bardos y sus cantos: ¡Ullin, encanecido; Ryno, majestuoso; Alpin, melodioso cantor; y tú, Minona con tus enternecedores lamentos! ¡Qué cambiados están, amigos míos, desde aquellos días de fiesta en Selma, cuando competíamos por la honra del cantar, como las suaves brisas primaverales que acariciaban con suave murmullo las hierbas de las colinas!

"Entonces aparece Minona en toda su hermosura, con la mirada gacha y ojos turbados de llanto, el pesado cabello flotando en las ráfagas de viento que bajaban desde el monte. La congoja dominaba el pecho de los héroes cuando se elevó la tierna voz, porque habían visto la tumba de Salgar ya muchas veces, también la oscura morada de la blanca Colma. Colma, abandonada sobre la colina, con la armoniosa voz; Salgar había prometido que vendría, pero la noche se cerró a su alrededor. Oigan la voz de Colma, sentada solitaria en la cima del monte:

COLMA

"¡Es de noche! Estoy sola, perdida en este monte azotado por la tormenta. El viento ruge en la montaña. El río brama al bajar por la roca. No hay choza que me proteja de la lluvia, abandonada en la colina tempestuosa.

"¡Oh, luna, sal de tus nubes! ¡Aparezcan, estrellas de la noche! ¡Que un rayo me ilumine el camino hacia el lugar en el que yace mi amado descansando de las fatigas de la caza, el arco sin tensar junto a él, los perros husmeando a su lado! Y yo, sola, sentada en esta roca junto al río crecido. El río y el viento rugen, no oigo la voz de mi amado.

"¿Por qué vacilas tanto, Salgar mío? ¿Habrás olvidado tu promesa? Ahí están las rocas y el árbol y aquí el caudaloso río. Habías prometido estar aquí para el atardecer, pero ¡ay! ¿por dónde se ha perdido mi querido Salgar? ¡Contigo he huido, abandonando al padre y al hermano! Esos soberbios. ¡Nuestras familias están enemistadas pero nosotros no somos rivales, oh Salgar!

"¡Viento, calla siquiera un instante; río, enmudece tan solo por breve tiempo! ¡Que mi voz pueda ser escuchada por todo el valle, que me pueda oír mi peregrino! ¡Salgar, soy yo la que te llama! ¡Aquí están la roca y el árbol! ¡Salgar, amado mío, aquí estoy yo! ¿Por qué vacilas en venir?

"Mira, asoma la luna, el agua brilla en el fondo del valle, las rocas se levantan grises en la ladera de la colina, pero no lo veo en la cima, los perros no anuncian su pronta llegada. Aquí debo quedarme sentada, solitaria.

"Pero ¿quiénes son los que yacen allá abajo, en la pradera? ¿Mi amado? ¿Mi hermano?

¡Hablen, oh amigos míos! No contestan. ¡Qué angustia en mi alma! ¡Ay, están muertos! Sus espadas rojas de la lucha. ¡Oh, hermano, hermano mío! ¿Por qué le has dado muerte a mi amado? ¡Oh, mi Salgar! ¿por qué has matado a mi hermano? ¡A ambos los he querido tanto! ¡Oh, entre miles eras el más hermoso! Y él era temible en la lucha. ¡Contesten! Escuchen mi voz, amados míos. ¡No, ahí yacen mudos! Mudos para siempre, sus pechos están fríos como la tierra.

"Desde las piedras de la colina, de las alturas del monte tormentoso, ¡hablen, espíritus de los muertos! ¡Hablen! ¡No me voy a espantar! ¿A dónde han ido a descansar? ¿En cuál cueva de la montaña los he de encontrar? ¡No escucho siquiera una tenue voz en medio de este viento, ningún suspiro como respuesta en esta tempestad!

"Estoy sentada, sumida en mis penas, con mis lágrimas espero el amanecer. Caven la fosa, amigos de los muertos; pero no la cierren hasta que llegue. Mi vida se escurre como un sueño, ¡cómo voy a quedarme! Aquí quiero vivir con mis amigos, junto al río de las piedras sonoras. Cuando caiga la noche sobre la colina y el viento se levante en el llano, entonces estará mi espíritu en el viento y llorará la muerte de mis amigos. El cazador me escuchará en su refugio, temerá mi voz y la amará. Porque tierna será mi voz para mis amigos, para los dos, a los que tanto amé.

"Este fue tu canto, oh Minona, ruborizada hija de Torman. Hemos derramado nuestras lágrimas por Colma y nuestras almas se ensombrecieron.

"Apareció Ullin con su arpa y nos hizo escuchar el cantar de Alpin. La voz de Alpin era tan dulce, y el alma de Ryno un rayo de fuego. Pero ya descansan en la estrecha morada y en Selma se dejó de escuchar el eco de sus voces. Hubo una vez que Ullin volvió de la caza, antes de que cayeran los héroes. Escuchó en la colina su duelo de cantos. El cantar era dulce pero triste. Lloraban la muerte de Morar, el primero de los héroes. Su alma era igual a la de Fingal; su espada, como la de Oskar. Pero cayó y su padre gimió y su hermana era un mar de llanto, los ojos de Minona estaban llenos de lágrimas, la hermana del magnífico Morar. Ella se retiró ante el canto de Ullin como la luna en el poniente, que predice la tormenta y esconde su hermoso rostro detrás de la nube. Yo pulsé el arpa para acompañar a Ullin en el canto de su lamento.

RYNO

"Cesaron el viento y la lluvia, el mediodía está sereno, las nubes se disipan. El veleidoso sol huye iluminando la colina. El arroyo de la montaña, teñido de rojo, corre hacia el valle. Dulce es tu murmullo, arroyo. Pero más dulce es la voz que escucho. Es la voz de Alpin, que llora a los muertos. Los años han inclinado su cabeza, y rojos están los ojos de tanto llorar. ¡Alpin, sublime cantor! ¿Por qué tan solo en el monte enmudecido? ¿Por qué tus lamentos como el viento en el bosque, como una ola en la playa lejana?

ALPIN

"Mis lágrimas, Ryno, son para los muertos. Mi voz, para los moradores de la tumba. En la colina eres esbelto, hermoso entre los hijos de la campiña. Pero caerás como Morar y en tu sepulcro llorarán tus amigos. Las colinas te olvidarán, tu arco quedará sin tensar.

"Eras veloz, oh Morar, como el ciervo en la colina, terrible como el meteoro. Tu ira era como una tempestad, tu espada en la batalla como el relámpago sobre el campo. Tu voz era como el río caudaloso después de la lluvia, como el trueno en la montaña lejana. Unos cuantos cayeron por tu brazo, consumidos por el fuego de tu ira. Pero al regresar de la guerra, ¡cuánta paz había en

tu frente! Tu rostro era como el sol después de la tormenta, como la luna en la noche silenciosa, el pecho sereno como la mar cuando se calma el viento sobre las olas.

"¡Qué estrecha es ahora tu morada, qué oscura tu posada! Con tres pasos mido tu tumba, ¡oh, tú que habías sido tan esbelto! Cuatro piedras cubiertas de musgo son tu única memoria, un árbol sin hojas, crecidos pastos que susurran en el viento insinúan al ojo del cazador la sepultura del poderoso Morar. No tienes madre que te llore, ninguna doncella con lágrimas de amor. Muerta está la que gestó tu vida, caída la hija de Morglan.

"¿Quién es el que se apoya en ese bastón? ¿Quién es el del cabello blanco por el paso del tiempo y el de los ojos enrojecidos por el llanto? Es tu padre, ¡oh Morar! El padre que no tuvo otro hijo que tú. Oyó de tu fama en el campo de batalla, supo del enemigo diezmado, escuchó de la gloria de Morar. ¡Ah!, ¿pero nada de la herida? ¡Llora, padre de Morar, llora! Aunque tu hijo ya no te escucha. Profundo es el sueño de los muertos, escuálida la almohada de polvo. Ya no responde a tu voz, nunca más lo despertará tu llamado. ¡Oh! ¡cuándo llegará el amanecer a la tumba para decirle al que yace: despierta!

"¡Adiós, al más noble de los hombres, conquistador glorioso en la guerra! Nunca más te volverá a ver el campo de batalla. Nunca se iluminará el sombrío bosque por el fulgor de tu espada. No has dejado hijos. Pero tu nombre perdurará en el canto, los tiempos futuros sabrán de ti, escucharán de Morar, el caído.

"Grande fue el dolor de los héroes, pero mayor fue el suspiro desgarrador de Armin. Le recordaba la muerte de su hijo, caído en los días de su juventud. Carmor estaba sentado junto al héroe, el príncipe de Galmal, la tierra de los ecos. ¿Por qué el sollozo en los suspiros de Armin?, dijo, ¿qué motivos tiene para llorar? ¿Acaso la música y el canto no están para fundir y alegrar el alma? Son como una tenue neblina que se alza por el valle desde el lago llevando la humedad a las plantas en flor. Pero vuelve el sol con todo su fulgor y desaparece la niebla. ¿Por qué estás tan triste entonces, Armin, tú que reinas en Gorma, tierra rodeada de aguas?

ARMIN

"¡Desconsolado! Sí, verdad que así estoy y no es pequeño el motivo de mi dolor. Carmor, tú no has perdido ningún hijo, ninguna hija en el esplendor de su vida; Colgar, el valiente, vive, y también Annira, la más hermosa de las jóvenes. Los retoños de tu hogar viven, oh Carmor. Pero Armin es el último de su estirpe. ¡Oh Daura, qué oscuro es tu lecho, qué profundo tu sueño en la tumba! ¿Cuándo despertarás con tus cantares, con tu voz melodiosa? ¡Arriba! Vientos de otoño. ¡Arriba! Soplen a través de la oscura pradera. ¡Rujan, torrentes del bosque! ¡Tempestades, giman sobre las cimas de los robles! ¡Oh luna, atraviesa las nubes desgarradas, muestra tu pálido y cambiante semblante! Recuérdame aquella terrible noche en la que murieron mis hijos: Arindal, el poderoso, cayó, y Daura, la adorada, se extinguió.

"¡Daura, hija mía, eras tan hermosa! ¡Hermosa como la luna sobre los montes de Fura, blanca como la nieve caída, dulce como el aire que respiramos! ¡Arindal! ¡Tu arco fue poderoso, y rápida la lanza en la batalla, tu mirada como neblina sobre la cresta de la ola, tu escudo como una nube de fuego en la tormenta!

"Armar, famoso en la guerra, vino y cortejó a Daura. Ella no se resistió. Hermosas eran las esperanzas de sus amigos.

"Erath, hijo de Odgal, estallaba de rencor porque Armar había matado a su hermano. Vino disfrazado de barquero. Hermosa de ver era su barca sobre las olas, blanco su cabello por la vejez, sereno y grave su rostro. Tú, la más hermosa de todas las muchachas, dulce hija de Armin,

dijo, Armar te espera en unos peñascos, no muy lejos del mar, allí donde caen los rojos frutos de los árboles. Daura, he venido a conducirte hacia tu amor por entre las olas encrespadas.

"Lo siguió y llamó a Armar, pero nada le respondió salvo la voz de las rocas. ¡Armar, amado mío! ¡Amado mío!, ¿por qué me asustas tanto? Escucha, hijo de Arnath, escucha, es Daura la que te llama.

"Erath, el traidor, huyó a la costa riéndose. Ella alzó su voz, llamando a su padre, a su hermano: ¡Arindal, Armin! ¿No hay nadie que salve a Daura? Su voz surcó el mar. Arindal, mi hijo, descendió de la colina cargado con su botín de caza, las flechas resonaban a su paso, al arco lo llevaba en la mano, cinco perros dogos grisoscuros lo seguían. Descubrió al intrépido Erath cerca de la costa, lo tomó prisionero y lo ató a un roble, fuertemente por la cintura. Los gemidos del maniatado llenaban los vientos.

"Arindal cruza las aguas en su bote en busca de Daura. Pero en eso llega Armar, iracundo dispara la flecha con la pluma gris que con un silbido se hunde en tu corazón. ¡Oh Arindal, hijo mío! ¡En lugar de Erath, el traidor, has muerto tú! Su barca pudo llegar hasta la costa, se desplomó y allí murió! ¡A tus pies corrió la sangre de tu hermano, qué desgracia, oh Daura!

"Las olas destrozaron el barco. Armar se arroja a las olas para salvar a Daura o morir. De repente, una ráfaga cae desde el monte hasta el mar, Armar se hunde y ya no vuelve a aparecer jamás.

"Escuché los lamentos de mi hija, sentada sola junto a los peñascos bañados por el mar. Incesante y desgarrador era su llanto, pero su padre nada pudo hacer para salvarla. Pasé la noche entera en la costa, la veía en la pálida luz de la luna, escuché sus gritos toda la noche, el viento soplaba fuerte, y la lluvia caía copiosa sobre la ladera de la colina. Su voz se fue debilitando hacia el amanecer. Murió como el aire nocturno en la gramilla de las rocas. ¡Murió cargada de pena dejando solo a Armin! Desapareció lo que fue mi fuerza en el campo de batalla, ha muerto mi orgullo de padre.

"Cuando llegan las tormentas de las montañas, cuando el viento del norte levanta las olas, entonces me siento en la costa brava y contemplo el terrible peñasco. A veces veo en la luna que se pone el espíritu de mis hijos, errando juntos entre las sombras en una triste conformidad."

Un torrente de llanto que brotó de los ojos de Lotte y alivió su corazón angustiado interrumpió la lectura de Werther. El arrojó a un lado los papeles, la tomó de la mano, y rompió a llorar las lágrimas más amargas. Lotte, apoyada en la otra mano, escondía el rostro en su pañuelo. La emoción que embargaba a ambos era indescriptible. En el destino de los nobles veían reflejada la propia desdicha, sus lágrimas se entremezclaron. Los labios y los ojos de Werther ardían en los brazos de Lotte, que sufrió un estremecimiento; quería apartarse, el dolor y la compasión le pesaban como plomo. Respiró hondo para calmarse y le solicitó, entre sollozos, que prosiguiera, se lo pidió con una voz celestial. Werther temblaba, su corazón quería explotar, levantó los papeles y siguió leyendo con voz entrecortada.

"¿Por qué me despiertas, brisa de primavera? Me arrullas y me dices: ¡mi rocío son gotas del cielo! Pero se acerca la hora en que me he de marchitar, cercana está la tormenta que hará caer mis hojas. Mañana se acercará el peregrino, aquel que me vio en mi hermosura. Sus ojos me buscarán en torno de sí, pero no me encontrará."

Toda la intensidad de estas palabras dio de lleno en el desdichado Werther. Se arrojó a los pies de Lotte en absoluta desesperación, la tomó de las manos, las acercó a sus ojos y a la frente y en esos instantes ella sintió cómo le atravesaba el alma el presentimiento de la terrible decisión. Con los sentidos turbados ella le tomó la mano y se la llevó hacia el pecho, se inclinó con un

movimiento enternecedor hacia él y las ardientes mejillas se rozaron. El mundo entero desapareció para los dos. Él la tomó en sus brazos, estrechándola contra su pecho, y con sus labios balbuceantes y temblorosos la cubrió de apasionados besos.

-¡Werther! -dijo ella con voz ahogada, queriendo separarse¡Werther! -mientras lo apartaba con su débil mano.

-¡Werther! -exclamó finalmente con el tono seguro del más noble de los sentimientos. Él no insistió, la dejó liberarse de sus brazos y se dejó caer, fuera de sí. Ella trató de controlarse y, con temerosa confusión, temblando de amor e ira, le dijo:

-¡Werther, ha sido esta la última vez! No me volverá a ver nunca más.

Con la mirada llena de amor hacia el desdichado corrió a la habitación contigua y se encerró. Werther extendió sus brazos hacia ella, pero no se atrevió a detenerla. Estaba en el suelo, la cabeza sobre el sofá, y en esa posición permaneció más de media hora hasta que un ruido lo volvió a la realidad. Era la criada que quería tender la mesa. Comenzó a caminar por el cuarto y cuando volvió a estar solo se dirigió a la puerta del gabinete y con voz muy baja llamó:

-¡Lotte, Lotte! Tan solo una palabra ¡una palabra de despedida!

Ella mantuvo el silencio. El insistió y suplicó e insistió, hasta que por fin se separó de la puerta exclamando:

-¡Adiós, Lotte! ¡Adiós, para siempre!

Llegó hasta la puerta de la ciudad. Los guardianes, que ya lo conocían y se habían acostumbrado a él, lo dejaron salir sin decir palabra. Caía una mezcla de lluvia y nieve, y golpeó la puerta de su casa a eso de las once. El criado notó que al señor le faltaba el sombrero. No se atrevió a decirle nada, le ayudó a sacarse la ropa, todo estaba mojado. Después se encontró el sombrero cerca de un peñasco al lado de un acantilado, desde donde se divisa todo el valle y es inexplicable cómo, en una noche tan oscura y lluviosa, pudo llegar a ese lugar sin desbarrancarse.

Se acostó y durmió mucho tiempo. El criado lo encontró a la mañana siguiente, escribiendo, al llevarle el café que le había pedido. La carta era para Lotte:

"Por última vez, abro estos ojos por última vez. Ya no volverán a ver el sol; el día gris ycon neblina lo mantiene oculto. Así es, ponte de luto, naturaleza. Tu hijo, tu amigo, tu amante está llegando a su fin. Lotte, es una sensación sin igual, pero es lo que más se asemeja al sueño inconsciente en el que uno se dice: este es el último amanecer. ¡El último! Lotte, ya no encuentro sentido a la palabra ¡último! Acá estoy, en posesión de todas mis fuerzas, y mañana estaré inerte, tirado en el piso. ¡Morir! ¿Qué significa eso? Mira, cuando hablamos de la muerte, soñamos. He visto morir a unos cuantos. Pero la humanidad es tan limitada que no encuentra una explicación para el comienzo ni para el fin de su existencia. ¡Todavía mía, y tuya! ¡Tuya, oh amada mía! Y dentro de un momento, separados, alejados, ¿tal vez para siempre? ¡No, Lotte, no! ¿Cómo puedo dejar de ser yo? ¿Cómo puedes dejar de ser tú? ¡Si somos! ¡Dejar de ser! ¿Qué significa? ¡Otra de esas palabras! Un sonido vacío, sin mayor importancia para mi corazón. Muerto. ¡Lotte! Sepultado en la tierra fría, tan estrecho, tan oscuro. Tuve una amiga que lo fue todo para mí en mi cándida juventud. Murió y acompañé el féretro, me quedé junto a la tumba para ver cómo descendían el ataúd y el ruido seco de las sogas cuando lo soltaron y volvieron a ser recogidas hacia arriba, después, la primera palada de tierra, otro sonido sordo al golpear la tierra sobre el cajón, una y otra vez, hasta quedar cubierto. Me dejé caer junto a la tumba, conmovido, estremecido, angustiado, desgarrado en lo más íntimo de mi ser. No supe lo que me estaba pasando, lo que me pasará. ¡Morir!, ¡sepulcro!, ¡ya no entiendo estas palabras!

"¡Oh, perdóname! ¡Perdóname! ¡Ayer! Tendría que haber sido el último instante de mi vida. ¡Oh, ángel mío! Por primera vez, fue sin duda la primera vez en que ardió en lo más

profundo de mi alma una dicha inconmensurable. ¡Me ama!, ¡me ama! Aún quema en mis labios el fuego sagrado que nació de los tuyos. Mi corazón vuelve a gozar ese delirio. ¡Perdóname!, ¡perdóname!

"Yo sabía que me amabas, lo supe desde esas primeras miradas tan significativas, desde que nos tomamos de las manos la primera vez, y sin embargo, cada vez que me iba, al ver a Albert a tu lado, volvía a caer en el desaliento de las afiebradas dudas.

"¿Te acuerdas de las flores que me enviaste después de aquella fatal reunión en la que no pudiste hablar conmigo, no pudiste darme la mano? ¡Oh, pasé media noche mirándolas, sabiendo que eran testimonio de tu amor! ¡Pero ay!, esas impresiones fueron pasajeras, al igual que se desvanece paulatinamente en el creyente aquel sentimiento de gracia que su dios le había concedido en su magnificencia divina con claras señales sagradas.

"Todo es efímero. ¡Pero ninguna eternidad podrá extinguir la ardiente llama de la vida que gocé ayer en tus labios, que sigo sintiendo en mi interior! ¡Me ama! ¡Este brazo la ha estrechado, estos labios temblaron junto a sus labios, esta boca estuvo balbuceando junto a la suya! ¡Es mía! ¡Sí, Lotte, para siempre!

"¡Y qué importancia tiene que Albert sea tu marido! ¡Marido! Para este mundo eso es... Para este mundo es un pecado el que yo te ame, el que quiera arrancarte *de* sus brazos para cobijarte en los míos. ¿Pecado? Bien, entonces por él me castigo. He saboreado ese pecado con un gozo sublime, mi corazón ha bebido del bálsamo y la energía de la vida. ¡Desde ese instante eres mía!, ¡mía, oh, Lotte! Te precederé en el camino. Iré hacia mi Padre y el tuyo. Ante él lamentaré y me consolará hasta que llegues tú, y volaré a tu encuentro y te tomaré de la mano y me quedaré contigo ante la presencia del Todopoderoso en un eterno abrazo.

"¡No sueño, no deliro! Acercándome a la tumba voy encontrando claridad. ¡Seremos!, ¡nos volveremos a ver! ¡Veré a tu madre!, iré a verla, la buscaré y ante ella vaciaré todo mi corazón!, ¡tu madre, tu imagen!"

Hacia las once Werther le preguntó a su criado si Albert ya había regresado. Le contestó que sí, que había visto pasar su caballo. A lo cual, el señor le entrega una misiva en la que dice:

"¿Me podrá prestar usted las pistolas para llevarlas en un viaje que tengo previsto hacer? Que siga bien."

Lotte había dormido muy mal la última noche. Estaba decidido lo que temía, decidido de una manera que ella no podía presentir ni sospechar. Su sangre, por lo general tan pura y liviana, se encontraba en una ebullición febril, su hermoso corazón era sacudido por mil sensaciones. ¿Era el fuego de los abrazos de Werther lo que sentía en su pecho? ¿O la indignación por su atrevimiento? ¿Se trataba acaso de una comparación ilícita de lo que sentía ahora con aquellos días de naturalidad e inocencia plena y de una despreocupada confianza en sí misma? ¿Cómo iba a presentarse ante su marido? ¿Cómo iba a confesarle una situación que en realidad no tenía porqué ocultar y sin embargo no se atrevería a contar? Habían callado ya tanto tiempo al respecto, ¿ella debía ser ahora la primera en romper el silencio para hacerle a su marido, en un momento por cierto inoportuno, semejante revelación? Temía que la sola noticia de la visita de Werther le causara ya malestar, ¡y encima esta inesperada catástrofe! ¿ Podía confiar en que su marido podía entender la situación sin prejuicios de ningún tipo? ¿Y podía desear además de él que fuera capaz de ver en el interior de su alma? Por otra parte, ¿podría fingir ante el hombre ante quien siempre se presentó tan franca y transparente como un cristal, a quien jamás ocultó o pudo ocultar ninguno de sus sentimientos? Todo esto, lo uno y lo otro, le preocupaba y además la turbaba. Una y otra vez volvía a pensar en Werther, ahora perdido para ella, pero al que no podía dejar, al que ¡qué pena! debía abandonar a su suerte, y a quien, una vez que la sintiera perdida, no

le iba a quedar nada más.

¡Cómo le pesaba ahora algo de lo que no se había percatado en su momento, la parálisis de sentimientos que había surgido entre los dos! Dos personas tan comprensivas y buenas habían dejado de hablar sobre ciertas diferencias íntimas, cada uno pensando en su razón y la sinrazón del otro, y las cosas se iban entreverando y complicando cada vez más, hasta que a la hora de tener que resolverlas el nudo parecía imposible de desatar. Si por lo menos hubiesen podido acercarse en una feliz intimidad que abriera sus corazones, permitiendo que se alternaran el amor y la tolerancia, entonces tal vez se podría haber salvado al amigo.

A todo esto se sumaba otra circunstancia particular. Como podemos descubrir en sus cartas, Werther nunca ocultó sus deseos de abandonar este mundo. Albert siempre negó esta posibilidad y ambos tocaron el tema a menudo. Él, que tenía una profunda aversión por un hecho así, había dado a entender con una vehemencia que por lo general le era ajena a su carácter, que sentía profundos motivos para dudar de la seriedad y profundidad de semejante decisión. Hasta llegó a bromear sobre eso y transmitirle a Lotte su incredulidad. Por un lado, esto la tranquilizaba cuando sus pensamientos la llevaban a ver la triste imagen, pero por el otro se sentía impedida de contarle al marido las preocupaciones que la atormentaban en ese momento.

Albert volvió y Lotte fue a recibirlo con una prisa que reflejaba su turbación. No estaba contento, no había podido terminar el negocio como había querido, el funcionario al que había ido a ver era intratable y pedante y además se molestó porque el camino de regreso estaba malo.

Preguntó si había alguna novedad y ella contestó, con cierto nerviosismo, que Werther había estado la noche anterior. Preguntó si había llegado correspondencia para él y ella le respondió que en su despacho había una carta y varios paquetes. Fue a su habitación y Lotte se quedó sola. La presencia del hombre al que amaba y del que se sentía orgullosa había dejado una nueva impresión en su corazón. Volvió a recordar la nobleza de su carácter, su amor y su bondad, y se quedó más tranquila, sintió el íntimo deseo de seguirle los pasos, tomó las manualidades que estaba haciendo y fue a su cuarto como solía hacer. Lo encontró abriendo paquetes y leyendo. Al parecer, algunos de ellos no contenían cosas muy agradables, ella le hizo algunas preguntas, él se limitó a contestarlas escuetamente, poniéndose a escribir sobre el pupitre.

Así estuvieron una hora y el ánimo de Lotte se iba oscureciendo cada vez más. Notaba qué difícil le iba a resultar revelarle a su marido, aun cuando hubiese tenido el mejor de los humores, lo que le acongojaba el corazón: cayó en una melancolía que fue empeorando a medida que intentaba ocultarla y evitar las lágrimas que le estaban brotando.

La llegada del criado de Werther la perturbó todavía más. Le entregó la misiva a Albert y este, dirigiéndose con serenidad hacia Lotte, le dijo:

-Entrégale la pistolas.

-Hazle llegar mis mejores deseos para el viaje -le dijo al muchacho.

A ella estas palabras le cayeron como un rayo, trató de pararse, tambaleante, parecía haber perdido la noción de lo que le estaba pasando. Lentamente se fue acercando a la pared, con manos temblorosas descolgó el arma, la desempolvó, vaciló, y hubiese dudado aún más tiempo si no fuera por que Albert le dirigió una mirada inquisitoria. Le entregó al muchacho la desgraciada herramienta, sin decir palabra alguna. Después de que el muchacho abandonara la casa, ella recogió sus cosas y se fue a su habitación, en un estado de inquietud indescriptible. Sentía en su corazón los más terribles presagios. Estuvo a punto de arrojarse a los pies de su marido para decirle absolutamente todo, lo que había pasado la noche anterior, su culpa y su presentimiento. Pero pronto se dio cuenta de la inviabilidad de su propósito y que le iba a ser imposible convencer a su esposo de ir a ver a Werther. La mesa estaba puesta y una amiga, que en realidad

solo había venido para preguntar algo, se quedó, haciendo soportable la conversación durante la comida. Disimularon, hablaron, se contaron cosas, olvidaron.

El criado regresó y le dio las pistolas a Werther, quien las recibió entusiasmado cuando se enteró de que fue Lotte quien se las había entregado. Hizo que le trajeran pan y vino, le dijo al muchacho que fuera a comer y se sentó a escribir:

"Han pasado por tus manos, les has quitado el polvo, las beso mil veces, las has tocado. ¡Y tú, espíritu del cielo, facilitas mi acción! ¡Y tú, Lotte, me entregas las armas! Tú, de la que yo deseaba que fueran sus manos las que me acercaran la muerte y ahora me la acercan! ¡Oh, le he preguntado todo a mi criado! ¡Temblaste al entregárselas, no dijiste adiós! ¡Ay, ay! ¿Ningún adiós? ¿Me has cerrado tu corazón, solo por culpa de ese instante que me unió a ti para toda la eternidad? ¡Lotte, no habrá milenio que pueda borrar ese recuerdo! ¡Y lo siento, eres incapaz de odiar a aquel que tanta pasión ardiente siente por ti!"

Después de comer ordenó al criado empaquetar todo, rompió muchos papeles y salió para arreglar algunas pequeñas deudas que quedaban pendientes. Regresó a la casa, volvió a salir por el portal sin inmutarse por la lluvia, siguió deambulando por la zona, por el jardín condal, y regresó al caer la noche, y escribió:

"Wilhelm, por última vez vi el campo y el bosque y el cielo. ¡Adiós, también a ti! ¡Madre querida, perdóneme! ¡Wilhelm, por favor, consuélala! ¡Dios los bendiga! Mis asuntos están todos arreglados. ¡Adiós, nos volveremos a ver donde seremos más felices!"

"Albert, te he pagado mal pero te pido que me perdones. He estorbado la paz de tu hogar, he sembrado la desconfianza entre ustedes. ¡Adiós! Quiero llegar al fin. ¡Oh, espero que sean felices tras mi muerte! ¡Albert, Albert! ¡Haz feliz al ángel! ¡Que la bendición de Dios esté contigo!"

Estuvo trabajando entre sus papeles durante la noche, rompiendo y echando al fuego muchos de ellos, selló varios sobres dirigidos a Wilhelm; contenían ensayos, algunos apuntes sueltos sobre diversos temas, de los cuales he podido leer algunos. A las diez hizo poner más leña al fuego y mandó a traer una botella de vino; después le dijo al criado que se fuera a dormir a su cuarto, ubicado al igual que los aposentos de los demás dependientes en la parte trasera, bastante alejado, y este se acostó, vestido, para estar listo temprano a la mañana ya que el señor le había dicho que la diligencia postal iba a pasar a buscarlos a las seis de la mañana.

Después de las once

"Todo a mi alrededor está tan calmo, tan tranquila está mi alma. Te doy gracias, Dios mío, por entregarme en estos últimos momentos tanto calor, tanta fuerza.

" ¡Me acerco a la ventana, querida mía!, y aún alcanzo a ver entre las nubes que pasan huyendo cargadas de tormentas algunas estrellas en el cielo infinito. ¡No, ustedes no se caerán! El Eterno las lleva en su corazón, y a mí también. Veo las estrellas que forman la Osa Mayor, la más querida de las constelaciones. Siempre me acompañó cuando regresaba después de verte, cuando salía por el portal. ¡Con cuánta emoción me he quedado mirándola, tantas veces! A menudo con los brazos extendidos hacia ella, como hito sagrado que marcaba la felicidad que estaba viviendo, hasta ahora. ¡Oh, Lotte!, ¿qué habrá que no encierre un recuerdo tuyo? ¿No estás presente en todo lo que me rodea? ¿Y no estuve juntando, como un niño cualquiera, toda cosa, por más pequeña que fuera, que habían tocado tus manos?

"¡Querido retrato! Lo dejo nuevamente en tus manos, Lotte, y te ruego lo honres. Miles, miles de besos le he dado, mil veces lo he saludado, cada vez que salía de casa, cada vez que

volvía.

"En una carta que le he enviado, le pido a tu padre que se haga cargo de mi cadáver. En el cementerio hay dos tilos, atrás, en la esquina que da hacia el campo. Allí quiero descansar. El podrá y querrá hacerlo por su amigo. Pídeselo tú también. No quiero obligar a los cristianos creyentes a que tengan que enterrar a sus muertos junto a los restos de un pobre desgraciado. ¡Ay, cómo quisiera que me enterraran a la vera del camino, o en el valle solitario, y que ante el lugar marcado pasen de largo persignándose pastor y diácono y que el samaritano derrame una lágrima!

"¡Aquí estoy, Lotte! No me asusta beber en el frío y terrible cáliz del que he de tomar la bebida de la muerte! ¡Me lo has acercado y no vacilo! ¡Todos, todos! ¡Todos mis deseos y esperanzas de mi vida se han cumplïdo as! ¡Y gòlpeaíe, tan rito; tan rígido el férreo portal de la muerte!

"¡Oh, si se me hubiera concedido la dicha de morir por ti, Lotte, de poder entregarme por ti! Habría querido morir con valor, morir alegre, con tal de poder devolverte la paz y la alegría de vivir. Pero no, eso solo le está reservado a unos pocos elegidos, derramar la sangre por los suyos y generar con su muerte nueva vida en sus amigos, cien veces más valiosa que la suya.

"En esta ropa, Lotte, quiero ser enterrado. Tú la has tocado, santificándola. Se lo he pedido también a tu padre. Mi alma volará sobre el féretro. No quiero que revisen mis bolsillos. Esta cinta rosada que llevabas prendida al pecho el primer día que te vi junto a los chicos... ¡Oh, bésalos mil veces y cuéntales del destino del desdichado amigo! ¡Amorosos! ¡Cómo se arremolinaban a mi lado! ¡Cómo me he apegado a ti! ¡Desde el primer momento ya no te pude dejar! Quiero que el lazo me acompañe cuando me entierren. ¡Me lo regalaste el día de mi cumpleaños! ¡Lo he devorado todo! ¡Y no pensé que el camino me iba a llevar hasta aquí! ¡Ten calma, te lo ruego, ten calma!

"Están cargadas... ¡están dando las doce!... ¡Así sea!... ¡Lotte!, ¡Lotte!, ¡adiós!, ¡adiós!"

Un vecino vio el fogonazo y oyó un disparo; pero como todo quedó en calma no le prestó mayor atención.

A la mañana siguiente, a las seis, entró el criado, con la lumbre. Encontró a su señor en el piso, la pistola, y sangre. Lo llama, lo toca; no hay respuesta, apenas un gemido agonizante. Corre a buscar a los médicos, a Albert. Lotte escucha cómo suena la campanilla, y un estremecimiento le hace temblar todo el cuerpo. Despierta a su marido, se levanta, y el criado les da la noticia llorando y tartamudeando. Lotte se desvanece a los pies de Albert.

Cuando llegó el médico, encontró al infortunado en el suelo, sin salvación, todavía se sentía el pulso, pero su cuerpo estaba tieso. Se había disparado un tiro en la sien derecha, la masa encefálica salía por la herida. Aún se le practicó una sangría en el brazo[22], la sangre empezó a correr, aún respiraba.

Por la sangre que había en el respaldo del sillón se podía deducir que debió hacer el disparo sentado, frente al escritorio, después se desplomó hacia delante, tuvo convulsiones y quedó tirado al lado del sillón. Yacía, sin fuerzas, de espaldas y contra la ventana; estaba completamente vestido, tenía las botas puestas, su traje azul y el chaleco amarillo.

[22] De acuerdo al saber médico de la época las sangrías -o sea el drenaje de sangre provocado intencionalmente por el médico a través de una incisión- debían servir para que "aquello" que estaba envenenando cl cuerpo enfermo fuera expulsado. Aquí la inutilidad y perjuicio de tal creencia terapéutica es patente.

.

La casa, el vecindario, todo el pueblo quedó alborotado. Ingresó Albert. A Werther lo habían colocado sobre la cama, le habían vendado la frente, tenía el rostro de un muerto, no movía ningún miembro. El pulmón daba estertores, a veces débiles, otras más fuertes, se esperaba el desenlace final.

Del vino había bebido apenas un vaso. Sobre el atril había un ejemplar, abierto, de *Emilia Galloti*[23]

No me hagan detallar la conmoción que sufrió Albert ni tampoco la desesperación de Lotte.

El viejo funcionario llegó a toda prisa tras conocer la noticia, besó al moribundo derramando las más cálidas lágrimas. Poco después fueron llegando, a pie, sus hijos mayores, quienes se pusieron de rodillas ante la cama en señal del más profundo dolor, le besaron las manos y la boca, y el mayor, al que más había querido de todos, estuvo así hasta que murió, y hubo que separarlo a la fuerza. Expiró a las doce del mediodía. La presencia del funcionario y sus diligencias evitaron una aglomeración. A las once de la noche ordenó la sepultura en el lugar que había escogido. El anciano y sus hijos acompañaron el féretro, Albert no fue capaz. Se temía por la vida de Lotte. Lo llevaron los jornaleros. No lo acompañó ningún sacerdote.

FIN

Goethe y el Romanticismo

Puede considerarse al *Werther* como uno de los libros más representativos del movimiento romántico. Es fácil sostener esta afirmación dado que la obra de 3.W. Goethe es una de las que me;or sintetiza aquel ideal de un arte expresivo que se adueñó rápidamente de Europa a partir del último tercio del siglo XVIII. Su ideario fue planteado por figuras como Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), escritor y filósofo suizo en lengua francesa, célebre por *su Discurso sobre las ciencias y las artes (1750),* la novela didáctica *Emilio o la educación,* de 1762, el mismo año en que dio a conocer su ensayo político *El contrato social.* Rousseau, en el orden estético, propugnaba que los sentimientos subjetivos debían ser el alimento principal del arte, y que en tanto tales era imposible contenerlos con los duros preceptos normativos. Es decir que para esta corriente se trataba de hacer a un lado las poéticas que fijaban los cánones estrictos que debía seguir la dramaturgia o el tipo de estrofa y rima que servían hasta entonces para definir qué era un poema; tales "recetas" se consideraban ya inadecuadas para contener la nueva sensibilidad

[23] *Emilia Galotti:* una de las obras principales de Gotthold Lessing (1729-1781), quizás el mayor nombre de la Ilustración alemana. Se trata de una tragedia que fue estrenada en 1772 e inspirada en la heroína romana Virginia según la describió Tito Livio. Trata de una joven que, asediada por un soberano, le ruega a su padre que la mate para no verse obligada a entregarle su virtud; la historia, como otras de Lessing, encierra tina crítica más bien indirecta a las normas morales corrientes que limitaban la vida social de la época

que la modernidad traía consigo y que se caracterizaba, precisamente, por trascender cualquier regla. Tal impulso no se restringía, por supuesto, al campo artístico, sino que era el resultado de un conjunto de profundas transformaciones económicas y políticas que sentaron las bases de la industria moderna, las grandes ciudades, la escuela pública y masiva y el pensamiento democrático.

Nombres como el de Rousseau señalan un viraje decisivo en la historia general de las ideas. La metamorfosis supone un rechazo de la tradición clásica y la neoclásica, y su reemplazo por una teoría expresionista del arte. O sea, una donde el sujeto se muestra como un insondable recipiente de sentimientos. El espíritu creador ocupa el primer plano; las urgencias de su interioridad se imponen y desbordan todo orden normativo, cualquier límite genérico.

La nueva Eloísa de Rousseau resultó ser un nuevo poder revolucionario; desde su aparición hubo que abandonar el principio mimético que había prevalecido durante varias centurias, aquel que sostiene que el arte es una "copia" de lo real. Fue reemplazado por un arte característico, aquel que se propone como encarnación de las más profundas tradiciones de un pueblo y que es capaz de poner esa dimensión en consonancia con el espíritu de cada creador singular. En Alemania, Herder y Goethe siguieron el ejemplo de Rousseau.

Rousseau preenunciaba el ciclo de los románticos, el cual, más allá de que puedan considerarse algunos antecedentes, irrumpe en la Europa continental hacia fines del XVIII y se extiende revolucionariamente en la primera mitad del siglo siguiente hacia el mundo occidental en su conjunto.

Esta corriente tiene en Alemania un nombre que la designa clara y emblemáticamente: *Sturm und Drang.*

Estos célebres vocablos -que podrían traducirse, imperfectamente, como "Tormenta e ímpetu (o fuerza)" y fueron extraídos de una obra dramática de 1776 de F. M. Klinger, titulada *Confusión-* designan al grupo que se nucleó originalmente en torno a Herder, en Estrasburgo, y luego alrededor del propio Goethe en Weimar. Eran jóvenes que provenían de las más diversas regiones de Alemania; compartían ciertos intereses comunes, que podrían ser resumidos por una fuerte incomodidad frente a las formas de la cultura y el arte por entonces hegemónicas en aquella parte del mundo. Además de la preocupación por la unificación germana que se combinaba con los aires revolucionarios dispersos por Europa y que la Revolución Francesa llevaría más allá de lo imaginable.

Herder había asistido a las clases del gran filósofo idealista Immanuel Kanty había estado en contacto con J. G. Hamann, quien le había abierto las puertas que lo condujeron hacia la Biblia, Homero y Shakespeare. Entre 1769 y 1774 Herder publicó una serie de obras que sirvieron para cimentar el concepto de genio y el de la inspiración artística que no puede ser gobernada por reglas externas. Herder fue también quien impulsó la revalorización de las formas populares tradicionales, en particular los cancioneros (a fines de la década del setenta publicó la colección *Voces de los pueblos en sus canciones),* a partir del entusiasmo que en él despertó el apócrifo Ossian de Macpherson, cuyo eco tan fuerte resuena en el *Werther.*

Con respecto a las muchas y variadas referencias a la Biblia que aparecen en la novela habría que señalar la particular estimación de la religión que cultivaron los románticos. Es decir, como bien puede apreciarse en las páginas de *Werther,* de una suerte de veneración panteísta - Dios está, literalmente, en todas parteshacia todo lo existente, una religión de la naturaleza donde los caminos que unen al Creadory lo creado son múltiples, misteriosos y trascendentes.

Entre los nombres que reunió el *Sturm undDrangestán los* de Gerstenberg, Klinger, H. K. Wagner, Reinhold Lenz, aunque las dos voces mayores del coro sin duda fueron las de Goethe y

Friedrich Schiller, este último de acercamiento tardío al grupo.

De cualquier modo, solo en una primera instancia se puede asimilar a Goethe a las formas más extremas y subjetivistas del Romanticismo, y es pertinente puntualizarlo en este estudio. Muy rápidamente irá el escritor alemán transformando su punto de vista hacia una consideración más clásica y equilibrada de la forma artística, giro que suscitará también polémicas y controversias entre sus contemporáneos.

Iluminismo y Romanticismo en Alemania

En su *Antropología filosófica* (México, FCE, 1945, cap. 9, "El arte", pp. 206-251) el filósofo Ernst Cassirer coloca a Goethe en directa descendencia de las ideas del padre del idealismo trascendental, Immanuel Kant. De acuerdo con esta perspectiva, fue Kant, en su *Crítica deljuicio,* el primero en proporcionar una prueba clara y convincente de la autonomía del arte. Todos los sistemas anteriores buscaban un principio dentro de la esfera del conocimiento teórico o de la vida moral, es decir que subordinaban la actividad artística a un orden superior, lógico o práctico. Kant pone el énfasis en la actividad formal del sujeto en su relación con el mundo, y deslinda a partir de ella una funcionalidad específica para un tipo de juicio (el artístico) que si bien carece de la validez objetiva de las leyes científicas, no por ello se ve reducido a la apreciación meramente subjetiva, sino que, por el contrario, su importancia debe medirse por su tendencia hacia la universalidad estética.

Ya no se trata, en consecuencia, de alcanzar la Belleza como una emanación metafísica, sino, en todo caso, de desprender el concepto de lo bello de su articulación propiamente formal, adjetivo que debería entenderse también en su resonancia más técnica. En otras palabras: la concepción trascendental del arte se veía desplazaba por una reflexión sobre los aspectos más propiamente materiales y prácticos ligados a la constitución del objeto artístico y sus efectos. Tal reflexión roza en Goethe el ámbito de lo científico.

Así advierte a los lectores en su *ensayo La arquitectura alemana,* siguiendo la senda descripta y para perfilar con nitidez el concepto de arte característico antes mencionado:

No acojamos una concepción errónea, no permitamos que la doctrina afeminada de los modernos aduladores de la belleza os haga demasiado tiernos para gozar de una rudeza significativa, pues, de lo contrario, vuestra sensibilidad debilitada no podrá tolerar más que una dulzura insignificante. Tratan de hacernos creer que las bellas artes han surgido de vuestra supuesta inclinación hacia la belleza del mundo que nos rodea. Esto no es verdad. El arte es formado mucho antes de ser bello y, sin embargo, es entonces verdadero y grande arte, muy a menudo, más verdadero y grande que el mismo arte bello. Porque el hombre posee una naturaleza formadora que se despliega en actividad tan pronto como su existencia se halla asegurada; [...] y así, el salvaje remodela, con rasgos extravagantes, formas horribles y colores chillones, sus objetos, sus plumas y su propio cuerpo. Y aunque esta imaginería se compone de las formas más caprichosas y desproporcionadas, sus partes se corresponden porque un solo sentimiento las hh creado en un conjunto característico.

Este arte característico es el único verdadero. Cuando actúa sobre lo que se encuentra a su alrededor, a partir de un sentimiento interno, único, individual, original, independiente, sin preocuparse de, y hasta ignorando, todo lo que le es extraño, entonces, ya haya nacido de rudo salvajismo o de una sensibilidad cultivada, es completo y viviente. La cita anterior resume, de alguna manera, la visión artística de Goethe, que solo en un muy breve período se habría dejado tentar por la sensibilidad más extrema propia de la época. A ese período, justamente, pertenece el

Librodot

Werther, aunque es posible encontrar en él también la tensión entre esas dos fuerzas -la subjetiva y la formal-. En cuanto a esta tensión el mencionado Cassirer cita la siguiente y muy ilustrativa anécdota:

Cuando Goethe comenzó a publicar *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister los* primeros críticos románticos saludaron la aparición de la obra con las manifestaciones más extravagantes de entusiasmo. Novalis veía en Goethe la encarnación del espíritu poético de la tierra. Pero al continuarse la obra, cuando las figuras románticas de Mignon y el arpista fueron oscurecidas por caracteres más realistas y por sucesos más prosaicos, Novalis se sintió profundamente decepcionado. No solo rectificó su primer juicio sino que llegó a llamar a Goethe traidor a la causa de la poesía. Se consideró al *Wilhelm Meister* como una sátira como el *Cándido* en contra de la poesía.

Aunque en muchos manuales suele resumirse el Romanticismo a partir de dos o tres elementos básicos, como puede estimarse por lo antedicho se trata de una corriente filosófico-estética verdaderamente compleja, que adquirió diferentes acentos en países como Francia, Inglaterra y Alemania, y que, por otra parte y en contra de lo que suele estimar cierto sentido común, tampoco es siempre de sencilla diferenciación con respecto a otros movimientos o cosmovisiones. Toda lectura y análisis del *Werthersupone* un acceso a ese mundo de problemática riqueza.

El Werther como relato autobiográfico

Goethe, que había comenzado sus estudios en leyes y jurisprudencia en Leipzig y los había continuado en Estrasburgo, fue enviado a los veintitrés años por su padre a Wetzlar, en Hesse, para que se perfeccionara en el conocimiento de los procedimientos judiciales de los tribunales del imperio. Así se instaló el escritor en el verano de 1772 en una ciudad que no lo impresionaba demasiado bien, razón por la cual buscaba eludirla cotidianamente con largos paseos por el valle del Lahn que solo interrumpía para la relectura de la *Odisea.* La experiencia, de acuerdo a las memorias del propio Goethe, es la que se narra en los capítulos iniciales del *Werther.*

La lectura de Homero, el vagabundeo contemplativo a la sombra de los árboles, los dibujos que intentan detener esa multiplicidad de objetos luminosos y seres simples y verdaderos... "no se trata más que de reconocer lo bello y atreverse a expresarlo".

Pasado algún tiempo de su estancia en Wetzlar, Goethe conoció a la familia Buff y rápidamente se sintió impresionado por la hija, Charlotte, de veinte años, quien hacía las veces de madre de sus hermanos y hermanas. En la aldea de Gaubenheim Goethe había conocido poco antes al joven Ketzner, aunque ignoraba que era el prometido de Charlotte Buff.

El 9 de junio de 1772 se realiza un baile en la aldea de Gaubenheim (que en el *Werther* se transforma en Wahlheim), donde Goethe charla por primera vez con Charlotte y se entera también de su compromiso con Albert, de acuerdo con el nombre imaginario que Ketzner adopta en el *Werther.*

Es el propio Ketzner quien se encargó de dejar testimonio escrito de aquel encuentro. Había nacido en Hannover, y a la edad de treinta y un años fue enviado como secretario de la embajada a Wetzlar. Allí se relacionó con la familia Buff y comenzó una relación con Charlotte que terminaría en matrimonio. Ketzner nos habla de aquella temporada en que conoció a Goethe, de la sincera amistad que brotó entre ambos, así como del carácter, la sensibilidad y las preferencias del poeta.

Lo cierto es que el 11 de septiembre de aquel mismo año Goethe se aleja de Wetzlar. Regresó para una breve visita de tres días a comienzos de noviembre, y después solo volvió a ver a Charlotte muchos años más tarde, cuando él ya sumaba setenta y ella sesenta y doce hijos.

Según historió Sainte-Beuve, aquel amor de Goethe nada tuvo de locura; ofrece como prueba de su afirmación las cartas que se conservan de parte de Goethe hacia Ketzner en los meses que siguieron a la separación, donde se puede observar "la medida de esta especie de culto de la imaginación y de ternura ideal y mística, aunque doméstica y familiar, mezclada con detalles del hogar". En algunas de estas cartas es posible ver también, más que el amor por una mujer, la fascinación idealizante por una etapa de la vida, la juventud, que incluye a Ketzner en lugar de separarlo.

Goethe vuelve a Francfort con su familia y coloca en la pared de su habitación un retrato hecho a lápiz de Charlotte, que ha sujetado prolijamente con unos alfileres. Tiene, al igual que en *Werther,* el lazo de cinta rosa que llevaba sobre el pecho la primera vez que la vio, al acostarse Goethe da a la imagen las *Buenas noches.*

Después de su alejamiento de Wetzlar, Goethe no escribe el *Wertherde* inmediato. Recién lo hará, posiblemente, hacia el mes de septiembre de 1773, es decir un año después. Hay un hecho anterior que conmocionó poderosamente a Goethe y es preciso consignar. Al mismo tiempo que el autor de *Werther,* se hallaba en Wetzlar el joven Jerusalem, hijo de un reconocido teólogo y secretario de legación. El muchacho, extremadamente culto e instruido, se enamoró perdidamente de la mujer de un colega y ante la imposibilidad de consumar su amor se suicidó de un disparo hacia fines de 1772. Aunque no tenía gran amistad con Ketzner, fue a éste a quien pidió prestada la pistola con la excusa de un viaje. Muchos jóvenes de la época se vieron perturbados por el trágico suceso, y Goethe, incluso con cierto espíritu morboso, le pidió a Ketzner que le diera todos los detalles del caso por escrito.

Según los biógrafos, durante diez meses maduró en la cabeza de Goethe el modo de "apropiarse" de aquella historia.

Un segundo hecho importante es el casamiento de Charlotte y Ketzner que ocurre en las Pascuas de 1773, aunque la correspondencia muestra a Goethe alegre con el acontecimiento, al punto de que en sus misivas a la pareja da consejos sobre cosas como el tipo de ceremonia que debe llevarse al cabo, la vestimenta, la futura casa de los esposos, etc., incluso es él quien se encarga de hacerles llegar los anillos matrimoniales. Quizás cierto desaliento, como quedó estampado en sus memorias, se deba, más que a aquel evento, al amor más reciente que había creído sentir por una joven de Coblenza, hija de la señora de La Roche, y que había acabado casándose en Francfort.

De cualquier modo, en las cartas sucesivas Goethe, que va componiendo su versión final del *Werther,* comienza a alertar a Charlotte y Ketzner porque piensa que su obra puede lastimarlos. Su inquietud, a juzgar por los testimonios que se conservan, estaba justificada. Charlotte se maravilló con la obra y nunca dejó de alabarla, pero parece no haberle sucedido lo mismo a su marido. Quizás parezca muy extraño a los lectores actuales, pero durante varios años después de publicada la obra Ketzner recibió una gran cantidad de cartas que lo alentaban para que no sintiera culpa por haber facilitado el arma a alguien tan desequilibrado; solo algunas tenían un tono acusatorio. Lo cierto es que, ni bien se publica el *Werther,* la relación entre los jóvenes se vuelve más fría y esporádica. La dimensión del enojo quizás creció en relación proporcional al éxito que obtuvo el relato, a una repercusión que llevó a miles a adoptar la "moda Werther" del chaleco amarillo, la costumbre de los largos paseos espirituales por el campo, la conducta suicida de algunos enamorados y los juicios estéticos y éticos de las principales figuras

públicas de la época, incluidos reyes, nobles, generales, filósofos y literatos.

El propio Goethe advirtió la cuestión y la dimensionó a punto tal que en ediciones posteriores del *Werther* intentó "mejorar" la posición moral de Alberto que resultaba de la novela.

La errática mezcla de realidad y ficción con que la obra fue leída por sus contemporáneos llevó a que, años más tarde, con el ánimo de "disipar los engaños" y dejar a salvo principalmente el nombre de su padre, uno de los hijos de Charlotte y Ketzner organizó una edición de la obra que llevaba, a manera de apéndice documental e introducción, todas las cartas y documentos originales referidos a la génesis del *Werther.* Como se dijo antes, tal confusión puede resultar incluso graciosa desde una mirada actual, aunque tal vez no lo sea tanto si se analiza más detenidamente hasta qué punto la naturaleza del valor estético puede disociarse de la apreciación moral.

Algunos prestigiosos pensadores, como el francés Charles Augustin de Sainte-Beuve (1804-1869), uno de los creadores de la crítica literaria moderna y ensayista original, ha reprochado a Goethe la escena del suicidio. De acuerdo con su perspectiva, Goethe habría cedido sobre el final de una gran obra al golpe de efecto, a un dramatismo impostado que traicionaría, paradójicamente, la dimensión monumental del personaje. Escribió el francés:

> No es la desesperación, es más bien la ferviente embriaguez de la alegría la que preside la concepción del *Werther,* es el genio de la fuerza y de la juventud, la aspiración, dolorosa sin duda, pero ardiente antes que todo y conquistadora hacia lo desconocido y lo infinito. Todo lo que ha salido de este elevado manantial que se desborda es sincero y ha sido parto de la imaginación y del pensamiento de Goethe. He aquí lo verdadero del libro y su carácter inmortal distintivo; lo restante, la desesperación final, el pistoletazo, el suicidio, han sido añadidos por él posteriormente por las exigencias de la novela y de las circunstancias, y esto es lo que se parece menos a Goethe, y que se refiere a la aventura del pobre Jerusalem; es la parte falsa, común, exaltada, digna de un enamorado de Ossian, pero de ningún modo de un lector de Homero.

Sainte-Beuve, entonces, sopesa en el interior de la obra goethiana las dos fuerzas que tradicionalmente se han visto en ella -aquella clásica e iluminista, esta otra de salvaje romanticismo-, y en tanto solo es capaz de concebir su mixtura como malformación, hace lo único que puede (y debe) hacer: opta por una de ellas.

"Ossian ha desplazado de mi corazón a Homero", confiesa Werther, y desde entonces muchos estudiosos de la novela, entre ellos Sainte-Beuve, suelen insistir en esa contraposición entre la dimensión clásica homérica que reina en los primeros capítulos de la novela y la influencia de las canciones de Ossian, más propias de la trágica sensibilidad romántica, que se apoderan de su segunda parte. De todos modos, si se sigue el tratamiento que se le da a la figura de Ulises, solo, apartado, añorante de un hogar querido y perdido que parece le será esquivo por siempre, puede estimarse tal contraposición como atenuada. Más bien podría hablarse de una gradación dada por la modalización temática antes que una ruptura; un puente más que un abismo.

De cualquier modo, Sainte-Beuve podría tomar otros argumentos para sostener su posición. Por ejemplo, recordar la carta inicial en la que Werther se lamenta por los infortunios de "¡La pobre Leonor!" a quien el joven ha herido sin darse cuenta, al enamorar a su hermana, o los juegos de seducción que, ya en la segunda parte de la obra, mantiene con la señorita Von B. y

que cuenta por carta a Charlotte, aparentemente con el fin de causarle celos... Podría entonces mencionarse otra escena literaria célebre fundante también de la sensibilidad que nos toca: la reflexión del sacerdote que le recuerda a Romeo sus "grandes amores" anteriores cuando éste le confiesa que ha descubierto en Julieta el amor de su vida. Es decir que en medio de los incontenibles arrebatos pasionales, el arte también se las ha arreglado para incluir como contrapunto la voz que estima que los amores juveniles son insensatos e inestables y que, por lo tanto, acciones como el suicidio no son el resultado esperable. En otras palabras, lo que el crítico francés sugiere es que no necesariamente el destino de Werther debía desembocar en la conmocionante muerte por mano propia; de otro porte, según Sainte-Beuve, son las causas y los azares que deben conducir a los héroes clásicos a su destrucción.

La estructura epistolar de la obra

Wertheres una novela epistolar. Diferentes críticos e historiadores ya han señalado repetidamente que el surgimiento de la novela moderna, en lo que va del siglo XVII al XIX, se conjuga con una reformulación de la totalidad del sistema literario. Tal reconfiguración supone siempre una nueva definición de aquello que la literatura es, y una definición de tal tipo solo puede resolverse a partir de reconsiderar las relaciones que lo literario guarda con el conjunto de los discursos sociales. La novela, en consecuencia, supone la expansión de los límites de la literatura y la inclusión de formas y géneros no considerados literarios hasta ese entonces. El diario personal y la carta son incorporados a la literatura por la novela.

Se trata hasta aquí de una observación general, la pregunta que sigue es necesariamente por la función que la carta familiar, íntima, cobra en el *Werther*. La respuesta es la intensidad de subjetivación que la misma posibilita. A través de esas epístolas que se suceden los lectores tenemos acceso a la emoción misma del personaje-narrador. En realidad no hay aquí narrador, es decir, no hay una entidad que *a priori* narre, como puede suceder en cualquier relato en primera persona. Werther cuenta sus sentimientos, su alma es aquello que, descarnadamente, se expone en primer plano; la narración, en todo caso, será un efecto.

En realidad, la nota "Del editor al lector" que cierra la obra, al igual, en menor medida, que la breve noticia que la abre, solo existe a los fines de introducir la narración, y se apoya precisamente en la conciencia de que la interioridad no puede ser develada más allá de cierto límite (el de la enajenación y la muerte). Se trata de esos "otros relatos" -según los califica el editor- que interrumpen la "cronología de sus cartas personales" (que de allí en más serán incluidas de modo fragmentario). La "verdad" de los hechos continúa naturalmente a la "verdad" -mucho más esencial y por lo tanto "verdadera" aunque menos evidente y aprehensible- del espíritu.

Detengámonos un instante en las cartas de Werther para estudiarlas en su artificiosidad. En primer lugar se trata de cartas que no tienen respuesta, y por esa sencilla razón están "cortadas" del natural flujo comunicativo, del ida y vuelta que liga a emisor y receptor en el diálogo cotidiano. Tal desconexión tiene como resultado inmediato, sin embargo, la intensificación de la necesidad comunicativa, aunque ésta se ubica ya en otro plano.

En segundo lugar, aun cuando se trate de una comunicación que no se realiza en su sentido más habitual, es fundamental que el lector conozca al destinatario -Wilhelm-y que posea cierta información básica sobre él: se trata de un amigo íntimo, aquél que es el único a quien Werther puede contarle todo. Un par; el otro, el mismo... Solo hay unas pocas que están dirigidas

a Charlotte y Albert. Werther, en definitiva, habla para sí. La forma epistolar se disuelve en el diario íntimo y le otorga al relato el tono confesional que lo tiñe de conjunto. Se abre la posibilidad de identificaciones de otro tipo: así parece indicarlo la breve nota introductoria en la que el editor cuenta cómo se hizo de todo el material que se leerá, y donde la apelación al "alma bondadosa", a quien lee aquejado "por las mismas penas que él (Werther)" dispone al lector en el lugar de ese destinatario ideal. El relato hipotetiza entonces un lector que también es Werther.

La figuración de lo temporal refuerza esta afirmación. Las cartas que arman la trama siguen una cuidada sucesión temporal, la cual a veces se mantiene a un ritmo que oscila entre los dos días y la semana, y que solo es parcialmente trastocada en algún momento para marcar un intervalo mayor o para cerrarse exageradamente en la distinción de la mañana y la noche de una misma jornada. De cualquier manera, y según los protocolos de una verosimilitud realista, el lector puede seguir con exactitud el *crescendo* de unos sucesos que se extienden del 4 de mayo al 6 de diciembre de 1771; el desequilibrio reposa más bien en la caprichosa extensión y el acento de las misivas, que conspiran contra esa coherencia aparente. Algunas tienen la extensión de varias páginas, otras se restringen a dos o tres renglones; algunas respiran un común y cansino aire informativo, otras se convierten en poco más que una interjección o una apelación amenazadora.

Creación y expresión

Se ha insistido en que el género novela acompaña el ciclo histórico que se denomina Modernidad y que, entre otras cuestiones, trae consigo la noción de sujeto. El Romanticismo, en este sentido, sería la corriente estética que más clara e intensamente daría cuenta de esta dimensión. En asociación con la figura de Rousseau, el ya mencionado Cassirer sostiene que se trata del surgimiento de una estética de la expresión, en la que las emociones, razones y experiencias de los individuos se agigantan desplazando la tradicional imposición mimética (copia del mundo) que desde sus orígenes pesaba sobre el arte de Occidente. Esta característica central recorre toda la literatura moderna y alimenta sus componentes más simples, como, por ejemplo, sucede con la noción de "personaje".

Así, el *Werther* parece haber sido escrito para ejemplificar esa época que se consolida y extiende. Afirma J. A. García Martínez:

En el lapso que media desde 1750 a la actualidad, ese *mal* (la angustia que caracteriza al creador moderno) aparece en tres variantes: a) el hombre atribulado; b) el hombre inquieto; y c) el hombre angustiado. (...) En sus características los tres tipos humanos desarrollan en forma persistente la autorreflexión y la introspección. El autoanálisis en forma de cartas que prolifera en el Romanticismo, desde *Werther y La nueva Eloísa,* retoma la tradición de los moralistas franceses y anticipa los métodos psicológicos de la actualidad. Se trata en última instancia de un neonarcisismo: el hombre ante el espejo, no para admirarse sino para conocerse.

Por instantes las observaciones sobre la enunciación -que siempre devuelven al plano expresivo del sujeto- todo lo ocupan en su hiperbólico despliegue, como cuando Werther comenta, en su carta del 29 de julio, que ha sido interrumpido en su dolor por algún inoportuno: ese fue el preciso instante para que sus lágrimas se secaran y así cambiara el ánimo. Como puede verse, son recursos de este tipo los que intentan cimentar la idea de una escritura espontánea, que brota del puro sentimiento y lo sigue sin norma. Tópico propio del Romanticismo (y, en su herencia, de buena parte del arte contemporáneo): una forma que se niega como forma. En este mismo sentido, y en diferentes momentos de la obra, se insiste sobre lo precario e imperfecto de

todo lenguaje para expresar lo que se percibe y se siente: el malestar de Werther también tiene como destinatario a la lengua con que se expresa. En la breve escena que se dedica a su relación con el encargado de negocios puede estimarse hasta qué punto las reglas gramaticales, las convenciones lingüísticas, son enemigas de la verdadera expresión. Si las herramientas que nos ponen en contacto con los demás son así de inútiles, la comunicación se convierte necesariamente en una imposibilidad. El mundo de Werther se cierra sobre su propio espíritu.

Otro tópico que liga a *Werther con* la tradición romántica más conocida es el de la naturaleza. Desde el comienzo Werther elabora la antinomia entre una ciudad que lo abruma y la naturaleza circundante que se ofrece como paraíso y bálsamo. La ciudad, por otro lado, aparece como emblema general de la despreciable domesticación civilizatoria. Ni los libros se salvan de este rechazo, salvo Homero, en cuyas páginas el arte encuentra un modo de resolución que armoniza con lo natural, es su extensión. Es decir que el *Wertherse* inclina por aquella concepción que ve la cultura como complemento de la naturaleza antes que como su contrarío -en tanto técnica-; una consideración milenaria, pero que el espíritu romántico renueva.

Allí, donde la naturaleza y el arte no pueden diferenciarse, allí y solo allí puede encontrarse la belleza. La "naturaleza" se transforma por este camino en criterio de distinción de aquello que merece ser llamado "arte", y, dentro de esa creación artística, en criterio de jerarquía y clasificación en la medida en que esa relación naturaleza/arte sea más o menos intensa.

Werther es el arquetipo del artista, aquel capaz de renunciar a todo para apropiarse de la naturaleza a través de la pintura y la poesía.

En esa misma línea puede sumarse la imagen del niño que la obra describe desde sus primeras páginas. Este es uno de los aspectos donde la influencia rousseauniana se demuestra de modo más directo. Como se sabe, el autor de *Elcontrato social* sostenía que la civilización moderna encerraba una deplorable descomposición de los valores humanos más esenciales, que todo aquello que naturalmente el hombre trae de bueno al nacer es progresivamente expropiado y deformado por una educación represiva y una culturalización deshumanizante. Es en este sentido que el niño aparece como aquel que, todavía, muestra en la espontaneidad de sus actos, en la simpleza de sus elecciones, en la nadería desinteresada de sus juegos, en fin, en aquello que convencionalmente se denomina inocencia, ese edén que el hombre moderno ha perdido. De alguna manera podría decirse que la utopía del "buen salvaje" pregonada por Rousseau es la de un mundo donde los niños permanecen infinitamente en su estado de gracia y pureza.

Es este el sendero de despojamiento que conduce hacia el pueblo y la cultura popular. El verdadero arte, el arte anónimo que surge de la vida misma sin artificio ni pretensión; el lenguaje del arte es el lenguaje del pueblo que, en su transparencia, se funde con la naturaleza misma. Espíritu de la tierra y filosofía natural, el artista verdadero es, en su grandeza, el traductor de esa voz colectiva y común.

Siguiendo también la fórmula propia del Romanticismo alemán, como los grandes poetas desde Novalis hasta Hölderlin, en *Wertherencarna* el artista-filósofo que contempla la totalidad en su existencia concreta. También la afinidad con el pensamiento griego se relaciona con que Homero, al igual que Platón y Sófocles, vivieron un tiempo en que no debían enfrentar las prepotencias de la ciencia. Para Werther se trata ya de un saber que disputa los favores del príncipe. Las "fastidiosas fórmulas científicas" llenan la cabeza del príncipe y obstaculizan la sensibilidad artística que también posee; pretende reducirlo todo a fórmulas abstractas que ha aprendido en algún lugar, a mera jerigonza técnica.

De acuerdo también con una metáfora hoy considerada canónica, el pensamiento griego constituye la infancia de la razón humana. Odiseo, en consecuencia, cuando nombra el mar lo

hace con un lenguaje primero, verdadero, según Werther; las palabras corresponden a las cosas, aun cuando rocen el misterio de la ambigüedad o el malentendido. En cambio, el saber científico es abstracto, separa el lenguaje del mundo, lo muestra en su carácter convencional, hueco. El lenguaje sencillo, popular, es el que permite conocer más profundamente las cosas porque, aunque imperfectamente, está más cerca de ellas.

Werther es el poeta, el artista, el filósofo, el traductor de la voz del pueblo, es el enamorado, el chico. Los más felices, dice Werther, son aquellos que como los niños viven el presente. Werther es el viajero, el peregrino. Como aquellos griegos que filosofaban paseando en la búsqueda de contemplarlo todo, pero como aquellos griegos también alertaron esa búsqueda -que es principalmente búsqueda interior aunque los ojos se pasean sobre las formas exteriores- es peligrosa porque suelen empujar al hombre más allá de lo que le es propio. E límite es la locura y la muerte.

Desde una perspectiva sociológica, el húngaro György Lukács (1885-1971) ha insistido en que el *Werther* quizás sea la obra europea que mejor retrate "la vida interior del nuevo hombre burgués", pero también en su límite. Un límite que para Lukács toma la forma de una contradicción:

El nuevo hombre descubierto por los ingleses y por Rousseau, y su mundo sentimental, son aquí más acabados, polifacéticos y profundos, y al mismo tiempo aparecen plasmados de modo más individual y típico que en sus grandes precursores. Pero más allá de este aspecto, *Werther* ofrece ya, aunque naturalmente solo como una premonición y esbozo, imágenes de las contradicciones interiores de la sociedad burguesa, sobre todo en el campo de la moral individual: son las contradicciones que ni siquiera en Francia, y mucho menos en Alemania, dominaron el contenido y la forma de la vida.

Para Lukács lo más importante es percibir a Goethe no tanto como un romántico sino más bien como uno de los miembros más lúcidos del Iluminismo alemán. De tal modo, Werther es un héroe, el héroe emblemático del Iluminismo germano que fue devorado por la vorágine de su propia contradicción: su universo levanta los valores de la libertad y creatividad individual como meta exclusiva de la vida del hombre, pero con el acto del suicidio abandona la posibilidadde lucha por un mundo acorde con sus ideales.

Werther, entonces, en el más estricto sentido de la palabra, es un héroe trágico cuyo destino es el sacrificio.

En la carta del primero de diciembre Werther se autodesigna como "trastornado", poco después de haberle contado a Wilhelm la historia del pobre hijo del campesino que se ha vuelto loco de amor por Charlotte. Se desliza una doble comparación. Por un lado, la más evidente, la de Werther con el enajenado; pero por el otro. y más importante, la del niño y el loco: Werther se pregunta si la única felicidad reservada al hombre es posible solo *antes* de haber accedido a la razón *y después* de haberla perdido.

Todas las cartas de ese último tramo son anticipatorias. Van dejando una serie de "pistas" sobre la decisión de quitarse la vida. Werther menciona un veneno mortal, le pide a Wilhelm que no se alarme, menciona exceso, vacío, antes de cerrar, en la carta del 6 de diciembre, con la mención del hombre como semidiós que se pierde en el cielo infinito. Con anterioridad está la charla que mantienen Albert y Werther, y que se convierte en un monólogo de éste, casi un elogio del suicidio y la locura. Es uno de los momentos más potentes y extremos de la obra donde, a partir de la antítesis que se construye entre los dos personajes, Werther expone con pasión y convicción la absoluta precariedad de las prescripciones sociales que fustigan el derecho a elegir ciertos actos personales no habituales mientras exaltan otros, más convencionales y

estereotipados como los únicos "naturales" (y por lo tanto posibles). Los argumentos son de tal potencia filosófica que exceden en mucho el simple afán autojustificatorio, como el devenir de la trama pareciera indicarlo.

El apartado que el editor dedica al lector, al final de la obra, completa la historia y cuenta los días finales de Werther, a la vez que incorpora otras perspectivas y formas. En primer lugar enfatiza el lugar de la *verdad*, como ya ocurría en la breve nota del comienzo. Esa misma finalidad cumplen en el texto las iniciales y puntos suspensivos para dar cuenta de ciudades y personajes que, según "aclaran" las notas al pie, se han suprimido para no crear inconveniencias. De acuerdo con este juego, *Werther* no es una obra de ficción, entre otras cosas porque no hay un "escritor" que la escriba; por un lado hay un manojo de cartas íntimas que alguien encontró y publica con un cometido moral y por el carácter excepcional del sujeto en cuestión, y por el otro, una serie de testimonios - acompañados de algunas notas aclaratorias- con que el editor completa la historia. Las "decisiones" que toma este no-escritor, el editor-organizador del relato, fundan las confusiones entre realidad e imaginación que durante muchas décadas permearon y determinaron las lecturas del *Werther*. Que hoy, cuando el recurso ya se ha convencionalizado, sea percibido por nosotros como aquello que es, un recurso, no le quita eficacia. Una eficacia que, en última instancia, el género novela ha seguido y seguirá explotando, con énfasis diversos, indefinidamente. La paradoja consistiría aquí en que, por las mismas razones enumeradas, llamar "novela" sin más a *Werther*, aunque facilite las clasificaciones, no resulta satisfactorio.

El afán de verdad guía al editor en su búsqueda de todos los documentos que se conserven del espíritu singular de Werther y su suicidio. Se suceden así diversos testimonios, como los de los amigos de Albert que dan cuenta del abatimiento de Werther y permiten introducir las súplicas del joven que intentan detener el triste destino de un criminal. También cumple este capítulo la función de dar una mayor entidad como personajes a Albert y Charlotte. En este último caso lo logra fundamentalmente a través de la reproducción de algunos diálogos entre la muchacha y Werther, que permiten contraponer a la visión idealizada de Charlotte, que se extrae de las cartas de Werther, otra más "real", la de una joven mujer que intenta atrincherarse en el más sensato sentido común para apartar a Werther de sus funestos y extraviados pensamientos. En contrapunto, el editor dispone algunas otras cartas de Werther que permiten ver el estado de perturbación cada vez mayor que embarga al joven, y que llega al patetismo en la carta de despedida que escribe para Charlotte en los momentos previos al suicidio.

Quizás uno de los puntos más interesantes para considerar sea el de las pistolas; su importancia está en relación directa con la concepción de los personajes en la novela. Es decir, posibilita analizar la tortuosa sutileza en el tratamiento de los caracteres principales del drama, que parecen, sabiendo o intuyendo lo que acontecerá, poseídos por una mixtura de temor y ansiedad.

Werther le manda a pedir prestadas las armas a Albert con un criado y con la excusa de un viaje. Albert accede al pedido sin ninguna especulación mayor y le pide a Charlotte que se las alcance; ella duda pero limpia las armas y las entrega al criado. Aun sin acudir a observaciones de tinte psicológico, es difícil ceder a la tentación de advertir en esta escena final alienta cierta perversión en las conductas de los personajes, sobre todo después de que el texto ha insistido tanto sobre el carácter inestable y perturbado de Werther. A través de la historia esta sospecha se intensifica a partir de que Albert le pide a su esposa que, para evitar malentendidos, deje de ver a Werther y ella trata de "esconder" el encuentro posterior, como si realmente algo prohibido hubiera habido en él. Contrariamente, las referencias que aparecen en una de las últimas de las cartas de Werther, que el editor transcribe, sobre el pedido de Wilhelm para que su amigo no se

quede en Walheilm y viaje a su encuentro, demuestran que Wilhelm sí advierte el terrible momento que atraviesa Werther y teme por el desenlace.

Una porción importante de este apartado está dedicado a la reproducción de un extenso fragmento de los cantos de Ossian. Se ha afirmado que la contraposición entre Homero y Ossian posibilita reconstruir el derrotero de Werther: desde un arte clásico, que reconcilia al individuo con la naturaleza a través del arte, hacia otro arrebatadamente romántico e individualista, donde la poesía amorosa en su sentido más exaltado, prepara el trágico final del héroe a la vez que adelanta la noción de "genio" que tan importante será para el Romanticismo en particular y el arte moderno en general. En el *Werther*, obra clave del pensamiento romántico, entonces, ocurriría el movimiento exactamente inverso al que recorrería la obra de Goethe considerada en su conjunto, orientada en su madurez hacia una cosmovisión más clásica del arte.

La época de verdadera popularidad de Goethe fue su juventud y Ia logró a través del *Werther*, mayormente. Aquella imagen final del infortunado muchacho quedó fijada, a la hora de la muerte, con sus famosos "chaleco amarillo" y "traje azul" que, a partir del inmenso impacto de la obra, se convirtieron en moda obligada de los jóvenes mejor educados de toda Europa. Desafortunadamente, y para que los manuales pudieran citarlo desde entonces como poderoso ejemplo de hasta dónde la literatura y el arte pueden convertirse en estímulo de la acción social, también el suicidio a causa de las penas de amor que el escritor imaginó en la ficción encontró eco en la vida misma.

Con su traslado a Weimar, Goethe casi desapareció de la vida literaria, y otro tanto ocurrió con su viaje a Italia. Escribió Arnold Hauser:

> Solo después de la aparición del Romanticismo y de su entusiasmo, sobre todo, con el *Wilhelm Meister*, alcanzó Goethe su posición inigualada en la literatura alemana. El entusiasmo de los románticos por Goethe es el signo más expresivo de la profunda e indestructible comunidad que, a pesar de todos los antagonismos personales e ideológicos, mantiene unidos no solo Clasicismo y Romanticismo, sino todos los períodos alemanes desde el *Sturm und Drang*.